



Fantasía Salvaje
Janelle Denison

POR FIN SUS FANTASÍAS SE IBAN A HACER REALIDAD...

Mitch Lassiter llevaba años soñando con Nicole Britton, por eso cuando tuvo la oportunidad de convertir en realidad su fantasía no dudó un momento en aprovechar la química que había entre ellos. Poco sospechaba Mitch que muchas de las fantasías de Nicole lo incluían a él... Nicole Britton no buscaba ningún tipo de compromiso, solo deseaba pasar un buen rato. Después de llevar toda la vida intentando estar a la altura de las expectativas de su padre, ahora necesitaba satisfacer alguna de sus propias expectativas... Y, desde luego, el atractivo Mitch se ajustaba a la perfección a lo que ella esperaba. Pero cuando acabara aquel concurso, ¿tendría fuerzas para alejarse de él?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Tentación™

Fantasía Salvaje

Janelle Denison



<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2001 Janelle Denison

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Fantasía Salvaje, n.º 128 - abril 2014

Título original: Wild Fantasy

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.

Publicada en español en 2002

Prólogo

—Aquí tiene la prueba que quería del anuncio para el acto benéfico anual en Fantasía Salvaje.

Merrilee Schaefer-Weston sonrió a su ayudante mientras tomaba la copia del anuncio. Necesitaba echarle una rápida ojeada antes de enviarlo a los periódicos y las agencias de viajes de todo el país.

—Maravilloso. Muchas gracias, Danielle.

—Si se puede juzgar por los años anteriores, ese acto va a ser un sonado éxito para los invitados y las organizaciones benéficas —comentó la joven. Los ojos le brillaban de entusiasmo.

—Eso es lo que espero —replicó Merrilee. Ella se sentía igualmente optimista.

Danielle salió del despacho para atender al resto de sus obligaciones. Entonces, Merrilee se reclinó en su butaca mientras leía la información y el titular en negrita que recorría la parte superior del anuncio: **Fantasía Salvaje... El lugar donde todo vale y nada es imposible.**

«Especialmente el amor», pensó Merrilee.

Tres años atrás, se había dado cuenta de que tenía más dinero del que nunca hubiera creído como resultado del gran éxito de los complejos turísticos de su Fantasías, Inc., además, del dinero que su marido le había dejado a su muerte. Como consecuencia de eso, Merrilee decidió probar algo diferente en una de las cuatro islas que componía el complejo: se trataría de un lugar de vacaciones que no solo beneficiaría a sus huéspedes sino también a otras personas. De este modo, surgió la idea de un acto social benéfico. De las cuatro islas, Fantasía Salvaje parecía el lugar perfecto para albergar la clase de juegos que serían tan desinhibidos como sugería el nombre de la isla.

Las reglas eran muy simples. Sus huéspedes se emparejaban durante una semana para participar en juegos

sensuales y aventureros con el fin de acumular puntos y, al final, ganar premios monetarios para la organización benéfica que hubieran elegido. Mientras que el principal objetivo era divertirse y relacionarse con sus parejas, los desafíos se iban haciendo cada vez más difíciles e intensos, lo que requería que los dos miembros de la pareja trabajaran juntos para conseguir sus fines y evitar ser eliminados del concurso.

En el proceso de su lucha por ganar, la mayoría descubría cosas sobre sí mismos que ni siquiera sabía que poseían, habilidades físicas que nunca habían imaginado antes y una fortaleza interna para superar las debilidades emocionales.

La mayor esperanza de Merrilee era que todo el mundo se marchara de la isla con una nueva visión de sus habilidades individuales y un orgullo por lo que habían conseguido en su lucha para ganar. A nivel más personal, su mayor deseo era que sus huéspedes realizaran una conexión más íntima con su pareja. En algunas ocasiones, el amor surgía en el transcurso de la diversión y los juegos. En otras, se marchaban siendo amigos. En ambos casos, la diversión estaba garantizada para todos, junto con una fantasía propia que se cumplía durante su estancia.

Merrilee había recibido muchas cartas de sus huéspedes sobre la acto benéfico de Fantasía Salvaje que ella organizaba, no solo dándole las gracias por su generosidad al ayudar a varias organizaciones benéficas, sino también por hacer que alguien especial entrara en sus vidas. Muchas almas gemelas se habían conocido y se habían enamorado gracias a aquel acto social.

Merrilee suspiró. Sabía exactamente lo que era conectar con alguien que era una parte intrínseca del alma de cada persona. Para ella, esa persona había sido Charlie Miller, un hombre que le había robado el corazón y que luego había muerto en la guerra de Vietnam antes de que pudieran empezar una vida juntos. La pérdida personal le había dejado por dentro un vacío tan devastador, que ni siquiera lo había podido llenar su matrimonio con Oliver Weston.

Los recuerdos de Charlie Miller le hicieron pensar en CJ

Miller, el nuevo y evasivo empleado que Fantasías, Inc. había contratado como piloto. Había algo sobre él que encendía una calidez y un deseo prohibido que Merrilee no había experimentado desde hacía ya demasiados años.

De un modo ausente, acarició suavemente el collar con un rubí en forma de corazón, un regalo de un «admirador» cuya identidad se le escapaba, lo mismo que le ocurría con CJ Miller.

«Fantasía Salvaje... El lugar donde todo vale y nada es imposible».

La frase resonó en el cerebro de Merrilee e invocó una fantasía o dos propias. Tal vez iba siendo hora de que ella misma se diera cuenta de que, efectivamente, nada era imposible y descubriera quién era exactamente CJ Miller.

Sintió una chispa de excitación. Entonces, dio el visto bueno a la prueba del anuncio. Adjuntó una nota para Danielle y decidió que aquellas palabras serían también su guía.

Dejemos que empiece la Fantasía Salvaje.

1

Mitch Lassiter hubiera reconocido aquella espesa mata de cabello rubio como la miel y aquel increíble cuerpo hecho para el pecado en cualquier parte.

Con los ojos pegados a aquella visión tan atractiva, observó cómo aquella belleza de largas piernas seguía a la camarera que atravesaba el concurrido comedor del club de campo donde él estaba sentado, esperando a que su madre llegara para almorzar.

Ella iba vestida con un vestido de hombreras en tono coral que acentuaba su bronceado y destacaba su estupenda y tonificada figura, por lo que, sin esfuerzo alguno, atraía la atención de todos los hombres que allí había.

Caminaba de un modo firme, aunque el contoneo de sus caderas resultaba muy grácil. Una afable sonrisa le fruncía los labios cuando conectaba con las miradas de apreciación. Sin embargo, a pesar de su simpatía y calidez, había algo más en ella, por lo que Mitch no dejaba de preguntarse sobre la verdadera mujer que había bajo aquella fachada tan relajada e independiente.

Nicole Britton. Osada y con espíritu, salvaje e impetuosa, tan sensual como una pantera y con una competitividad sin límites. Hacía siete años que la conocía, desde que las madres de ambos se hicieron amigas. Había descubierto lo competitiva que era hacía algunos años en una reunión, cuando ella le había invitado a jugar al billar. Ganar había sido su único objetivo. Con golpes firmes y controlados, aunque se mostraba tentadora y sugerente con Mitch cuando le tocaba a él, le había ganado tres veces seguidas.

A pesar de perder, aquella velada había sido una de las más agradables que Mitch podía recordar. Su negocio de venta de automóviles y sus obligaciones familiares habían dominado su vida desde la muerte de su padre, por lo que no tenía mucho tiempo para divertirse o para relacionarse con una mujer. Sin

embargo, aquella noche casi se había dejado llevar por la innegable atracción que había sentido entre ellos y había estado a punto de pedirle una cita, hasta que vio cómo las madres de ambos los observaban con más interés del debido. Sabía que era una equivocación darles a cualquiera de sus madres razón alguna para esperar o creer que podría llegar a haber algo serio o duradero entre ellos.

En aquel momento, Mitch no había estado buscando nada serio o duradero y, a juzgar por la actitud despreocupada de Nicole desde su ruptura con un prometedor concejal un año antes, estaba bastante seguro de que ella sentía lo mismo. En una décima de segundo había considerado el posible daño que la amistad que había entre sus madres podría sufrir si las cosas no salían bien entre Nicole y él. También se había parado a pensar en la presión y las expectativas no deseadas que tendrían cada uno de ellos si empezaban una relación y, con esos tres factores en mente, había decidido mantener la relación que había entre ellos en términos casuales y sin complicaciones.

No obstante, aquella decisión no le había impedido seguir deseándola y, ciertamente, tampoco había terminado con las inclinaciones de Nicole para bromear y flirtear con él cuando estaban juntos, lo que solo había servido para incrementar la tensión sexual que había entre ellos.

Decidió alejar aquellos pensamientos de su mente justo en el momento en que Nicole giró la cabeza en la dirección en la que él se encontraba. Unos vibrantes ojos verdes recorrieron la zona y se detuvieron abruptamente sobre él segundos antes de que la camarera se detuviera delante de la mesa de Mitch.

La sorpresa iluminó la mirada de Nicole y, poco a poco, una sugerente sonrisa empezó a curvarle los labios.

—¡Qué casualidad encontrarme aquí contigo, Mitchell! — exclamó ella.

Mitch inclinó la cabeza a modo de saludo y sonrió. Enseguida, sintió el comienzo de la reacción de la química sexual que ambos generaban cuando estaban juntos.

—Me alegro de volver a verte, Nicole.

De hecho, se alegraba mucho. De cerca, no solo estaba espectacular e increíblemente sexy, sino que también emanaba un olor dulce y femenino, con un cierto aroma a albaricoque, que constituía una embriagante y atractiva combinación que le tensaba los músculos del vientre.

Con esfuerzo, dirigió la mirada a la camarera.

—He venido a almorzar con mi madre, Heather. Creo que has conducido a la señorita Britton a la mesa equivocada.

—Oh, no, señor Lassiter —replicó la joven, mientras sacudía la cabeza enfáticamente y colocaba otro menú encima de la mesa—. Su madre y la señora Britton reservaron una mesa juntas y me dieron instrucciones de que les sentara a ambos si ellas no llegaban primero.

Mitch observó cómo Heather regresaba a la recepción del restaurante mientras asimilaba las palabras de la camarera.

—Es... muy interesante —murmuró mientras volvía a mirar a su compañera de mesa.

Nicole parecía tan sorprendida por las palabras de la camarera como él mismo, pero se sentó en la silla más cercana a Mitch para esperar a las madres de ambos.

—Creo que interesante es poco, considerando que yo estaba esperando almorzar con mi madre —dijo mientras colocaba el bolso en el respaldo del asiento—. Me llamó esta mañana e insistió en que tenía algo muy importante que decirme.

—Lo mismo me dijo mi madre —replicó Mitch—. No puedo imaginarme qué será lo que estarán tramando las dos como para olvidarse, tan convenientemente, de que íbamos a ser cuatro para comer.

De repente, un brillo pícaro se reflejó en la mirada de Nicole y bajó la voz, haciendo que esta adquiriera un tono muy sugerente.

—Dos sería mucho más placentero, ¿no te parece?

Una oleada de calor se apoderó de Mitch ante el doble sentido de aquellas palabras. Aunque sabía que Nicole

simplemente estaba jugando con él, como siempre hacía, decidió enfrentarse a ella de la misma manera.

—Por supuesto. ¿Qué te parece si los dos nos marchamos por la puerta de atrás y saciamos nuestro apetito en privado?

—Hmm —ronroneó ella, provocativamente, mientras se apoyaba la barbilla sobre la mano, como si estuviera considerando lo que Mitch acababa de decir—. Es una proposición muy decadente, pero no creo que a nuestras madres les gustara tener que enfrentarse a todos los rumores que íbamos a levantar.

—Tú reputación de rebelde te precede, Nicole —dijo él, riendo—. Tú no eres de las que se arredran ante nada que cause especulación o rumores.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó ella, adoptando un aire de inocencia—. ¡Vaya! ¿Qué es lo que te ha dado esa impresión?

—Veamos —contestó Mitch mientras se reclinaba sobre la silla y se cruzaba de brazos.

Se puso a pensar en algunas de las historias que su madre había insistido en contarle a lo largo de aquellos años. Recordó el revuelo que había causado la ruptura de Nicole con Jonathan Gaines y, como realmente no conocía las circunstancias que la habían provocado, decidió utilizar otro episodio.

—¿Qué te parece el incidente de hace tres años, cuando te negaste en redondo a aceptar la muy generosa oferta que te hizo tu padre para que trabajaras de recepcionista en su consulta?

—¡Dios santo! —exclamó ella, haciendo un expresivo gesto con sus ojos verdes—. Esa «generosa oferta» fue cómo mis padres intentaron moldearme y convertirme en una chica tradicional, con una ocupación tradicional, más adecuada para alguien menos inquieto que yo.

—Y, dado que no eres una chica tradicional, en vez de eso, fuiste y encontraste un socio y asombraste a todo el mundo empezando con tu propio negocio para los amantes del deporte. Se llama Aventuras al Aire Libre para Todas las Estaciones, ¿no?

Por lo que Mitch sabía, Nicole y su socio, Guy Jacobs,

preparaban paquetes turísticos para clientes interesados en las actividades de recreo al aire libre y también trabajaban como guías en varias rutas de senderismo y escalada, descenso de rápidos y otras actividades deportivas.

—Sí, así es —replicó ella, levantando la barbilla—. Mi negocio me ha reportado muchos beneficios, aunque mi padre nunca ha reconocido mi éxito.

Resultaba evidente que, por alguna razón, la aprobación de su padre resultaba muy importante para ella, a pesar de que trataba de fingir que no era así. El tono de rencor que había en su voz era muy ligero, pero resultaba inconfundible. Aparentemente, bajo aquella fachada agresiva y sexy, Nicole tenía un punto débil.

—Personalmente, no creo que te vaya el trabajo de recepcionista.

—Gracias —observó Nicole, antes de beber un trago de agua—. Ya veo que me conoces mejor de lo que yo creía.

Y quería conocerla mucho mejor.

Inesperadamente, Nicole se inclinó hacia él y deslizó la mano sobre la de Mitch. El pulso de él se aceleró al sentir el tacto de sus dedos, ligeramente fríos por el vaso del agua.

—Bueno, ¿nos marchamos de este odioso club de campo de la mano como amantes y dejamos que nuestras madres saquen sus propias conclusiones cuando oigan los rumores que se desaten sobre nosotros? —añadió, curvando los labios con una pícara sonrisa—. Podría resultar muy divertido...

Mitch estaba completamente seguro de una cosa. Si aceptaba el descarado desafío de Mitch, dudaba que nada de lo que pasara fuera del restaurante fuera fingido. El fuego vibrante que había en sus ojos le decía que la atracción que sentía entre ellos era completamente real. Sin embargo, a pesar de que ella pudiera fingir que no le preocupaban las especulaciones de sus madres sobre ellos, estaba seguro de que aquello sí la preocupaba. Los dos sabían que sus dos progenitoras se aferrarían a la oportunidad de avivar cualquier interés que pudiera haber entre ellos, algo que estaba seguro que ella tampoco

quería.

Rápidamente, cambió las posturas de las manos y atrapó la de ella bajo la suya. Con el pulgar, empezó a frotarle los dedos suavemente. Nicole aguantó la respiración.

—¿Sabes una cosa, Nicole? Estoy seguro de que podrías tentar a un santo para que pecara. Si no fuera por que nuestras madres se están acercando a esta mesa en este mismo instante, te aseguro que me encantaría recoger el guante y ver hasta dónde estás dispuesta a llevar este juego.

Al oír que sus madres se estaban dirigiendo a la mesa, Nicole apartó sutilmente la mano para que no les sorprendieran en una postura tan comprometida. Entonces suspiró, emitiendo un sonido de arrepentimiento.

—Supongo que ahora nunca sabremos hasta dónde estaba yo dispuesta a llevar las cosas, ¿no te parece?

Mitch reprimió una sonrisa. En vez de eso, le guiñó un ojo.

—Al menos, no esta vez.

Nicole miraba al menú, pero era incapaz de concentrarse en la descripción de entremeses que se ofrecían. Mientras Joyce Lassiter y su madre charlaban sobre las fabulosas rebajas de Bloomingdales, razón por la cual habían llegado tarde al almuerzo, la mente de la joven estaba ocupada en asuntos más atrayentes, como el guapísimo hombre que había sentado a su lado, la conversación que había tenido con él y la traidora reacción de su cuerpo.

Respiró profundamente para tratar de tranquilizarse, aunque no consiguió aliviar las extrañas sensaciones que tenía en el vientre. Mitch Lassiter siempre conseguía alterarle la compostura y producir sentimientos de inquietud en ella, que ningún otro hombre conseguía provocar. Poseía la habilidad de excitarla con una sola mirada, una encantadora sonrisa o solo con su profunda voz.

Su vida personal estaba justamente donde ella quería que

estuviera, libre de las ataduras emocionales a los que se había tenido que enfrentar durante la mayor parte de sus años de infancia y adolescencia. La única frustración era que sus padres siempre la estuvieran comparando con su hermano menor. Robert estaba estudiando para convertirse en un especialista en ortopedia, se había casado recientemente con una chica dulce y tradicional e iba a ser padre. Al ser la única hija y la mayor de sus vástagos, los padres de Nicole llevaban años presionándola para que sentara la cabeza y se casara. Si hubieran podido elegir, habrían nombrado a su ex, Jonathan Gaines, el candidato perfecto. Al ser un rico concejal y con muchos contactos, Jonathan era exactamente la clase de hombre que sus padres habrían querido tener como yerno.

Desgraciadamente, la opinión que Nicole tenía sobre el asunto no había parecido importarles mucho. Aunque su relación con Jonathan había sido más cómoda que excitante y había disfrutado de su compañía e inteligencia, él también parecía haber albergado ciertas expectativas sobre ella, que Nicole no había llegado a cumplir. Como el resto de su familia, él no había aprobado que creara su propia empresa, ni que tuviera ideales, y se lamentaba por todo el tiempo que ella dedicaba a Aventuras al Aire Libre en Todas las Estaciones. Aunque había habido cierta sensación de alivio con su ruptura, esta también había servido como doloroso recordatorio de cómo a los hombres les parecían su independencia y su ambición demasiado intimidantes.

Además, había tenido que enfrentarse a la atónita reacción de sus padres por su ruptura con Jonathan, especialmente con la desilusión de su padre. Este había decidido que su hija era la responsable por haber alejado a un candidato con tanto futuro.

Sin embargo, a pesar de su pasado y a pesar de los anhelos que ardían dentro de ella, Nicole no estaba dispuesta a perder la independencia que tanto le había costado ganar por nadie, ni siquiera por Mitch. Podía enfrentarse a flirteos ocasionales, de los que podía distanciarse siempre que quisiera. Por ello, mientras no dejara que sus devaneos con Mitch fueran más allá de la pura

diversión, todo iría bien.

Con aquel pensamiento en mente y tras sentirse más en control de sí misma y de sus reacciones hacia Mitch, se decidió por un sándwich Club y un té helado. Entonces, dejó el menú en la mesa y esperó a que llegara la camarera. Cuando los cuatro hubieron pedido la comida y una vez que la camarera se hubo dirigido a una mesa cercana, Nicole tomó la servilleta y se la colocó en el regazo.

—Bueno, ¿qué era tan importante que ha requerido que los cuatro tengamos que almorzar juntos? —les preguntó a las dos madres. Rhea fue la primera en hablar.

—Os hemos pedido que vengáis para pedirnos ayuda para nuestro trabajo benéfico en la Asociación contra el Cáncer de Mama —dijo la mujer.

Inmediatamente, Mitch se irguió en el asiento. Sus ojos castaños, del color del chocolate, miraron a su madre con preocupación.

—¿Va todo bien, mamá? —le preguntó.

Nicole esperó también ansiosamente la respuesta de Joyce, sabiendo lo crucial que era la pregunta de Mitch. Siete años antes, a la madre de Mitch se le había diagnosticado cáncer de mama. A pesar de que se había recuperado satisfactoriamente, todo el mundo sabía que siempre cabía la posibilidad de que este volviera a reproducirse. Nicole lo sabía muy bien, ya que la hermana de su madre, Andrea, había fallecido a causa de la enfermedad. Joyce y su madre se habían conocido en un grupo de apoyo emocional y habían sido amigas desde entonces. En su tiempo libre, algo que ambas tenían en abundancia, se dedicaban a conseguir dinero para su causa.

—Estoy perfectamente, Mitch —respondió Joyce con una brillante sonrisa. El alivio de su hijo fue casi palpable—. Esta petición no es específicamente para mí, sino para la organización en conjunto.

Mientras un camarero les servía las bebidas, Mitch se reclinó en la silla. La camiseta que llevaba puesta se moldeaba a

su pecho y a sus tonificados bíceps.

—Bueno, mamá, ya sabes que yo haría cualquier cosa para apoyar tus causas benéficas.

Joyce miró a su hijo, con el rostro lleno de afecto maternal. Para ser una mujer de casi sesenta años que había sufrido muchos reveses en la vida, que incluían la pérdida de su marido, todavía parecía una mujer hermosa y vibrante.

—Ya sabía que podía contar contigo, cielo.

—Ya sabes que también puedes contar conmigo, mamá —dijo Nicole mientras removía su té helado y se lo tomaba con la pajita—. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Una donación de mi empresa y ayuda a la hora de patrocinar algún acto social?

—Ya sabes que aprecio mucho la oferta —comentó Rhea mientras se llevaba a los labios la taza que contenía su infusión favorita—, pero esto es algo que nos gustaría que los dos hicierais por nosotras y por la organización.

Mitch y Nicole se miraron, completamente perplejos. En aquel momento, llegó el camarero con los platos que habían pedido y que colocó encima de la mesa. Cuando se hubo marchado, Nicole se dispuso a interrogar a su madre, pero fue Mitch el primero en hablar.

—¿Os importaría compartir los detalles de este asunto con nosotros?

—Claro que no —respondió Joyce entre risas—. Rhea y yo vimos un anuncio en el *Denver Post* en el que se daba publicidad a un acto social de gran envergadura e, inmediatamente, pensamos lo estupendo que sería que los dos representarais a nuestra organización.

Nicole dio un bocado a su sándwich y sintió que les estaban metiendo en una encerrona, aunque ella también sentía cierta curiosidad por los planes que hubieran preparado las dos mujeres. Al mirar a Mitch, se dio cuenta de que él sentía tanta curiosidad como ella.

—Tú dirás.

—Hay un complejo turístico en una isla de los cayos de

Florida que se llama Fantasía Salvaje —comentó Rhea, prosiguiendo donde su amiga lo había dejado—, y están preparando su concurso anual para las organizaciones benéficas. El primer premio es de cien mil dólares, que se donará a las organizaciones benéficas que los ganadores especifiquen.

—Y queréis que nosotros tratemos de ganar ese dinero —adivinó Mitch.

Joyce asintió entusiásticamente.

—Exactamente. Según las reglas del anuncio, para participar en el concurso se ha de ser soltero y se tiene que estar dispuesto a competir en una variedad de acontecimientos y competiciones con el fin de acumular puntos y ganar uno de los tres premios en metálico.

—Eso parece estar en mi onda —dijo Nicole, a la que, aparentemente, le atraía mucho la idea—. Además, yo encajo perfectamente con los dos requisitos.

—En eso tienes razón —comentó Mitch, muy divertido—. Estás soltera y eres muy competitiva.

—Y te aseguro que estoy muy orgullosa de ello —replicó ella con una descarada sonrisa.

Efectivamente, había desarrollado al máximo su competitividad en un intento de atraer la atención que su padre dedicaba solo a su hermano. Aunque sus esfuerzos no le habían reportado lo que había ido buscando, la habían convertido en una mujer mucho más fuerte y más independiente.

—En realidad, los dos estáis muy bien preparados, por lo que creemos que sois la mejor oportunidad que tenemos para poder ganar ese dinero para nuestra organización —comentó Joyce mientras untaba de mantequilla un panecillo—. Sin embargo, esto es mucho más que una competición para recaudar dinero para las organizaciones benéficas. También se trata de unas vacaciones, así que creemos que los dos os divertiréis mucho.

—¿Te importaría explicarnos eso? —preguntó Mitch antes de tomarse una porción de pasta

—Fantasía Salvaje se ocupa, en primer lugar, de las fantasías de las personas que se alojan allí —explicó Joyce, como si aquella parte no fuera importante—. Aunque Fantasías, Inc. patrocina el concurso, van a tratar a todos los participantes como si fueran sus huéspedes. Según los folletos y la información que Rhea y yo recogimos en la agencia de viajes, ese lugar es un paraíso.

Nicole consideró todas las decadentes posibilidades que formaban parte de una fantasía personal y estuvo segura de que no rechazaría por nada la oportunidad de gozar de una semana de diversión, sol y relajación en estado puro... además de competir con Mitch.

—A mí me parece estupendo —comentó—. No me he tomado unas vacaciones desde hace más de un año, así que estoy segura de que podré organizarlo todo para que Guy pueda sustituirme mientras esté allí.

Entonces, miró a Mitch para ver cuál era la reacción de este, pero vio que él permanecía en silencio.

Rhea se colocó el bolso en el regazo y sacó dos carpetas. Les entregó una a Nicole y la otra a Mitch, quien, de mala gana, la aceptó.

—Dado que solo cuentan con un número limitado de plazas y nosotras queríamos asegurarnos de que no os perdíais esta oportunidad, nos hemos tomado la libertad de haceros la reserva en Fantasía Salvaje. Hay un cuestionario y una solicitud en el interior de cada carpeta en el que se requiere información personal que tendréis que rellenar antes de llegar a la isla.

Nicole hojeó el folleto, fascinada con todo lo que el centro turístico ofrecía a sus invitados. Entonces, encontró el cuestionario que su madre acababa de mencionar y vio la tentadora frase: *El lugar donde todo vale y nada es imposible* al igual que la tentadora pregunta: *¿Cuál es tu fantasía?*

Pensativa, se mordió el labio inferior. Si se refería a las fantasías prohibidas y eróticas, el viril hombre que estaba sentado a su lado encajaba perfectamente con sus requerimientos. Mitch

Lassiter llevaba años siendo parte de sus deseos eróticos más íntimos.

Sin embargo, más allá de las fantasías sexuales, Nicole anhelaba algo emocional, un deseo secreto que había guardado en su interior desde pequeña. Inesperadamente, sintió en el pecho el peso de las inseguridades de las que había jurado deshacerse años atrás, cuando le había resultado evidente que jamás cumpliría las expectativas que su padre tenía con respecto a ella, tal y como lo había hecho su hermano Robert. Había dejado de esforzarse por complacer a su progenitor y vivía la vida según sus propias reglas y expectativas. Aun así, en el interior de la fuerte e independiente mujer quedaba algo de la niña que buscaba la aprobación de su padre en vez de las críticas. Aunque fuera solo una vez.

Ganara o perdiera, lo que de verdad quería era que se le apreciara por ser quien era y no por lo que consiguiera. Esa era su fantasía, tan sencilla y a la vez tan intangible que era casi imposible de alcanzar. Sin embargo, aquello no la detendría. Pondría su fantasía por escrito para su reflexión privada, no para compartirla con nadie más.

Tras cerrar la carpeta, miró a su madre, que la contemplaba expectante.

—Estoy lista para una fantasía salvaje —dijo, sonriendo—. ¿Y tú, Mitchell?

El aludido se limitó a negar con la cabeza. Enseguida, se dirigió a su madre.

—Mira, mamá, sé lo importante que esto es para ti, pero no puedo dejar mi negocio para tomarme unas vacaciones.

—Claro que puedes —replicó Joyce—. Ya he hablado con tu hermano y está encantado de poder ocuparse de todo durante una semana —añadió. Al oír aquellas palabras, Mitch frunció el ceño—. No te pongas así. Sé que no te gusta que me meta en tus negocios, pero Drew estuvo de acuerdo conmigo en que ya iba siendo hora de que te tomaras unas vacaciones, dado que no lo has hecho desde que falleció tu padre. Y de eso hace ocho años.

Con un profundo suspiro, Mitch pasó los dedos a través de su espeso cabello negro, mesando los mechones de un modo que a Nicole le pareció increíblemente sexy. En realidad, todo sobre aquel hombre le parecía masculino y excitante, atrayéndola de un modo contra el que encontraba pocas defensas.

—He estado muy ocupado —susurró.

—Exactamente —respondió Joyce—. Has estado muy ocupado apoyándome a mí y asegurándote de que tu hermano y hermana terminaban sus estudios en la universidad. ¿Por qué, para variar, no haces algo por ti mismo? Por si esto fuera poco, además, podrás ayudar a nuestra organización.

Un sorprendente afecto inundó a Nicole, junto con respeto y admiración por Mitch y la responsabilidad que había tomado desde la muerte de su padre. Evidentemente, había abandonado sus propios deseos y necesidades por las de su familia, aunque no daba indicación alguna de que le molestaran los sacrificios que había tenido que hacer. A Nicole le costaba mucho imaginarse a su hermano haciendo lo mismo.

Observó a Mitch, que no parecía saber qué hacer. Mostraba un aspecto muy serio, cuando resultaba evidente que su madre quería que se relajara y se divertiera, dejando atrás trabajo y obligaciones. Divertirse con Mitch, tentarlo y hacer que se distrajera en una isla, lejos de los ojos curiosos de la gente, adquirió, de repente, un gran atractivo para ella.

—¡Venga ya, Mitchell! —le dijo, haciendo que él volviera la atención hacia ella—. ¿No te parece que suena muy divertido? —añadió. Entonces, se quitó una de las sandalias. Deslizó el pie descalzo por debajo de su pantalón y empezó a frotarle la pantorrilla con los dedos de los pies—. ¿O es que te preocupa quedar en segundo lugar detrás de mí en esa competición?

Aquel desafío inconfundible quedó flotando entre ellos. En los ojos de Mitch había un sencillo y discreto mensaje que solo ella podía descifrar: estaba jugando con fuego. Sin embargo, desde su punto de vista no había nada malo en jugar de aquel modo cuando no tenía intención alguna de acercarse lo suficiente

a la llama como para quemarse.

No había contado con la respuesta de Mitch. Sintió que él se derretía cuando le agarró la parte interior de la rodilla antes de que ella pudiera apartar la pierna. La chispa prendió y desató el fuego. Nicole consiguió ahogar un gemido de sorpresa antes de que pudiera escapársele de la garganta y entonces tuvo que tragarse un gruñido de placer cuando él le acarició la tierna carne de la parte posterior de la rodilla. Con la ayuda de Mitch, acababa de descubrir una zona erógena que nunca hubiera creído que existiera.

El brillo que captó en los ojos de él le dijo que él sabía exactamente el efecto que aquel gesto estaba teniendo en ella. Que sabía que, con un poco más de presión en el lugar adecuado, se convertiría en masilla entre sus dedos.

Se estaba empezando a dar cuenta del formidable oponente en el que Mitch se convertía si se le provocaba. No le quedaba elección más que soportar en silencio aquellas descaradas caricias para no crear un revuelo que atrajera una atención no deseada a lo que estaba ocurriendo debajo de la mesa. Por eso, con un gran esfuerzo, permaneció todo lo impasible que le fue posible y esperó a que él aceptara el desafío que ella le había lanzado minutos antes.

No la desilusionó.

—Lo último que me preocupa es quedar en segundo lugar después de ti —replicó, con una lenta y perezosa sonrisa. Entonces, con una última caricia del pulgar, le soltó la pierna y centró de nuevo la atención en su madre—. De acuerdo, lo haré.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Joyce, palmoteando de alegría—. ¿No te parece maravilloso, Rhea?

—Pues claro que sí —respondió su amiga—. Hemos reservado los vuelos de modo que los dos lleguéis a la isla por separado. Debéis recordar comportaros como lo hacen el resto de los participantes. Empezáis como desconocidos antes de emparejaros para las competiciones...

—¿Para qué tenemos que emparejarnos? —preguntó Nicole

mientras se preguntaba si se habría perdido alguna parte importante de la conversación.

—Los dos vais a formar un equipo —le dijo su madre, mirándola como si la respuesta fuera evidente.

—¿Un equipo?

—Sí. Según las reglas, las personas solteras deben emparejarse. Cada miembro de la pareja ganadora obtendrá la mitad del premio para la organización benéfica de su elección. Evidentemente, en nuestro caso la nuestra tendrá más posibilidad de hacerse con los cien mil dólares.

Nicole parpadeó, aunque le fue imposible replicar a la lógica de su madre. Su equivocación había sido pensar que Mitch y ella estarían compitiendo el uno en contra del otro. Según los planes de sus madres, los dos serían compañeros, una pareja, y tendrían que apoyarse mutuamente para poder ganar.

—Es todo o nada, Nicole. ¿Qué dices? —le preguntó Mitch. Aquella vez, era él quien la desafiaba.

Todo o nada. Pensar que tenía que pasarse una semana en la constante compañía de Mitch Lassiter la turbaba profundamente y le producía una extraña sensación en el vientre. Sin embargo, ya no podía echarse atrás en la promesa que le había hecho a su madre.

Por eso, reunió todo el descaro que le quedaba, el suficiente para resucitar su propia confianza y levantar de nuevo las barreras que había entre Mitch y ella.

—Lo que digo es que espero que puedas seguir mi ritmo y que no me retrases durante las pruebas.

—Te aseguro que no tendrás que preocuparte sobre eso —replicó él con una sonrisa en los labios.

Y tenía razón. En realidad, Nicole estaba mucho más preocupada por la atracción que había entre ellos y por el hecho de pasar una semana a solas con él.

2

—Veamos —dijo la voluptuosa pelirroja mientras recorría el cuerpo de Mitch con la mirada—. Si yo tuviera que adivinarlo, yo diría que eres el bailarín exótico.

Mitch protestó en silencio por haber sido calificado como *stripper* por tres mujeres diferentes en el espacio de media hora.

—No, soy un vendedor de coches.

—¡Pues vaya desperdicio de cuerpo! —exclamó desilusionada la mujer, que llevaba una placa en el pecho con el nombre de Rita.

Entonces, miró el papel que tenía en la mano una vez más y consultó la lista de pasatiempos e intereses que tenía cada uno de los participantes de la «Presentación de Solteros» que tenía lugar aquella noche en Fantasía Salvaje. La fiesta estaba destinada a romper el hielo entre los participantes para que todos pudieran conocerse antes de seleccionar a la persona que sería su pareja a lo largo de aquella semana. Si no hubiera sabido que Nicole era su compañera, seguramente habría cambiado de opinión sobre aquel asunto. Aquel tipo de fiestas nunca habían sido de su gusto. Además, todavía no había conocido a una mujer con la que le hubiera gustado pasar una sola noche, y mucho menos una semana.

Hasta aquel momento, su experiencia en Fantasía Salvaje estaba resultando ser no solo interesante, sino también sorprendentemente relajante y divertida. Aparte de ser evaluado como compañero potencial y posible amante para aquella semana, estaba disfrutando de los lujos que ofrecían las instalaciones y el magnífico ambiente de diversión que ofrecía la isla. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba unas vacaciones hasta el momento en el que se había bajado de la avioneta y se había visto envuelto por la tranquilidad y la hospitalidad de la isla.

Había llegado aquel mismo día, en un vuelo distinto al de

Nicole. Se había pasado las primeras horas de la tarde deshaciendo su maleta y luego paseando por los jardines y familiarizándose con las fabulosas instalaciones de la isla. Aquellas vacaciones iban a ser su fantasía privada y le había costado muy poco ponerla por escrito una vez que había accedido a las peticiones de Rhea y Joyce.

Iba a disfrutar completamente de aquella semana, lejos de su trabajo y del mundo real. Le había resultado muy difícil dejar sus responsabilidades y obligaciones en manos de su hermano pequeño después de haber llevado las riendas de la empresa durante ocho años. Sin embargo, Mitch estaba decidido a divertirse y a disfrutar de todo lo que la isla le pudiera ofrecer. Se había acostumbrado a ocuparse de todo y de todos, pero, durante aquellos días, se iba a ocupar de sí mismo para variar, sin sentir culpa o preocupación por nada.

Su decisión de divertirse incluía también descubrir si la fuerte química que había entre Nicole y él podía ir más allá del flirteo al que se habían entregado desde hacía mucho tiempo. Se había refrenado a la hora de pedirle una cita algunos años antes, pero aquellas vacaciones le iban a dar la oportunidad de resarcirse de aquello.

Todo o nada. Había dicho muy en serio aquellas palabras y no solo se había referido a entregarse al cien por cien a las competiciones que se organizaran para conseguir el premio. Durante años, había sentido una profundidad en Nicole que estaba escondida bajo unas capas de complejas emociones que solo había conseguido vislumbrar hasta entonces. Estaba dispuesto a ir apartando las capas hasta que pudiera dejar al descubierto lo que había moldeado a aquella mujer en lo que era. No esperaba que aquel procedimiento resultara sencillo, porque estaba seguro de que Nicole se lo impediría a cada paso.

Rita lo miró, con la esperanza y la excitación en los ojos.

—¿Que estás en el negocio del automóvil? ¡Entonces debes de ser el que conduce el Ferrari!

—No —respondió él, observando cómo el interés de Rita iba

decreciendo a medida que él contestaba negativamente a sus preguntas—. Tengo un Ford.

Tras fruncir el ceño al saber el vehículo que él tenía, consultó de nuevo su lista. Ya le había hecho dos preguntas, por lo que quedaba una más. Después de la tercera negativa, la regla general era que había que buscar a una nueva persona, a menos que la atracción mutua fuera tan fuerte que las dos personas decidieran que querían ir más allá. Por suerte, no había peligro de que aquello ocurriera con Rita.

—Me apuesto algo a que te gusta llevar ropa interior de cuero, ¿verdad?

—Lo siento —dijo Mitch—. A mí me gusta mucho más el algodón.

—Una pena.

Tras emitir un suspiro de derrota, Rita se dirigió a otro hombre, que tenía pelo largo, perilla y un aire de prepotencia. Las primeras palabras que Rita le dirigió fueron:

—Me apuesto algo a que tú eres el bailarín exótico.

Mitch rio con ganas ante la obsesión que aquella mujer tenía por encontrar al *stripper* que había en el grupo. Entonces, siguió recorriendo la sala como si de verdad estuviera buscando pareja para aquella semana. La variedad de mujeres iba desde las más tímidas hasta las más descaradas. Intercambiaban la información que tenían en las listas para saber un poco más sobre el otro. A pesar de que muchas de ellas le resultaron agradables, ninguna le inspiraba más que una posible amistad.

La única mujer con la que quería verse emparejado era Nicole y ella, hasta aquel momento, había hecho un esfuerzo ejemplar por evitarlo desde que llegó a la isla. Sin embargo, como se estaba haciendo tarde y ya había algunas parejas que habían firmado como compañeros para la competición, decidió que ya iba siendo hora de ir a buscar a la mujer que deseaba, la mujer que sería suya durante toda aquella semana.

Salió al jardín y buscó entre las asistentes a una bella y esquiva rubia. Las antorchas iluminaban la zona, iluminando

suavemente las mesas donde se había servido el buffet y la pista de baile, en la que ya bailaban algunas de las parejas que se habían formado aquella noche. Una suave brisa susurraba entre las palmeras y el espléndido follaje de las plantas, llevando el fragante aroma de las flores tropicales y algo mucho más seductor... Las fantasías salvajes y prohibidas.

El familiar sonido de una carcajada estimuló una respuesta muy básica en su vientre, que solía sugerir que Nicole estaba ceca. Al mirar hacia su izquierda, la vio flirteando con un grupo de ansiosos hombres que luchaban por conseguir su atención.

Considerando el aspecto fresco y dinámico que presentaba, aun después de haberse pasado la mayor parte del día viajando desde Denver a Florida, no era de extrañar que atrajera a los hombres como un imán. Llevaba un top blanco que destacaba la hermosura y el bronceado de su piel. El escote redondeado destacaba sus rotundos y redondeados senos de un modo que resultaba increíblemente provocativo. Unos ajustados pantalones rosas destacaban su esbelta figura y unas sandalias de tacón alto incrementaban su altura en algunos centímetros, lo que hacía que sus piernas parecieran interminables.

Uno de los hombres se inclinó sobre ella para decirle algo, haciendo que otra carcajada retumbara en el aire. Entonces, Nicole lanzó al hombre una mirada, que despertó un fuerte sentimiento de posesión en Mitch. Él nunca había sido un hombre celoso con las mujeres, pero, para su sorpresa, sentía como si aquel hombre estuviera invadiendo su territorio. La sensación fue una novedad, pero no le molestó. De hecho, dio la bienvenida a la potente mezcla de deseo y de necesidad que ella le inspiraba, dado que sabía que tenía toda una semana para saciar la curiosidad y el deseo que ella provocaba en él.

Tras echar un vistazo al papel que llevaba en la mano, se dirigió al grupo. Los tres hombres que esperaban conseguir a Nicole como pareja no se sintieron muy contentos al ver que se les unía otro rival.

—¿Te importa si me uno al grupo? —le preguntó a ella

directamente, ya que conocía la respuesta del resto del grupo.

Nicole lo miró de arriba abajo y le dedicó una de sus resplandecientes sonrisas. No hubo nada en su actitud que reflejara que ya se conocían.

—En absoluto. Cuantos más, mejor —respondió—. Me llamo Nicole Britton.

Mitch estrechó la mano que ella le tendía y gozó con el suave tacto de su piel. El aroma a melocotón lo asaltó de nuevo. Olía tan bien, que casi se podía pensar en comerla, por lo que no pudo evitar preguntarse si su piel sabría tan dulce y tentadora como la fragancia que abrumaba sus sentidos.

Quería descubrirlo. La batalla de seducción y rendición se inició entre ellos en el momento en que unieron las manos. La atracción era la misma de siempre. Mitch sonrió levemente y vio cómo ella lo observaba con una mezcla de fascinación y de cautela. Aquella reticencia lo animó aún más a explorar lo que había entre ellos.

La sangre le latía a toda velocidad en las venas. Si el sutil modo en el que Nicole trataba de recuperar la mano servía como indicador, ella estaba tan afectada como él por aquel intercambio tan sensual. Aquello le bastaba. Por el momento.

Finalmente, le soltó la mano y se presentó, rompiendo en pedazos el sortilegio que los había inmovilizado a ambos.

—Mitch Lassiter. ¿Ha averiguado ya alguien cuál es la información personal que te corresponde?

—Todavía no. Me han etiquetado como moldelo, como alguien a quien le gusta viajar al extranjero... Otra persona creyó que me dedico a salir de un pastel en las despedidas de soltero... No puedo decir que haya hecho ninguna de esas cosas, pero la última de ellas me parece muy divertida.

A Mitch tampoco le costó imaginársela con una prenda minúscula que mostrara su sinuoso cuerpo.

—¿Te importa si pruebo yo?

—Adelante —respondió ella.

Evidentemente, Nicole no lo creía capaz de encontrar lo que

ella había incluido en aquella lista. A pesar de que Mitch no tenía ni idea, vio algo que encajaba perfectamente con su naturaleza competitiva y atlética.

—Te has presentado al equipo olímpico femenino de natación.

Nicole se quedó boquiabierta. Enseguida cerró la boca, pero resultaba evidente que Mitch la había dejado sin palabras, lo que era la primera vez que ocurría entre ellos. A pesar de que a él le hubiera gustado hacer algún comentario sobre ese hecho, decidió seguir fingiendo que eran desconocidos. Lo último que quería era que los descalificaran sin haber tenido oportunidad de competir.

—Vaya... —susurró ella, asombrada—. Eres muy bueno.

—Ya me lo han dicho.

—Bueno —comentó Nicole, mirando al resto de sus pretendientes—, parece que este es mi hombre. Ahora, si nos perdonáis, me gustaría poder conocer mejor al señor Lassiter.

Los otros hombres admitieron la derrota y se marcharon a buscar otras posibles parejas. En aquel momento, el director de la orquesta anunció que se iban a tomar un descanso y que Merrilee llegaría a los pocos minutos para saludar a todo el mundo y recordarles las reglas de la competición. Entonces, Nicole y Mitch se dirigieron a la parte del buffet que estaba dedicada a los postres.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella mientras se servía un hojaldre de crema cubierto de chocolate.

—¿Que cómo he sabido qué?

—Que me presenté al equipo olímpico de natación —replicó la joven, mientras se servía otro pastel—. Eso ocurrió antes de que nuestras madres se conocieran y se hicieran amigas. A menos que mi madre se lo mencionara a Joyce y ella te lo dijera a ti, no veo cómo puedes saberlo.

—No, mi madre nunca me dijo ni una sola palabra, lo que significa que dudo que ella sepa nada de que te presentaras al equipo olímpico. He dicho eso basándome en lo que sé sobre ti. Sé que te gustan los deportes y eres una mujer muy atlética, así

que me pareció lo más lógico.

—Como ya te he dicho antes, eres muy bueno y muy intuitivo —susurró ella mientras se lamía la crema de un dedo de un modo que prendió el fuego en el vientre de Mitch.

—Sin embargo, en este trozo de papel no se dice si lo conseguiste o no —replicó con deseos de saber más.

Nicole se tensó visiblemente al oír aquellas palabras.

—Nunca esperaba que nadie averiguara esa información sobre mí.

—Es culpa tuya por poner algo tan interesante para que la gente pudiera especular sobre ti. He acertado sobre la frase que te correspondía, así que creo que me debes una respuesta —insistió Mitch mientras tomaba un bocado de un pastelillo de limón.

—¿Por qué insistes tanto sobre ello?

—Ahora que vamos a emparejarnos, quiero conocerte mucho mejor.

—¿Por qué? —repitió ella, muy tensa.

—¿No es precisamente ese el propósito de esta velada?

—Tal vez para los que, sinceramente, quieren conocerse.

—¿Y si yo quiero conocerte sinceramente? Es una pregunta muy sencilla, Nicole. Con un sí o un no me vale.

—¿Qué te parece si te digo las dos cosas?

—¿No te parece que estás comportándote de un modo muy esquivo a propósito?

En aquel momento, Nicole se giró para dejar el plato en un espacio vacío de la mesa. Las suaves llamas de una antorcha le iluminaron las delicadas líneas de su rostro, acentuando así su belleza natural, aunque, en cierto modo, la hicieron parecer muy vulnerable, lo que era una novedad en Nicole.

—Conseguí entrar en el equipo —confesó ella, pareciendo muy orgullosa por ese hecho—, pero una semana después me rompí la muñeca en un accidente de coche. La recuperación fue muy dolorosa y la rehabilitación duró meses. Para cuando estaba lista para volver al equipo, ya me habían sustituido.

La pena que Nicole sintió al recordar aquel hecho era palpable. Mitch le apartó unos mechones de cabello del rostro y acarició suavemente la cálida mejilla de la joven. Ella contuvo el aliento, como si no estuviera acostumbrada a tanta ternura.

Mitch sintió que estaba empezando a ver rasgos de una personalidad más tierna. A pesar de sus reservas, de su actitud descarada, Nicole necesitaba ternura, comprensión y la aceptación que se ofrece sin expectativas. Y Mitch ansiaba darle todas estas cosas.

—Lo siento —murmuró, acariciándole de nuevo la mejilla—. Eso debió de ser muy duro para ti.

—Me causó mucha decepción a mí y, sobre todo, a mi padre, que tenía muchas esperanzas de que yo ganara una medalla...

Mitch se dio cuenta de que ella también las había tenido. No pudo evitar preguntarse cuánto de aquel anhelo tendría que ver con tener una medalla para sí misma o con agradar a su padre. Sin embargo, antes de que pudiera hacerle aquella pregunta, la dueña de Fantasías, Inc. llegó a la fiesta. Se colocó delante del micrófono y comenzó a hablar.

—Buenas noches a todos —dijo Merrilee, haciendo que todos los presentes centraran su atención en ella.

A pesar de tener unos cincuenta años, la dueña de Fantasías, Inc. seguía siendo una mujer muy atractiva, de cabello castaño con algunos mechones canosos y unos hermosos ojos verdes que parecían muy sabios.

—Bienvenidos a Fantasía Salvaje, donde todo vale y nada es imposible. Tenemos muchos juegos y actividades planeadas en la isla, igual que gran cantidad de fantasías que cumplir, así que dejemos que esa frase sea vuestra guía durante esta semana. Mañana empezará la competición. Solo quiero recordaros las reglas y las directrices de este acto benéfico. Cuando hayáis elegido compañero o compañera, estaréis emparejados con esa persona durante toda la semana. Si uno de vosotros decide en cualquier momento separarse por diferencias

personales o si rechazáis algunos de los juegos o actividades que se ofrezcan, los dos habréis perdido vuestro lugar en el concurso.

Mitch entendió perfectamente aquella regla tan estricta. Además de reducir la discordia al mínimo, obligaba a las parejas a tratar de solucionar sus problemas y diferencias. Dicho en otras palabras, tenían que ponerse de acuerdo, una habilidad que era esencial para cualquier relación.

Al mirar a Nicole, estuvo completamente seguro de que ella no quebrantaría ninguna de esas reglas. Se esforzaría por entenderse con él antes de dejar el concurso y perder el premio. La perseverancia era un rasgo muy pronunciado en ella y, sin duda, los beneficiaría mucho.

—Dentro de unos días, mediante un proceso de eliminación basado en los puntos, los equipos se reducirán a los siete finalistas. Ahí comenzará la parte final de la competición. Esta parte será mucho más difícil y requerirá que los participantes utilicen sus estrategias físicas y mentales para conseguir ganar uno de los tres premios en metálico. Sin embargo, sea cual sea la posición en la que terminéis en este concurso, quiero que todo el mundo se divierta esta semana. Ahora que la orquesta regresa ya de su merecido descanso, espero que disfrutéis del resto de la velada, que encontréis pareja y bailéis toda la noche.

Nicole observó cómo Merrilee bajaba del escenario para charlar con sus invitados. Aprovechó aquellos segundos para levantar sus defensas contra el hombre que estaba a su lado, especialmente después de que ella le hubiera contado una de las mayores desilusiones de su vida. Nunca había compartido aquella historia con nadie.

¿Qué se le había pasado por la cabeza? Había aprendido a una edad muy temprana a mantener ocultos sus sentimientos para que no le dolieran las críticas de su padre y así poder mantener sus fuerzas y su determinación intactas. Había conseguido hacerlo a lo largo de todos aquellos años y, sin embargo, Mitch, con sus cariñosos ojos castaños, había conseguido despertar en ella un anhelo que amenazaba con

derribar todas esas barricadas. Aquello era algo que no quería hacer porque, al final, aquella rendición le costaría lo que tanto había trabajado por conseguir y lo que más atesoraba: su independencia.

—¿Vamos ya a la mesa de inscripción?

Nicole lo miró al oír el rico y profundo timbre de su voz y sintió una extraña sensación en el estómago al ver lo alto, guapo y masculino que era. El deseo se fue despertando en ella y fue infiltrándose lentamente en sus venas y debilitándole las rodillas.

A pesar de que solo era para divertirse y ganar aquel dinero para una asociación benéfica, no se sentía dispuesta para comprometerse con él durante una semana. Necesitaba un poco más de tiempo para recuperar el control.

—Todavía no. Si voy a estar pegada a ti durante toda una semana, quiero asegurarme de que eres un hombre cualificado y competente.

—¿Qué es lo que has pensado para averiguar si llegó al nivel que esperas de mí?

—Creo que un juego de dardos en la sala de juegos servirá para indicarme lo capaz que eres.

Con eso, Nicole se dio la vuelta y se dispuso a abandonar la fiesta. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Mitch la agarró por el brazo y la detuvo. Poco a poco, fue deslizando la mano hasta llegar a la muñeca. La miró directamente, lo que provocó que ella se echara a temblar, preguntándose cómo un hombre podía tener un efecto tan potente sobre sus sentidos.

—¿Y cómo voy a comprobar yo tus habilidades? —le preguntó mientras entrelazaba sus dedos con los de Nicole.

El ronroneo que había en su voz hizo que aquella pregunta adquiriera connotaciones sexuales y toda suerte de deliciosas y prohibidas posibilidades. Tal vez su cuerpo estuviera tan privado de atenciones que simplemente se estaba imaginado la indirecta que había creído ver en aquellas palabras. Rápidamente, trató de tranquilizarse, aunque el roce del pulgar de Mitch contra su piel y la tenacidad que se adivinaba en sus ojos no auguraba buenos

presagios para el resultado de su último desafío.

—Vas a tener que confiar en mí —replicó ella, tratando de fingir una despreocupación que estaba muy lejos de experimentar—. O podríamos dejar que nuestro juego de dardos hable por sí mismo.

—No creo que eso sea muy justo —dijo él—. ¿Qué te parece si, en vez de eso, ponemos a prueba nuestras habilidades en la pista de baile?

3

Lo último que Nicole quería era terminar entre los brazos de Mitch, rodeada por su viril calor, su embriagador aroma y su descarada masculinidad. No le dio mucha elección en el asunto ni tiempo para protestar ya que, sin soltarla de la mano, tiró de ella hacia la pista de baile. Para colmo, justo en aquel momento la orquesta terminó de tocar el ritmo rápido que habían estado interpretando hasta entonces para sustituirlo por una canción lenta y romántica que había pedido específicamente uno de los invitados.

Un segundo más tarde, Nicole se encontró apretada contra el cuerpo de Mitch. Sorprendida, se agarró a sus fuertes brazos. Cualquier idea desesperada que hubiera podido tener de mantener unos pocos centímetros entre ellos desapareció rápidamente cuando él le deslizó el brazo alrededor de la cintura y la estrechó con fuerza contra su firme y musculoso cuerpo. Automáticamente se tensó, pero su rígida postura no consiguió disuadirle.

Cada centímetro del cuerpo de Mitch parecía estar tocando alguna parte del suyo. Tenía unos hombros increíblemente anchos y los senos de Nicole rozaban suavemente el ancho tórax de él, lo que hizo que sus pezones se irguieran y estimularan con aquel ligero contacto. Su vientre se alineó con el de Mitch y, de algún modo, él consiguió colocar un muslo entre los de ella de un modo que resultaba completamente natural para el tipo de baile.

La presión gradual que él ejercía era exquisita. Para su desesperación, un insistente latido empezó a cobrar vida en su interior. El ritmo de la música dictaba el de sus cuerpos, despertando el anhelo de Nicole sobre algo más carnal y prohibido con Mitch. El asalto sobre sus sentidos era mucho más fuerte de lo que podía soportar y tuvo que esforzarse mucho para mantener las riendas de su respuesta física.

Con la mano que le quedaba libre, Mitch empezó a

acariciarle el cabello. Las yemas de los dedos le tocaron suavemente en la nuca.

—Relájate, Nicole —murmuró.

Ella trató de reprimir un delator temblor de placer y cerró los ojos. Tras respirar profundamente, se esforzó por encontrar una respuesta convincente antes de volver a abrir los ojos. Entonces, se apartó ligeramente y se enfrentó a la sensual mirada de él con una caprichosa sonrisa.

—Estoy perfectamente relajada, Mitchell.

Evidentemente, él no la creía. Las dudas brillaban en sus ojos junto con algo aún más turbador. Deslizó una mano por su espalda con una larga caricia, y dejó la mano justo en la curva del trasero. Unas fulgurantes sensaciones se abrieron paso a través de ella y la hicieron tensarse aún más. Aquel gesto contradijo su intento por fingir indiferencia ante él.

—No creo que esa sea la respuesta de alguien que está relajado —susurró con una pícara sonrisa en los labios. Entonces, como si aquello aún fuera posible, la estrechó un poco más contra él, tanto que Nicole casi parecía formar parte de su cuerpo—. ¿Es que te pongo nerviosa?

—Claro que no —mintió ella, en tono de burla, para que aquel mecanismo de defensa la ayudara a proteger sus sentimientos.

—Entonces, demuéstalo. Aquí no hay nadie que nos conozca, así que deja de enfrentarte a lo que hay entre nosotros y deja que tu cuerpo se relaje contra el mío. Muévete conmigo al ritmo de la música, Nicole.

Aquella petición fue exactamente el tipo de desafío que Nicole hubiera esperado de él. La canción terminó, lo que pareció darle la oportunidad de relajarse un poco. Cuando esperaba que la siguiente canción fuera un poco más movida, la orquesta la sorprendió con un seductor ritmo de *blues*. Sin embargo, por mucho que él la excitara, Nicole se negó a darle el poder de saber lo mucho que él la afectaba. De hecho, estaba completamente preparada para darle la vuelta a la situación y ser la que saliera

indemne de aquel desafío, solo para demostrarle que podía hacerlo.

Tras bloquear todo lo que había a su alrededor, capturó la mirada de Mitch en aquella tenue luz, se relajó y dejó que el ritmo de la música dictara los movimientos de su cuerpo y el de la deliberada frotación de su muslo entre los de él.

Perdida en aquel momento y pasando completamente desapercibida para las parejas que los rodeaban, Nicole sintió que las inhibiciones y las reservas desaparecían. Se relajó y se fundió con Mitch, tal y como él le había pedido. A través de los párpados entreabiertos, observó cómo la llama del deseo ardía en los ojos castaños de él, tal y como ella había buscado.

—Bueno, ¿qué te parece, Mitchell? —le preguntó. Entonces, empezó a acariciarle el pecho y experimentó una enorme satisfacción al sentir cómo los músculos vibraban bajo sus dedos—. ¿Te parece que esto es lo suficientemente relajante?

—Por supuesto —dijo él, colocándole la mano en la cadera—. Estamos muy bien juntos, ¿no te parece? Los dos estamos muy cualificados y somos muy competentes.

Nicole tragó saliva. De nuevo, parecía estar costándole encontrar las palabras para replicarle. Estaba demasiado hipnotizada por el irresistible encanto sexual que había en su profunda voz, demasiado aturdida por la profundidad del anhelo que sentía en su cuerpo como para poder pensar, y mucho menos hablar.

Suavemente, Mitch meneaba las caderas contra las suyas, prendiendo así otra llama de frenético anhelo en ella.

—El modo en que nos movemos, tan al unísono, el modo tan perfecto en el que encajan nuestros cuerpos es exactamente el modo en que debería ser. ¿Lo sientes tú también?

Nicole sentía demasiado. Cada caricia ilícita expandía el calor que había entre ellos. Cada lento movimiento, tan lleno de propósitos, le abrasaba los sentidos hasta que se sintió ardiendo con la clase de necesidad que solo el acto sexual podía calmar. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había deseado tanto

a un hombre.

Cerró los ojos al tener aquel pensamiento tan lujurioso, pero no pudo aislarse ante sus palabras, que, entre susurros, conjuraban unas imágenes increíblemente eróticas y vívidas en su mente. Se vio con él, carne contra carne, aferrándose en el baile típico de los amantes. Fue testigo de la perfecta unión de sus cuerpos y sintió cómo él llenaba el vacío anhelante que había en su interior. Sintió también cómo sus propios muslos se apretaban a los de él, cómo la tensión se le enroscaba en el vientre allí justo donde la presión que él ejercía era mayor. Un temblor la sacudió por dentro.

—Para.

La orden se le escapó de los labios antes de que pudiera interceptarla. Mitch se quedó quieto.

Nicole parpadeó y abrió los ojos, tratando de deshacerse así de las provocativas imágenes que le llenaban la retina. Miró a Mitch con asombro, mortificación y también enojo hacia él por haberla excitado con aquel monólogo sexual. La respiración se le escapaba con breves jadeos y se sentía acalorada y febril.

Incapaz de creer que casi le hubiera permitido que la sedujera en un lugar tan público, trató de soltarse de su abrazo. Sin embargo, Mitch la apretó contra su atlético cuerpo, dado que, aparentemente, no quería dejar que todo el mundo viera lo afectado que él se había quedado por aquel intercambio. Nicole sintió la potente erección y no pudo evitar experimentar otro deseo que, aunque no deseado, se abrió paso a través de ella.

Lo miró con frialdad por haber convertido lo que debería haber sido un simple baile en algo mucho más tentador.

—No has jugado limpio —dijo, olvidándose convenientemente de que ella tenía tanta culpa como él por provocarlo.

—¿Y tú? —replicó él, recordándose enseguida.

—Has sido tú el que ha empezado con todo esto, no yo. A mí me habría bastado con ganarte jugando a los dardos.

La expresión del rostro de Mitch se llenó de humor.

Gradualmente, consiguió que los dos volvieran a bailar, aunque, aquella vez, de un modo menos apasionado.

—Al menos, por fin hemos demostrado una cosa más importante.

—¿De qué se trata?

—De lo compatibles que somos —replicó Mitch, muy serio—. Y que tú me deseas tanto como yo te deseo a ti.

—No creo que seamos nada compatibles —dijo Nicole, tras hacer un gesto de exasperación. Sin embargo, le costó mucho más negar su segunda afirmación—. Somos completamente opuestos, Mitchell, y si no fuera por este concurso benéfico, ni siquiera estaríamos juntos ahora.

—Mitch —observó él con un cierto tono de frustración—. Por una vez, llámame Mitch.

—Mitchell te va mucho mejor —replicó ella, decidida a no ceder a lo que él le pedía—. Responsable, respetable y demasiado aburrido para mí.

Aquel comentario, que ella había realizado para señalar las grandes diferencias que tenían y establecer una muy necesitada distancia entre ambos, solo sirvió para dar chispa a una fiera determinación en la profundidad de los ojos de Mitch.

Sin preámbulo alguno, la agarró de la mano y tiró de ella para sacarla de allí. La arrastró por un sendero muy oscuro que llevaba hacia la playa. Finalmente, se detuvieron al lado de una de las pequeñas cabañas en las que se prestaban las toallas a los invitados.

De repente, Mitch se volvió para mirarla. Los plateados rayos de la luna lanzaban sombras sobre los hermosos rasgos de él y le daban un extraño brillo a sus ojos. Emanaba un magnetismo sin adulterar, puro y salvaje y algo peligroso. Sin embargo, no era él a quien Nicole temía más, sino a su propia respuesta.

La excitación y la aprensión se mezclaron en ella. Había encontrado su igual. Tembló al pensarlo, consciente de que estaban casi a solas. Se oía el lejano murmullo de las voces de la

gente y el ruido de las olas del mar rompiendo contra la playa... ¿o acaso era el frenético sonido de su corazón?

Mitch dio un paso hacia ella y, al mismo tiempo, ella dio uno hacia atrás. Se encontró acorralada contra la puerta de la cabaña. Él se acercó más y, antes de que Nicole pudiera tratar de zafarse, le colocó las manos a ambos lados de los hombros, atrapándola entre la madera y su cuerpo. No la estaba tocando físicamente, pero sentía el calor de su cuerpo y veía la fiereza que había en su mirada. A pesar de que todo su cuerpo le urgía para que se escabullera por debajo del brazo, no lo hizo.

Nunca había tenido miedo de la confrontación o del conflicto, dado que había experimentado los dos plenamente durante su infancia y en su relación con Jonathan. Por ello, se negó a retirarse en aquellos momentos, por mucho que aquel hombre provocara continuamente diferentes sentimientos en ella. En aquel momento, el deseo era el que dominaba.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, deseando que su voz sonara más convincente en vez de tan agitada.

Mitch inclinó la cabeza y deslizó los labios por su mejilla hasta llegar al delicado lóbulo de la oreja, en un gesto que resultaba más erótico por lo que prometía.

—Estoy a punto de demostrarte que puedo ser tan osado y atrevido como tú —susurró.

El pulso de Nicole se aceleró mientras observaba cómo aquellos labios tan sensuales descendían hasta los suyos. Se preparó para un beso salvaje y apasionado, del tipo que reflejara lo tempestuosa que había sido su relación hasta entonces. Sin embargo, no pudo haber estado más equivocada.

Con deliberada lentitud, Mitch deslizó los labios sobre los de ella, con la suavidad de una pluma. Eran caricias aterciopeladas diseñadas para derribar sus barreras. A pesar de que Nicole sabía que debía hacer algo para detener aquella lenta seducción, cerró los párpados y recompensó sus sensuales esfuerzos con un profundo gemido, que era de puro placer.

Mitch experimentó una profunda satisfacción. Aquella mujer,

a pesar de su testarudez y descaro, no podía negar el innegable deseo que existía entre ellos. Su cálido y fragante aliento abanicaba sus labios, embriagándolo con la ambrosía del aroma de albaricoques dulces y de chocolate, una rara especialidad que tenía toda la intención de probar pronto, muy pronto...

Enredó los dedos en la espesa mata de su cabello y le acarició la mandíbula con los pulgares para mantenerle el rostro levantado e impedir que la boca se moviera de debajo de la suya. Sin apartar los ojos de los de ella, cerró la distancia que había entre ellos y fundió la dureza de su cuerpo con las suaves curvas de Nicole.

Aquella vez, fue él quien gimió de placer al notar la perfección de tener a aquella mujer entre sus brazos y la primitiva necesidad que lo consumía. Entonces, decidió terminar aquel tormento. Colocó la boca sobre la de ella y le acarició los labios con la lengua. Entonces, Nicole los abrió con un suspiro y le concedió la invitación que él buscaba.

La lengua de Mitch se hundió en ella, con una lenta y completa invasión que era tan sensual como posesiva. La besó lánguidamente, con consumada e insaciable paciencia, hasta que se quedó tan rendida y necesitada como él.

Tragó el gemido que ronroneó en la garganta de Nicole, pero no pudo hacer nada para detener la inquietud con la que ella se movió contra él. No era que él quisiera detenerla, pero lo estaba poniendo más excitado de lo que recordaba haber estado nunca. Nicole levantó las manos y las deslizó entre sus cuerpos, no para apartarlo, sino para apretar las palmas de las manos contra el vientre de él. Luego, le acarició la espalda. Aquellas caricias tan sinceras prendieron una fiebre en la sangre de Mitch que le aceleró el ritmo del corazón y lo llevó hasta los niveles más altos de deseo.

Su beso se volvió hambriento y agitado, profundo y húmedo. Tras soltar una de las manos con las que le estaba agarrando el cabello, Mitch la deslizó por la suave columna de la garganta de Nicole y le acarició el pulso que le latía en la base. Ella tembló de

placer y enredó la lengua con la de él, dejándolo presa del deseo y abrumado por la necesidad.

Como quería experimentar más de ella, tanto como se le permitiera, siguió bajando y agarró por fin la dulce suavidad de uno de sus senos. Nicole gimió de placer, se arqueó y le ofreció aún más. Mitch sintió que el pezón se erguía contra la palma de su mano y adivinó que llevaba un sujetador muy fino. Al imaginarse la tela transparente del sujetador, una serie de eróticas imágenes cobraron vida en su mente y, combinadas con la realidad del momento, casi lo llevaron al clímax.

Frotó los dedos sobre el pezón, deseando que ella estuviera completamente desnuda ante sus ojos para poder acariciarla con los labios y saborearla como siempre había deseado. Cuando Nicole deslizó las manos sobre la curva de su trasero y meneó las caderas contra las suyas, estuvo de nuevo a punto de perder el control. Las sensaciones se apoderaron de él, pidiéndole que tomara la decisión de dar rienda suelta al placer o echar mano de la contención, porque si no su cuerpo tomaría la decisión por sí mismo.

No había nada ni remotamente responsable ni respetable ni aburrido en lo que estaban haciendo, tal y como ella lo había acusado de ser. Indiscutiblemente, le había demostrado que él podía ser tan atrevido y osado como ella, pero aún quedaba otra concesión sin resolver entre ellos, y Mitch pensaba gozar también con aquella victoria.

Tenía la respiración agitada, pero, de mala gana, acabó con aquella locura y rompió el beso. En vez de retirarse completamente, dejó que los labios se deslizaran por la mandíbula de Nicole hasta caer a un lado de la garganta. Aparentemente perdida en la pasión, ella echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso.

—Llámame Mitch —murmuró él con voz ronca. Entonces, levantó la cabeza y la miró profundamente a los ojos—. Di mi nombre, Nicole.

Ella se pasó la lengua por el labio inferior, henchido por sus

ardientes besos.

—Mitch... —susurró.

—Sabía que podías hacerlo, nena. Y, ahora que hemos establecido que somos igualmente competentes, que estamos bien cualificados y que somos plenamente compatibles, solo nos queda una cosa por hacer.

Como si Nicole se acabara de dar cuenta de lo que estaba acariciando, apartó rápidamente las manos del trasero de Mitch y las apoyó con la pared que tenía a sus espaldas.

—¿Y qué es?

—Lo único que nos queda es apuntarnos como equipo y dejar que empiece la competición —replicó, guiñándole un ojo.

Entonces, la tomó de la mano y la llevó de nuevo a la fiesta, aunque los dos se tomaron su tiempo en regresar para que pudieran recuperar el equilibrio y el control de su cuerpo. Unas cuantas personas los miraron con curiosidad y notaron su reaparición, pero como el propósito de aquella isla y de la competición benéfica era hacer que las parejas se unieran, dedujeron que su comportamiento era plenamente aceptable.

Nicole estaba muy silenciosa, lo que no era normal en ella y parecía algo distraída mientras rellenaban el papeleo que iba a unirlos durante aquella semana. Cuando Mitch le sugirió que fueran a bailar un poco más o que encontraran otro entretenimiento en la isla, ella declinó cortésmente la invitación.

—Creo que me voy a retirar a descansar —dijo de repente—. Y te sugiero que tú también te vayas a descansar. Vas a necesitar todas tus fuerzas para la competición.

Al oír aquella frase, Mitch se echó a reír, aliviado de ver que su recién encontrada intimidad no había alterado en absoluto la impetuosa actitud de Nicole.

Las caricias de sus hábiles manos dejaban un rastro fresco sobre su acalorada y desnuda piel, excitando las terminaciones nerviosas hasta un estado de deseo febril. Lo abrazó,

desesperada por saciar el profundo anhelo que moraba dentro de ella. Tras susurrar su nombre con un profundo suspiro, él cubrió su cuerpo con el suyo y dejó que la boca le provocara una rápida sucesión de sensaciones al concentrarse en los puntos de placer más sensibles. Los senos de ella se hinchieron y despertaron al sentir cada delicado movimiento de la lengua sobre la aterciopelada piel del pezón, y los músculos del abdomen se le contrajeron cuando los cálidos labios de él fueron bajando y bajando cada vez más...

La erótica caricia de su boca contra el interior del muslo, el húmedo calor de su aliento hicieron que ella se echara a temblar. Las caricias de la lengua la enviaron a las puertas del paraíso y la colocaron al borde de un potente clímax. Se movió, inquieta, para tratar de acomodarlo, pero él, de algún modo, le atrapó las piernas con sus propios muslos y le impidió obligarlo a hundirse dentro de ella para llevarla más allá del precipicio del placer...

Nicole se despertó sobresaltada. Abrió los ojos y se encontró en la enorme cama de su bungalow. Los alegres rayos del sol se filtraban en su habitación a través de las puertas acristaladas que llevaban a la playa. Tenía la respiración agitada y laboriosa. Su cuerpo entero palpitaba de un deseo no satisfecho, un apetito que Mitch había instigado la noche anterior y que la había acompañado durante todo su sueño.

Gruñó ante la injusticia de haberse despertado antes de haber podido disfrutar del resultado de aquel sueño sensual. A pesar de que sabía que le resultaría muy fácil liberarse de aquella tensión, la autogratificación no la atraía cuando lo que deseaba eran las caricias de otra persona.

Las caricias de Mitch.

Decidió esperar a que los los latidos de su corazón fueran calmándose y trató de tumbarse de costado para levantarse cuando se dio cuenta de que tenía las piernas verdaderamente atrapadas. Tenía las frescas sábanas de algodón alrededor de la cintura y los tobillos, lo que explicaba la sensación que su mente había conjurado. La suave brisa de la mañana que entraba a

través de la ventana acariciaba su piel como si fuera el beso de un ardiente amante.

Todo habían sido ilusiones, no Mitch, tal y como ella se había imaginado en sus sueños. Con un suspiro de desilusión, desenredó las sábanas y se levantó. En aquel momento, la mejor cura para lo que la afligía era una ducha fría y algo de comer para apaciguar su apetito. Después, decidiría lo que iba hacer sobre los deseos sexuales que Mitch evocaba.

Después de pedir que le llevaran el desayuno a su bungalow, se dirigió hacia el cuarto de baño y vio una hoja de papel que alguien le había deslizado bajo la puerta y que contenía un itinerario de las competiciones y de las actividades organizadas para aquel día.

Las competiciones eran juegos divertidos que darían a las parejas la posibilidad de conocerse mejor y de ganar puntos para su clasificación del día. Había una carrera de tres piernas, un juego en el que Nicole siempre había destacado en las fiestas de cumpleaños de sus amigos. Luego, tenían que tirar de una cuerda sobre un charco de barro, competición que estaba segura que Mitch y ella podrían ganar con la combinación de fuerza y de estrategia. Por último, había un juego en el que había que tirar al agua al compañero el mayor número de veces posible dentro de veinticuatro intentos. Tampoco aquello parecía representar un problema, ya que Nicole siempre había tenido muy buena puntería. Sonrió al imaginarse la satisfacción que iba a tener en aquel último juego cuando tuviera a Mitch a su merced, para variar.

Parecía que no iban a participar en ninguna de las competiciones hasta después de comer, lo que le dejaba tiempo para poder tomar un poco el sol después de desayunar. Rápidamente, se quitó el camisón y se dio una ducha. Veinte minutos más tarde, refrescada y vestida con un biquini morado y un pareo a juego, se sentó en su jardín para tomar el sol, abrumada por la hermosa vista del océano, al tiempo que tomaba el desayuno.

Mientras se metía un trozo de melón en la boca, recordó sin poder evitarlo el beso que Mitch y ella habían compartido. Una vez más, se recriminó por haberse mostrado tan débil con respecto a él. Era un hombre que sabía exactamente cómo derribar sus barreras personales y a ella no le gustaba sentirse vulnerable en ningún modo. Había aprendido que al entregar a otra persona poder sobre sus emociones se volvía más sensible, demasiado ansiosa por conseguir la aprobación y resultaba demasiado fácil herirla.

Tomó un sorbo del café más delicioso que había saboreado nunca y pensó que Mitch no era solo guapo y sensual, sino también cariñoso. Era una extraordinaria combinación que la fascinaba y la atraía, ya que nunca había encontrado a un hombre que poseyera todas aquellas características. Jonathan nunca se había preocupado por sus necesidades y deseos, sino que se había centrado exclusivamente en los suyos.

Sin embargo, había un elemento muy importante que era el que más hacía que se sintiera atraída por Mitch y era que, al contrario de la mayoría de los hombres, no se sentía intimidado por su osadía y descaro, un mecanismo de defensa que formaba parte de ella desde su ruptura con Jonathan. Mitch no se arredraba por su espíritu competitivo ni su fiera independencia. No le cabía la menor duda de que él gozaba con sus debates y sus desafíos. Lo único que ella tenía que hacer era decidir qué era lo que se podía hacer con la explosiva química que había entre ellos y, al mismo tiempo, mantener el control de la situación para no verse implicada en otra relación que le pidiera mucho más de lo que estaba dispuesta a dar.

Ignorar aquella atracción sería lo más prudente para evitar complicaciones, sin embargo, ¿cuándo había sido ella sensata o juiciosa en lo que se refería a correr riesgos? Nunca. Entonces, ¿por qué estaba dudando a la hora de perseguir lo que quería, es decir, una aventura con Mitch que la ayudara a sacárselo de la cabeza?

Mientras tomaba un bocado de cruasán, suspiró. Tenía que

admitir que su personalidad impulsiva y osada tenía un defecto. Efectivamente, no era una mujer sensata, pero tampoco era la clase de mujer que se hubiera insinuado nunca a un hombre. Y tampoco se dejaba llevar por aventuras breves. Normalmente. Sin embargo, dadas las circunstancias de aquella isla, todo era diferente. Además, no se podía negar que había una increíble química entre Mitch y ella. Eran compatibles hasta el punto de que él había podido vencer su resistencia. La noche anterior, le había demostrado exactamente por qué aquella isla tropical se llamaba Fantasía Salvaje.

—Si todo vale y nada es imposible —murmuró—, entonces, deseo a Mitch Lassiter para esta semana

Lo deseaba en sus propios términos, en los que ella siempre permanecía en control. Los modos tan diferentes y eróticos en los que ella lo deseaba la excitaron una vez más.

Una sonrisa le curvó los labios a medida de que aquella idea tan decadente le entró en la mente, una fantasía personal y sin ataduras que la excitaba y que esperaba que atrajera también a Mitch... si tenía el valor de expresar sus deseos y si él accedía a su petición. Quería que él fuera su esclavo de amor durante aquella semana; era la fantasía más salvaje que podía imaginar.

Era un plan perfecto, una manera práctica para que los dos se embarcaran en una aventura consensuada que apagara el fuego que ardía entre ellos, sin ataduras ni amenazas para su naturaleza independiente y sin la interferencia y las expectativas que podrían marcarles sus familias. Solo placer, sin futuro. Si ella estaba al mando de aquella relación, con Mitch dispuesto a cumplir sus deseos, seguiría controlando sus emociones al tiempo que disfrutaba de sus atenciones. Después de una semana, cuando regresaran a Colorado, sus caminos volverían a separarse, sin peticiones ni compromisos para ninguno de los dos.

Sí... Era la fantasía perfecta. ¿Qué hombre podía resistirse a la oportunidad de disfrutar de juegos sexuales y ser parte de los deseos más profundos y secretos de una mujer? Además, aquella

petición era justo la clase de proposición que Mitch esperaba de alguien a quien le gustaba vivir la vida tan impulsivamente.

Decidió armarse de valor para poner en palabras aquella fantasía y cruzó los dedos para que Merrilee accediera a permitirle una segunda fantasía, mucho más íntima. Entonces, respiró profundamente y volvió a entrar en el bungalow para llamar a Merrilee y proponer a Mitch un desafío que esperaba que aceptara.

4

Sentado en la terraza del bar que había cerca de la piscina, Mitch estaba bebiendo un cóctel de frutas tropicales mientras observaba a la mujer que le había lanzado una proposición muy seductora. Nicole, que estaba sentada en una tumbona al lado de la piscina, con el sol reflejándosele en la piel desnuda, parecía una diosa. El pulso de Mitch latió un poco más fuerte mientras consideraba aquella descripción tan apropiada e imaginó todos los modos diferentes en los que podría adorar aquel cuerpo.

La esencia de su descarada proposición era que él se convirtiera en su esclavo de amor para aquella semana, lo que le daba precisamente permiso para hacer justamente aquello. Eso, si aceptaba aquella oferta, algo que todavía no había hecho.

Cuando Merrilee lo llamó a su bungalow aquella mañana y le preguntó si podía hablar con él en privado, nunca se habría imaginado cuál iba a ser el contenido de aquella conversación. Al principio, se había sorprendido mucho por la osada petición de Nicole, especialmente después del modo tan abrupto en el que se habían separado la noche anterior. Sabía que le había dado mucho en qué pensar después del beso tan seductor que habían compartido, pero tendría que haberse imaginado que Nicole nunca se echaría atrás ante un desafío. Como correspondía a su carácter, había dado la vuelta a la situación y se había colocado al mando.

Se metió un puñado de cacahuetes en la boca y pensó sobre Nicole y aquella nueva situación. No había duda alguna de que la deseaba y que, además, le intrigaba aquella proposición tan provocativa, en la que se les permitiría explorar su atracción de un modo que habían evitado desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, había facetas personales que ambos debían considerar en aquella proposición y no estaba dispuesto a acceder a aquella fantasía sin saber primero cuáles eran las reglas.

Volvió a mirar a Nicole justo en el momento en el que ella hacía una señal al camarero. El joven anotó su pedido mientras se reía de algo que ella le había dicho y luego se dirigió al bar para preparar su bebida. El barman preparó otro cóctel de frutas y colocó la copa sobre la bandeja del camarero. Justo cuando se disponía a ir a llevársela, Mitch se levantó y lo detuvo antes de que pudiera hacerlo.

—¿Te importa si soy yo quien le lleve ese cóctel? —le preguntó. Al ver que el camarero lo miraba con escepticismo, Mitch sacó unos billetes y los dejó en la barra, a modo de compensación—. Nicole y yo somos compañeros en la competición y me gustaría causarle buena impresión. Ya sabes a lo que me refiero...

El camarero le entregó enseguida la bandeja para fomentar lo que creía que era una aventura romántica y, efectivamente, se podía decir que esas eran sus intenciones.

Tras sortear las tumbonas del resto de la gente, se detuvo al lado de la de Nicole. Tenía los ojos cerrados, por lo que él se tomó un momento para admirar sus rotundos pechos, las esbeltas curvas de su cuerpo, cubierto con un biquini de un vibrante color morado. La sangre le hirvió en las venas y, antes de que su deseo se hiciera aparente, se acercó un poco más a ella e interceptó el sol con su propio cuerpo.

Ella levantó sus largas pestañas al notar la falta de luz y calor. La amistosa sonrisa que pensaba dedicar al camarero murió en sus labios cuando vio de quién se trataba.

—¿Qué estás haciendo aquí?

A pesar de que había tenido el valor de hacerle su petición a Merrilee, se mostró tímida al enfrentarse a él directamente. Al ver la incertidumbre que se reflejaba en su gesto, Mitch pensó si estaría preocupada por que él pudiera rechazar su proposición.

—Estoy a su servicio, señora —le dijo, aludiendo a su fantasía, aunque sin indicar o no si había accedido a tal proposición—. Creo que pidió esta bebida.

—Sí, gracias —respondió. Entonces, se incorporó un poco

en la tumbona y, tras tomar la copa de la bandeja, le dio un sorbo—. ¿Has visto nuestro itinerario para las actividades del día?

—Sí —contestó Mitch, mientras dejaba la bandeja en una mesa cercana y se sentaba luego en una tumbona que había al lado de la de Nicole—. Dentro de una hora tenemos que participar en la carrera de tres piernas.

—¿Qué tal andas de coordinación?

—Si lo que te preocupa es que no pueda ir a la misma velocidad que tú, no tienes por qué hacerlo —replicó él, con una sonrisa—. Tú pon el ritmo y te prometo que no haré que tropecemos. Por supuesto, si no tienes fe en mis habilidades para correr en sincronización contigo, siempre podemos hacer un ensayo.

—Confío en ti —dijo ella mientras tomaba otro sorbo de su bebida.

—Me alegro, porque no hay razón alguna para que no sea así. Que confíes en mí, y que yo confíe en ti es imperativo si queremos salir victoriosos en todas las pruebas que nos esperan.

—Tienes razón. Tengo que admitir que no me gusta depender de nadie para hacer nada, especialmente para ganar una competición, pero, esta semana, tendrás mi cooperación al máximo.

Mitch tuvo la sensación de que aquel comentario tenía un significado más profundo que el de afirmar simplemente su naturaleza independiente, una razón más compleja por la que no le gustaba fiarse de otra persona. A pesar de que aquello había despertado su curiosidad y quería averiguar algo más, decidió que habría muchas oportunidades más adelante para hablar de aquel tema, después de que hubieran establecido su nueva relación para aquella semana.

Nicole hizo girar el contenido de su vaso. Entonces, unas gotas de la condensación que cubría la copa le cayeron sobre el vientre. Contuvo el aliento ante el frío contacto del agua helada con su piel acalorada. Las gotas fueron rodándole hasta el ombligo y se acumularon allí. Ella trató de secarse y se frotó los

dedos contra la húmeda piel, extendiendo el agua más que secándola.

El deseo se abrió paso a través de Mitch. Como se sentía algo pícaro y quería mostrarle lo atento que podía ser como esclavo, tomó la servilleta de cóctel y le secó con ella la humedad.

—Déjame que te ayude a secarte —dijo antes de que ella pudiera oponerse.

La servilleta secó inmediatamente el agua y él le hundió el dedo en el ombligo para recoger los últimos rastros de humedad. El vientre de Nicole tembló como respuesta a aquel estímulo y, tras levantar un poco la mirada, Mitch descubrió que las perlas de sus pezones se apretaban contra la fina tela de la parte superior del biquini.

—Creo... creo que ya lo has secado todo —susurró ella, apartándole la mano—. Veo que ya has hablado con Merrilee.

—Ya veo que eres muy intuitiva —replicó él, reclinándose en la hamaca tras dejar la servilleta sobre la mesa.

—Me había parecido. Ya has respondido dos veces a mis necesidades, de un modo que va más allá de la cortesía. ¿Significa eso que has accedido a mi fantasía?

—Merrilee me contó tu proposición, pero no le he dado ninguna respuesta —dijo Mitch mientras se colocaba las manos detrás de la cabeza—. Le dije que, primero, quería hablar contigo. Ella me dijo que cualquier cosa que habláramos o sobre la que nos pusiéramos de acuerdo quedaría solo entre nosotros.

—Aprecio tu discreción, pero, ¿qué hay que hablar? Yo creía que mi petición era bastante directa.

—Así es. Desde el punto de vista de lo que tú quieres.

—Placer y pasión es algo seguro, considerando la fantasía. ¿Hay algo que tú quieras a cambio?

—Por ahora, solo algunas respuestas.

A pesar de que no tenía ninguna objeción a acomodar sus deseos específicos, que, sin duda, encajarían con los que él tenía hacia ella, Mitch quería pensar que aquella aventura iba a ser de dar y tomar. Era consciente de que tenía que andar con cuidado

en lo que a ella se refería. A pesar de aquella petición tan descarada y de su fuerte personalidad, había detectado rasgos de una cautela muy profunda en lo que se refería a él. Lo último que quería era asustarla antes de que tuvieran la oportunidad de explorar su atracción a un nivel más íntimo.

—Dime, Nicole. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión sobre nosotros?

—La respuesta a eso debería ser bastante evidente, especialmente después de lo de anoche —contestó ella, riendo, mientras dejaba la copa encima de la mesa. De repente, su expresión se tornó más seria—. Mitch... quiero que sepas que no vine a esta isla con la intención de seducirte.

—Eso ya lo sé —admitió él. Nunca le había dado la impresión de ser una mujer que hiciera aquel tipo de proposiciones a menudo.

—Además, lo último que quiero es la complicación de una relación seria entre nosotros, en primer lugar porque nuestras madres son buenas amigas y, en segundo lugar, porque yo no estoy lista para sentar la cabeza, a pesar de lo que mis padres puedan creer o querer para mí. Los dos sabemos que estaría mintiendo si dijera que no te deseo, pero el único modo de hacer eso es que los dos accedamos a ciertas condiciones.

—Y una de esas es que quieres una relación sin ataduras.

—Sí. Es una proposición práctica y segura para ambos —añadió Nicole. En especial para ella.

—Eso, por no mencionar lo excitante que resulta la idea de tener una aventura.

—Por supuesto —afirmó ella, sonrojándose levemente—. Lo mejor de todo ello es que nadie sabrá nunca lo que ocurrió en esta isla excepto nosotros. Cualquier cosa vale. De hecho, el placer puede ser nuestro último fin, además de ganar el concurso, por supuesto. Una vez que se haya terminado esta semana, podremos regresar a Denver y seguir con nuestras vidas sin preocuparnos de nuestras familias ni de ninguna relación o expectativa.

Mitch miró hacia la piscina, en la que un grupo de huéspedes estaban jugando al voleibol y se tomó un momento para considerar aquella exposición antes de acceder a nada. Las razones de Nicole eran sólidas, y, sin embargo, no pudo evitar preguntarse si ella, y también él, podrían separarse después de una semana como si nada. La respuesta no fue tan fácil de encontrar.

Rechazar aquella oferta no le parecía una opción. La promesa de un increíble placer era irresistible. Las imágenes eróticas de Nicole y él juntos, haciendo el amor, saciándose de cada modo imaginable eran imposibles de rechazar, aunque, más que el aspecto físico de la fantasía, Mitch veía aquella petición como una oportunidad de oro para derribar las murallas emocionales que ella solía levantar entre ellos cada vez que la situación se hacía demasiado intensa. Deseaba descubrir una visión más profunda de la mujer que lo había tentado desde hacía muchos años, sucumbir al deseo y ver hasta dónde los llevaba...

Mitch giró los hombros. Había aceptado aquellas vacaciones porque necesitaba desesperadamente un cambio de ritmo, saber que podía dejar por unos días las obligaciones que lo habían tenido atado durante tanto tiempo. Cuando su padre murió, había cuidado de su madre y también cuando le diagnosticaron un cáncer de mama. Había criado a su hermana y había hecho que su hermano Drew y ella fueran a la universidad. Los dos se habían convertido en personas adultas y tenían ya una vida propia. Iba siendo hora de que él disfrutara algo, para variar. Nicole le ofrecía la oportunidad de conseguir su propia fantasía salvaje, de divertirse y de encontrar el placer que aquella isla podía ofrecerle. Y eso incluía unos momentos muy íntimos con Nicole.

Cuando la miró, vio una cierta ansiedad en sus ojos mientras esperaba una respuesta. Mitch decidió jugar con ella un poco más.

—Entonces, lo que me estás proponiendo es que yo sea tu esclavo de amor durante el resto de la semana y que tengamos

esta aventura para satisfacer nuestra atracción mutua y acabar con la curiosidad que sentimos el uno por el otro, ¿no?

—Pensé que lo del esclavo de amor podría ser algo bastante divertido.

—Eso sigue dejándote a ti al mando, ¿no?

—Creía que a la mayoría de los hombres les gustaba que las mujeres sean agresivas en la cama.

—Si ese es el caso, yo no pertenezco a esa mayoría. Cuando estoy con una mujer, espero igualdad en el dar y tomar, en el dormitorio y fuera de él, a pesar de que no me opongo a jugar un poco para que las cosas sean más divertidas y excitantes.

—¿Qué es lo que me tú me propones?

—Igualdad.

Entonces, se inclinó sobre ella y extendió una mano para tocarle el muslo. Lentamente, fue dibujando un patrón en zigzag hasta llegar a la parte interior de la rodilla, justo antes de tocar el punto tan sensible que había descubierto en el club de campo casi un mes antes. A juzgar por lo rápidamente que contuvo el aliento y cómo se le oscurecieron los ojos, sospechó que no le había desagradado aquella aproximación.

Decidió que una exploración más a fondo requeriría algo de intimidad, por lo que apartó la mano. El alivio se dibujó rápidamente en los rasgos de Nicole, aunque no pudo borrar la tensión sexual que él había despertado en ella. Mitch no podía negar que le encantaba excitar a Nicole.

—No habrá restricciones para ninguno de nosotros —añadió, explicando sus condiciones—. Yo seré tu esclavo de amor y haré todo lo que me pidas si tú accedes a hacer lo mismo por mí. Creo que es una petición justa, dado que yo tengo algunas fantasías propias que me gustaría cumplir.

Observó lo mucho que le costaba tomar una decisión, siendo testigo de lo difícil que era para ella ceder control en favor de él. Sin embargo, no accedería a aquella fantasía sin asegurarse de que Nicole cooperara plenamente para que él

consiguiera la suya y ella lo sabía. No parecía haberle gustado mucho que él hubiera añadido algunas modificaciones a sus reglas, pero se mantuvo firme, sabiendo que Nicole no dejaría que nada se entrometiera en lo que ella deseaba.

Y, por suerte, era él lo que deseaba.

—Trato hecho —dijo ella por fin.

Nicole pensó que Mitch no conocía el significado del juego limpio y por eso él iba a tener que pagar y mucho.

Tras tomar la primera de las dos docenas de pelotas blandas que se le habían dado para tirar a su compañero, observó cómo él tomaba su posición en la plataforma que había sobre el agua. Tratando de concentrarse, ella frotó el pulgar sobre el tenso cuero que cubría la pelota, saboreando el peso de la pelota y la dulce venganza que esta le reportaría al final del día.

No era suficiente que Mitch hubiera transformado su fantasía, sino que había procedido a excitarla del modo más sutil y sensual durante las competiciones o tal vez resultaba tan sensible hacia todo lo que él hacía que hasta el roce más ligero adquiriría connotaciones sexuales.

Su primer juego, el de la carrera a tres piernas, había hecho que todos sus sentidos se pusieran alerta. Una cinta de velcro les ataba los tobillos, por lo que tuvieron que agarrarse de la cintura para no perder el equilibrio. Mitch le había colocado los dedos encima del vientre, lo que no había dejado de distraerla. Como había prometido, él mantuvo su paso. Mientras otras parejas se tropezaban en la arena o perdían el equilibrio, Mitch y ella habían logrado el primer puesto en las tres carreras.

Luego, vino el juego de la cuerda. Fue muy fácil derrotar a las dos primeras parejas contra las que compitieron y, con un par de tirones fuertes, habían conseguido tirarlas al barro. El hombre de la tercera pareja era un tipo muy musculoso, pero su pareja era una mujer muy frágil y menuda. Afortunadamente, consiguieron presentar batalla.

Estuvieron forcejeando durante lo que a Nicole le pareció una eternidad. Recordó que le dolían los músculos de los brazos y de los hombros, pero no estaba dispuesta a perder en la última ronda y caer al barro. Con una señal de Mitch y un último tirón consiguieron que el tipo del otro lado soltara la cuerda y enviara a su compañera de bruces contra el barro.

Al soltarse la tensión de la cuerda, Mitch y ella salieron disparados hacia atrás. Él trató de amortiguar su caída, pero acabó tumbado encima de ella. Cuando Nicole consiguió recuperarse, lo primero que vio fue una gran preocupación reflejada en el rostro de su compañero. Algo muy cálido y tierno se despertó dentro de ella.

—¿Estás bien, Nicole?

Todo lo que había a su alrededor en aquellos momentos desapareció en un instante. El cálido y sólido peso de Mitch era una sensación muy seductora.

—Solo estoy un poco aturdida... pero hemos ganado.

—Sí, así ha sido —replicó él, riendo. Entonces, esbozó una pícaro sonrisa—. Y, para que conste —añadió—, me gusta tenerte debajo de mí.

Nicole se sintió como si se deshiciera por dentro... hasta que él, de repente, se levantó y la dejó excitada, aunque decidida a igualar, de algún modo, el marcador y seducirlo a él.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día o piensas tirar la pelota? Hace bastante calor aquí al sol.

La profunda voz de Mitch la devolvió al presente. Durante los momentos de ensoñación de Nicole, él se había acomodado en la plataforma, sobre casi dos metros de agua. Se había quitado la camiseta y, por primera vez, Nicole pudo ver sin impedimento alguno su espectacular torso desnudo. Mientras miraba, ella sintió que se le quedaba la boca seca. Era firme como una piedra, con una constitución muy atlética y magnífica. Los bien definidos músculos de sus brazos, torso y abdomen se tensaban al más ligero movimiento, lo que hacía que ella no pudiera apartar los ojos de él en vez de concentrarse en el blanco que necesitaba

golpear.

—Venga, nena. Dispara todo lo bien que puedas.

Nicole decidió tratar de concentrarse y miró fijamente el círculo rojo que había a la derecha de la plataforma, tensó el brazo, tiró la pelota... y vio horrorizada cómo salía volando por encima de la diana a casi medio metro.

Se maldijo, incapaz de creer que hubiera fallado un blanco tan fácil. ¡Mitch había sido el culpable por distraerla y provocarla! Las mujeres que estaban a su alrededor le dirigieron palabras de consuelo, dado que la mayoría de ellas tampoco habían podido dar en el blanco. Sin embargo, fue la profunda risa de Mitch la que más la molestó.

—Creo que lo puedes hacer mucho mejor, nena —comentó, riendo—. Recuerda que el objeto del juego es golpear la diana.

—¡Qué listo y qué gracioso eres! —exclamó ella. Entonces, agarró otra pelota y se centró en la diana—. Prepárate para refrescarte, Mitchell. Vas a pasar mucho tiempo en ese tanque de agua.

—Sí, sí... Bueno, afina la puntería en vez de hablar y muéstrame de lo que eres capaz en realidad.

Nicole apretó la mandíbula y lanzó la pelota. Aquella vez, golpeó la diana con increíble exactitud. Un timbre empezó a sonar, la plataforma cedió y Mitch cayó al agua con un buen estruendo.

Nicole lanzó un grito de victoria y empezó a bailar mientras él subía por la escalera de cuerda y se volvía a posicionar en el asiento para otra ronda. La satisfacción que sintió por haber podido vengarse de su compañero la llevó a acertar todos los tiros y a superar al anterior máximo anotador en siete tiros.

Para cuando Mitch salió del tanque después de veintitrés remojones consecutivos, estaba muerto de risa. ¡De risa!

Nicole observó cómo se acercaba a ella, poniéndose la camiseta, asombrada de aquella actitud tan alegre. Por anteriores situaciones, sabía que a los hombres sus habilidades atléticas les parecían bastante intimidantes. No les gustaba sentir que una

mujer fuera más fuerte, más lista o que pudiera derrotarlos en lo que fuera.

Sin embargo, con Mitch no parecía ser así. Él, evidentemente, estaba muy seguro de su masculinidad y no tenía ningún problema en dejar que fuera ella la que llevara la iniciativa, al menos en las competiciones. Su juego de seducción era un asunto completamente diferente.

Completamente empapado, le dio un espontáneo abrazo que la tomó completamente por sorpresa. No le dejó elección y tuvo que agarrarse a sus húmedos hombros mientras le daba vueltas a su alrededor.

—Sabía que podías hacerlo —dijo cuando por fin la soltó—. Eres increíble, Nicole. ¿Te das cuenta de que ya vamos en cabeza?

Al oír aquellas palabras, ella sintió un nudo en la garganta y el corazón empezó a latirle a toda velocidad. «Eres increíble», le había dicho. Aunque pareciera una tontería, su aprobación y su elogio significaban mucho más para ella que haber ganado las actividades de la tarde.

—Ha sido trabajo en equipo —respondió mientras se encogía de hombros.

—Entonces, ¿te ayudó que te acicateara?

—Sí, efectivamente fue todo un incentivo verte caer en el agua... repetidamente.

—No solo eres increíble —susurró él, acariciándole suavemente la mejilla con una caricia—, sino que no tienes precio.

Aquella muestra de cariño y sus palabras tuvieron un potente efecto en ella, despertando profundos anhelos que no tenían lugar en su relación.

—No he comido y estoy muerta de hambre —dijo ella, para cambiar de tema—. ¿Y tú?

—Sí, me vendría bien comer algo.

—Hay un buffet en el comedor, en el restaurante o en la barbacoa de al lado de la playa. ¿Qué te apetece?

—Dado que no estoy vestido para comer en un salón — comentó Mitch, mostrando la camiseta y el bañador completamente empapado—, voto por ir a la barbacoa.

Quince minutos más tarde, después de que les sirvieran a cada uno un plato de costillas, ensalada de patata, judías, fruta fresca y un vaso de limonada, se sentaron a una mesa vacía en un rincón tropical, que se componía de plantas exóticas, pájaros e incluso algunos reptiles enjaulados.

Nicole observó cómo Mitch se tomaba su comida con gusto. Su buen espíritu y su alegre disposición no dejaban de sorprenderla.

—Para ser un hombre que se ha llevado veintitrés remojones, uno detrás de otro, pareces muy alegre. Creo que has disfrutado demasiado de la última actividad.

—¿Y eso te desilusiona?

—No, en realidad, la tarde entera ha sido muy divertida — dijo, sin admitir que la razón por la que se había divertido tanto había sido el propio Mitch.

—Probablemente estés acostumbrada a este tipo de actividades, teniendo en cuenta a lo que te dedicas, pero yo no recuerdo la última vez que me divertí tanto —comentó él mientras tomaba una costilla con expresión pensativa—. Recuerdo algunas veces durante mi infancia cuando la vida se basaba principalmente en la diversión, pero luego me marché a la universidad, mi padre murió y yo me encontré a cargo del negocio de mi familia y teniendo que aceptar responsabilidades que resultaban algo abrumadoras para un muchacho de veintiún años. Durante los últimos nueve años, mi único objetivo ha sido cuidar de mi madre, hacer que mi hermano y mi hermana terminaran sus estudios en la universidad y asegurarme de que tenían todo lo que necesitaban.

—Parece que realmente necesitabas estas vacaciones.

—Estoy empezando a darme cuenta de no había tenido en cuenta lo importante que es dejar atrás el trabajo y dejarse llevar por la relajación.

—Y supongo que tú no te relajas demasiado, ¿verdad?

—Probablemente no tanto como debería —admitió, tras tomar un sorbo de limonada—. Juego al tenis con un amigo mío unas cuantas veces a la semana y salgo a correr por las mañanas antes de ir a trabajar, pero eso es todo.

—Estoy segura de que sales con alguna mujer ocasionalmente —dijo Nicole, casi sin darse cuenta.

—Eso de «ocasionalmente» es decirlo de un modo muy generoso. Puedo contar con los dedos de una mano el número de mujeres con las que he salido en los últimos tres años.

Su respuesta sorprendió a Nicole. A juzgar por las docenas de miradas de deseo que había sorprendido en dirección a Mitch, sabía que a las mujeres les parecía muy atractivo. Además, ella misma sabía que era encantador, excitante y sensual.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, sin poder evitarlo.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no sales con mucha frecuencia? —quiso saber, a pesar de que era consciente de que no era asunto suyo.

—No se trata de que no me interesen las mujeres —aclaró él.

—De eso no me cabe la menor duda —murmuró ella, tras haber sido el centro de la atención sensual de Mitch desde hacía dos días—. Sin embargo, tampoco creo que sea porque las mujeres no se encuentren atraídas por ti.

—Sinceramente, nunca he tenido el tiempo necesario para invertirlo en una relación y hacerla funcionar, al menos no una relación estable. Siempre he estado demasiado inmerso en mis obligaciones y responsabilidades familiares desde la muerte de mi padre. Y, si te vuelvo a ser sincero, no me gusta hacer las cosas a medias, ni en el terreno personal ni empresarial.

Nicole sintió que un sentimiento de intranquilidad le recorría la espina dorsal. Había una cierta intensidad en su mirada que la puso en guardia y le hizo preguntarse cómo aquel comentario los afectaba a ellos y a la relación que habían acordado. ¿Había un significado más profundo en sus palabras o simplemente ella se

estaba imaginando demasiado? No estaba segura, pero estaba decidida a que las cosas entre ellos se mantuvieran sin complicaciones.

Un camarero se acercó a la mesa. Nicole agradeció aquella interrupción de su seria conversación.

—¿Han acabado los dos con sus platos? —les preguntó.

—Sí —respondió Nicole con una sonrisa. Entonces, se puso de pie, lista para ponerse a hacer algo diferente. Entonces, un fuerte dolor le atenazó el hombro y le bajó hasta el codo.

Mitch se puso inmediatamente de pie y se acercó a ella, tocándole suavemente la espalda y el hombro.

—¡Eh! ¿Te encuentras bien?

—Las actividades de hoy han sido muy duras.

—He oído a alguien comentar que hay un estupendo masajista en la isla. Creo que regresaré a mi bungalow y me daré una larga ducha caliente e iré luego que vayan a darme un masaje para relajar mis doloridos músculos. ¿Quieres que nos reunamos más tarde para tomar una copa o algo?

Al oír aquellas palabras, una pícara luz se puso a danzar en los ojos de Mitch.

—Esa parte del «o algo» me parece estupenda.

5

Después de supervisar las competiciones del día, verificar las puntuaciones y comprobar la situación y el horario de las pruebas del día siguiente, Merrilee regresó al hotel principal de Fantasía Salvaje a través de uno de los senderos. Tenía algo de papeleo que terminar en su despacho antes de terminar el día. Sobre todo, estaba muy contenta con el progreso del concurso benéfico, al igual que el romance y la intimidad que ya se habían desarrollado en algunas parejas.

Como Nicole Britton y Mitch Lassiter. Esos dos tenían con toda seguridad mucho potencial y había mucha química entre ellos.

Una sonrisa asomó a sus labios. Recordó la llamada de Nicole aquella mañana y la fantasía que le pidió. Cada uno de sus huéspedes tenía permitida una fantasía inicial, pero Merrilee siempre hacía excepciones para los que descubrían que necesitaban un poco más de ayuda para cumplir otros deseos, especialmente en lo que se refería a los asuntos del corazón.

La petición de Nicole no era tan poco común en la isla. Aunque había accedido a ser el contacto inicial para la fantasía de la joven, había dejado que la decisión final fuera de Mitch. Cualquier acuerdo al que llegaran debía ser un asunto privado entre ellos dos.

A lo largo de los años, Merrilee había aprendido a analizar a las personas y confiaba en sus instintos. Su negocio dependía de su habilidad para ir más allá de la superficie y conocer las debilidades más profundas de las personas. Solo en raras ocasiones se equivocaba.

A pesar de la determinación que había mostrado Nicole durante su breve conversación, había sentido una cierta inseguridad en su petición, aunque, al mismo tiempo, no había podido saber exactamente qué era lo que le había dado aquella impresión.

Sin embargo, sus sospechas se confirmaron cuando volvió a sacar la solicitud de Nicole y leyó la fantasía personal que había requerido antes de llegar a la isla: ganara o perdiera, lo que de verdad quería era que se la apreciara por quién era y no por lo que consiguiera.

La fantasía de Nicole era significativa y, sin duda, tenía una serie de cicatrices del pasado. Buscaba una aprobación y una aceptación sin condiciones, aunque pretendiera estar muy segura de sí misma y tener el control de todo lo que la rodeaba, lo que incluía el deseo que sentía por Mitch. Dejarse llevar por una aventura divertida y temporal satisfaría la atracción que sentía hacia su compañero, aunque mantendría también ciertas barreras que le impedirían acercarse mucho. Pensaba que Nicole se estaba protegiendo a sí misma para que no le hicieran más daño y que, posiblemente, temía que no se la apreciara por la mujer tierna y sensible que había bajo aquella fachada tan resistente.

Como quería asegurarse de que aquel emparejamiento sería bueno para los dos y de que ambos complementarían la fantasía del otro, sacó la solicitud de Mitch y revisó su petición. Él quería relajarse, divertirse y tener unas vacaciones sin preocupaciones después de años de dedicar su vida a su familia y a su negocio. Algo normal y sin complicaciones.

Sin embargo, Merrilee había aprendido que la mayoría de las fantasías no eran así de sencillas. Estaba dispuesta a apostar una de sus islas a que Mitch estaba deseando tener un cambio y posiblemente empezar a darse cuenta de que le faltaba algo crucial en su vida, de ahí el permiso que se había dado para divertirse y aprovechar oportunidades a las que normalmente no se aferraría en su lugar de origen. Por suerte para Mitch, había un mundo de autodescubrimiento esperándolo y Nicole era, posiblemente, un elemento muy importante en su fantasía si él estaba dispuesto a no dejar pasar aquella oportunidad en particular.

Aquel día, Merrilee había visto cómo se relacionaban y sabía que podían aprender mucho del otro. Por lo que había

deducido, Nicole era muy decidida e impetuosa, pero la personalidad equilibrada y tranquila de Mitch la complementaba perfectamente. Ellos no habían visto aquel potencial ni lo compatibles que eran aún, pero Merrilee estaba convencida de que si, miraban un poco bajo la superficie, encontrarían la promesa de algo poco frecuente y maravilloso. Y, si todo iba bien, conseguirían descubrirlo a lo largo de la semana.

Sabiendo que ella había hecho todo lo que estaba en su mano para unirlos y que el resto dependía de ellos y del destino, Merrilee entró por la puerta principal del hotel de Fantasía Salvaje. Como si sus pensamientos hubieran conjurado a Nicole, la vio saliendo de una de las tiendas del hotel con una botella de agua fría en una mano y una bolsa de golosinas en la otra. Merrilee le hizo una señal y la detuvo para charlar con ella.

—Creo que debo darte la enhorabuena por un trabajo bien hecho. Hasta ahora, Mitch y tú estáis a la cabeza de la competición.

—Las actividades de hoy han sido muy divertidas, pero estoy segura de que las que vendrán serán mucho más difíciles —respondió Nicole con una sonrisa.

—Así es. No habría competición si los juegos fueran muy fáciles.

—Cierto. Estoy deseando ver lo que nos espera.

—Bueno, ¿estás disfrutando de tu estancia en la isla?

—Muchísimo. Esto es increíble —contestó, indicando el lujo que las rodeaba, con un gesto del brazo. Entonces, hizo un gesto de dolor y bajó el brazo rápidamente—. Creo que me he excedido esta tarde. Acabo de concertar una cita con el masajista para ver si él puede aliviar el dolor que tengo en el cuello y en el brazo.

—Bruce es de lo mejor que tenemos. No te desilusionará —comentó Merrilee. Entonces, miró a Nicole durante un segundo y decidió sacar un asunto mucho más personal—. Si no te importa que te haga la pregunta, ¿cómo va todo con Mitch y la petición que me hiciste?

Nicole se ruborizó.

—Hemos llegado a un mutuo acuerdo.

—Me alegro de oír eso.

Merrilee no estaba tratando de buscar detalles de su conversación. Solo quería asegurarse de los dos estaban contentos y felices con el pacto que habían hecho.

—Disfruta de tu fantasía, Nicole, para eso está a vuestra disposición todo lo que hay en esta isla. Sin embargo, lo más importante es que debes asegurarte de tener una mente y un corazón abiertos en lo que se refiere a la realidad.

—Pareces conocer muy bien lo que necesitan tus huéspedes

—Es mi trabajo. Además, yo también fui una vez joven e impulsiva y aprendí que uno no se puede equivocar si sigue los dictados de su corazón.

Desgraciadamente, Merrilee había perdido la única cosa que había deseado nunca, un hombre muy especial, y no quería que sus clientes rechazaran algo que podría cambiarles el curso de sus vidas para mejor. Al final, todo dependía de las elecciones que hiciera cada uno.

De repente, se acercó Danielle, la ayudante de Merrilee.

—Señora Weston. Siento mucho interrumpirla, pero tengo el itinerario que me pidió para mañana. Necesitamos repasar las horas y las actividades antes de que pueda imprimir copias y hacer que las distribuyan.

—No importa, Danielle. Nicole y yo ya hemos terminado — dijo Merrilee. Luego, se volvió una vez más a Nicole—. Espero que disfrutes de tu masaje y de tu velada.

—Yo también lo espero.

Merrilee regresó a su despacho. No se sorprendió cuando encontró otro ramo de rosas rojas como el rubí encima de su escritorio. Fuera cual fuera la isla en la que se encontraba, Fantasía Salvaje, Fantasía de Seducción, Fantasía Secreta o Fantasía Íntima, su «admirador» siempre parecía saberlo y le enviaba rosas u otros pequeños regalos cada pocos días. No necesitaba leer la tarjeta que llevaba adjunta. Sabía de memoria

lo que diría la nota: *Porque son tus favoritas.*

Tras apartar los pensamientos del hombre misterioso de su mente, se pasó la siguiente media hora consultando el itinerario con Danielle y realizando una serie de cambios menores al programa antes de darle el visto bueno para que entregara el horario a los huéspedes que iban a participar en las competiciones. Una vez que todo estuvo hecho, Danielle recogió su montón de papeles y se dispuso a marcharse. Entonces, se le cayó al suelo un libro encuadernado en piel. Merrilee se inclinó para recogerlo, dado que Danielle tenía las manos llenas, pero se quedó helada al ver el familiar título del viejo volumen, un título que llevaba grabado en los rincones más íntimos de su corazón desde hacía más de treinta años.

Sintió que el pecho se tensaba dolorosamente cuando el pasado volvió a revivir en ella, algo que últimamente le ocurría a menudo. El libro que tenía entre las manos era una rara colección de poesía y sonetos de William Shakespeare. Aunque en sí mismo era un ejemplar de gran belleza y valor porque ya no se imprimía y, por lo tanto, era una pieza de coleccionista, lo que resultaba más sorprendente era que la última vez que había visto una copia había sido el día en que Charlie Miller se había montado en el autobús antes de que lo enviaran a la guerra del Vietnam. Ella, con lágrimas en los ojos, le había entregado su libro favorito y más querido y había insistido en que se lo llevara para que recordara que ella siempre estaría con él en espíritu, por muchas que fueran las millas que los separaran.

En aquellos momentos, los separaba el Cielo y la Tierra. La muerte de Charlie seguía tan fresca y tan dolorosa en su recuerdo como si lo hubiera perdido el día anterior en vez de hacía décadas. Aunque a menudo echaba de menos su libro favorito de sonetos y poemas, nunca había podido comprar otro volumen porque tenía asociados demasiados dolorosos recuerdos.

Tras respirar profundamente, recorrió las letras doradas del título, ajadas por el tiempo. El libro que le había dado a Charlie era exactamente como aquel... viejo, gastado y adorado por su

dueña. Había escrito unas palabras en la primera página para su amante. Al pensar que, si abría el libro, tal vez volviera a encontrar la misma dedicatoria que años atrás, sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Señora Weston, ¿se encuentra bien? —preguntó Danielle, muy preocupada.

—Sí, sí, estoy bien. No tenía ni idea de que te gustara William Shakespeare.

—Oh, el libro no es mío. Pertenece a CJ Miller. Almorzó en la cafetería de esta isla hoy, después de dejar a uno de nuestros clientes y se dejó el libro encima de la mesa. La camarera me lo dio y me pidió que se lo devolviera la próxima vez que estuviera en la isla.

Merrilee se quedó atónita. El hecho de que el libro perteneciera a CJ le pareció un hecho desconcertante. Le intrigaba que le gustara el mismo tipo de poesía que a ella. Ya no la sorprendía que, una vez más, no hubiera podido reunirse con su esquivo empleado. Sin embargo, aquel libro y el hecho de no poder hablar con él personalmente, la decidió aún más a encontrarse con él cara a cara.

—Yo le devolveré el libro —dijo, tomando una impulsiva decisión. Además, para asegurarse de que fuera a verla, decidió convocarlo de una manera que no podría rechazar—. ¿Te importaría enviarle al señor Miller un memorándum en el que se requiera su presencia para la final de la competición y la fiesta de despedida al final de la semana? Al ser el piloto que trajo a nuestros huéspedes a la isla, sería muy agradable hacer que participara en los actos de clausura.

Danielle asintió e hizo una anotación en uno de los papeles que llevaba en las manos.

—Yo misma le entregaré el memorándum a primera hora de la mañana.

Una vez que Danielle se hubo marchado y Merrilee se quedó sola, reunió el coraje necesario y se atrevió a abrir el libro para comprobar la primera página y ver si estaba la dedicatoria

que había escrito para Charlie... y se rio, llena de alivio, cuando vio que no era así.

Se dijo que se estaba comportando como una tonta. Teniendo en cuenta que CJ la estaba evitando, que había un admirador secreto que le estaba enviando las cosas que más le gustaban y la aparición de aquel raro libro, no era de extrañar que su mente le estuviera gastando bromas y provocándole recuerdos del único hombre al que había amado.

Charlie había muerto... CJ Miller era otro asunto completamente diferente.

Mitch no estaba dispuesto a dejar que otro hombre le pusiera las manos encima a Nicole, aunque fuera un masajista profesional. No. Aquel placer en particular sería todo suyo y esperaba que, para el final de la sesión, también de Nicole.

Si iba a ser su esclavo de amor, esperaba hacerlo desde el principio. Aquella noche, Nicole sería el centro de su atención. Su relajación y disfrute serían lo más importante. Tenía la intención de tomarse las cosas con calma, de hacer que ella se sintiera mimada y deseable... y completamente en control de la situación y de todo lo que pudiera pasar entre ellos. Tal vez ella pudiera tener fe en su habilidad para ser un compañero compatible durante las competiciones, pero, para el final de la velada, su fin era volver a ganarse su confianza de un modo mucho más íntimo. Así, esperaba derribar algunas más de las barreras emocionales que a ella se le daba tan bien levantar entre ellos.

Satisfecho con la estrategia sensual que tenía en mente, Mitch tomó el sendero que llevaba hasta el bungalow de Nicole. En la distancia, el sol estaba desapareciendo en el horizonte a medida que la hora del crepúsculo se acercaba, pintando el cielo de vívidos colores naranja y rojo, mezclados con un morado profundo, convirtiéndose en una vista espectacular. Las suaves olas lamían la orilla de la arenosa y prístina playa y el aire olía a jazmín. La atmósfera tenía un aura de excitación y de deseos

prohibidos. Y precisamente los deseos prohibidos eran lo que figuraba en la agenda de Mitch para aquella noche.

Después de separarse de Nicole aquella tarde, había regresado a su bungalow, se había duchado y se había puesto unos vaqueros y una camisa limpia. Entonces había decidido ir a hacerle una visita a Bruce, el masajista, para cancelar la cita de Nicole y pedirle consejos sobre el mejor modo de dar un masaje relajante.

Después de eso, armado con un tesoro de conocimientos y una pequeña bolsa de lona llena de unos artículos esenciales que había adquirido en la boutique del hotel, llamó a la puerta del bungalow de Nicole.

Segundos más tarde, ella apareció, vestida con unos amplios pantalones y una camisola de algodón. Su larga y espesa melena estaba recogida en lo alto de la cabeza con un pasador. Llevaba algunos mechones sueltos alrededor de la cara y del cuello. Tenía el rostro completamente limpio de maquillaje, pero a Mitch le pareció la mujer más hermosa que había conocido nunca.

Al verlo delante de su puerta, la expresión del rostro de Nicole reflejó una divertida combinación de sorpresa y de confusión.

—Pensé que no nos íbamos a reunir hasta más tarde, en el salón o ¿acaso no entendí bien nuestra anterior conversación? Tengo una cita con el masajista. Debe de estar a punto de llegar.

—No, no comprendiste mal, aunque yo no dejé nada definitivo cuando dije lo de «o algo». Y me parece que esto se podría incluir en esa categoría. En estos momentos, estás mirando a tu masajista.

—¿Estás bromeando? —preguntó ella, atónita.

—No. Me imaginé que este debería ser mi trabajo si voy a ser tu esclavo de amor, ¿no te parece?

No importaba la otra verdad, la de que pensar que otro hombre iba a acariciar su piel, a encontrar sus puntos más sensibles, como el de detrás de la rodilla le hacía sentir más posesivo de lo que habría querido admitir nunca.

Antes de que ella formulara una respuesta, Mitch extendió una mano y le acarició la mandíbula antes de dejar que se deslizara por el cuello, a lo largo de la clavícula y finalmente por el tirante de la camisola hasta llegar hasta sus generosos pechos, que subían y bajaban cada vez que respiraba. Resultaba evidente que no llevaba sujetador por el modo en que los pezones empujaban el algodón de la camisola.

A Mitch le encantaba el modo en que ella reaccionaba a sus caricias, tan abierta y sinceramente. En su aventura, al menos, no habría reservas o inhibiciones físicas, lo que le alegraba.

—Además, ¿qué preferirías, tener las manos de un desconocido sobre tu cuerpo o las mías?

Como tenía todavía los dedos encima de su pecho, sintió que el corazón se le aceleraba y que un temblor se abría paso a través de ella. Entonces, los ojos se le oscurecieron ligeramente, hasta alcanzar el color verde del musgo.

—Me gusta el modo en que piensa tu mente.

—Te prometo que te gustará aún más el modo en que mis manos se moverán sobre tu cuerpo.

—Sería una estúpida si rechazara esa promesa —susurró ella. Entonces, le agarró por la camisa y, juguetonamente, tiró de él hasta meterlo en el bungalow.

Aquel gesto creó una atmósfera de juego y seducción, que era precisamente lo que Mitch estaba buscando. Quería que aquella velada fuera sensual, divertida y satisfactoria para ella. Como ella había dicho muy bien aquella tarde, el placer sería el fin último durante su relación. En cuanto a aquella noche, adónde llegaran dependía de ella. Innegablemente, ella estaba deseando comprometerse en cualesquiera fueran los juegos provocativos que él quisiera jugar y se mostraba ansiosa por realizar lo que él hubiera planeado. Sin embargo, también sabía muy bien el hábito que tenía de retirarse cuando las cosas fueran demasiado intensas.

Mitch se tenía por un hombre paciente, que sabía las recompensas que podría tener hacer ciertas cosas sin prisa. Un

maravilloso masaje era una de esas cosas. Vencer las incertidumbres de Nicole era otra. Las dos cosas iban de la mano para poder establecer la confianza que él quería ganar, así que no tenía ningún inconveniente en dejar que fuera ella la que marcara el paso.

—Bueno, ¿dónde quieres hacerlo? —le preguntó ella, tras colocarse las manos en las caderas y dedicarle una pícaro sonrisa.

Aquellas palabras ofrecían una gran cantidad de posibilidades. El deseo se adueñó de él al tiempo que su mente fabricaba una serie de imágenes en las que ellos se enredaban... y lo hacían de modos eróticos y variados.

—Bueno, yo creo que el lugar más cómo sería encima de la cama —dijo él, tras aclararse la garganta—, así que tú dirás.

Nicole estuvo plenamente de acuerdo. Lo guió a través del bungalow hacia el dormitorio. Allí, Mitch dejó la bolsa al lado de la cama, la abrió y buscó entre los contenidos algunas de las cosas que había comprado específicamente para ella.

Sacó una bata corta de seda y unas braguitas a juego. Las dos prendas eran de un color rosa pálido y estaban adornadas con encaje francés.

—Aquí tienes.

—¿Para qué es esto? —preguntó ella, contemplando las prendas íntimas llena de curiosidad.

—Para que te las pongas —contestó él, acariciándole suavemente los brazos—. Quiero que haya tan poco como sea posible entre tu piel y mis manos, sin que estés completamente desnuda—. Me pareció que estarías más cómoda con esa bata cuando salieras del cuarto de baño. Al menos, hasta que te tumbes en la cama.

Nicole asintió, llena de gratitud. Resultaba evidente que había agradecido el gesto. Entonces, se marchó a cambiarse.

Mientras lo hacía, Mitch preparó el dormitorio. Apagó las luces, puso música suave y romántica en la radio que había en el cabecero de la cama y encendió una docena de velas que

perfumaron el aire con esencia de vainilla. Dejó la puerta que daba al porche un poco abierta para que pudieran oír el océano y las olas que rugían en el exterior. Una suave brisa movía las cortinas y daba al cuarto una atmósfera muy sensual.

Unos pocos minutos más tarde, Nicole salió del cuarto de baño, vestida con la bata de seda que cubría su cuerpo semidesnudo. Al ver los preparativos que había organizado Mitch, la mirada se le iluminó.

—¡Vaya! Me siento como si me hubieran transportado a otro mundo.

—Estamos en otro mundo —afirmó él—. Estamos en un lugar en el que solo existimos nosotros, en el que las fantasías más salvajes pueden hacerse realidad. Como tu esclavo personal, estoy aquí para servirte, en todos los modos que desees.

—Eso me gusta...

Mitch tiró de la colcha para dejar al descubierto las sábanas.

—Entonces, ven aquí y tumbate boca abajo para que podamos empezar.

Incapaz de resistir aquella particular tentación, Nicole siguió las indicaciones que él le había dado y se acercó a la cama. Cuando estuvo de espaldas a él, se desató el cinturón y se despojó de la bata antes de tumbarse encima de la cama. Entonces, apoyó la cabeza en los antebrazos.

Los dedos de Mitch palpitaron al pensar que iban a tocar aquella piel desnuda y bronceada. Se sentía hipnotizado ante la idea de que iba a tocar aquel trasero respingón, cubierto por unas braguitas minúsculas. Su deseo se despertó, como era natural, aunque decidió ponerle freno para poder centrarse en incrementar el de ella.

Hizo todo lo posible por pensar como un profesional. Se sentó a horcajadas encima de ella y agarró una botella de aceite de masaje que tenía en la mesilla de noche. Se vertió una generosa cantidad en las manos y se las frotó para calentar ligeramente el aceite y extenderlo por las manos, para que estas pudieran extender su magia sobre sus doloridos músculos.

Empezó por el cuello. Frotó los rígidos hombros de Nicole. Entonces, empezó a bajar por la grácil espalda, para luego volver a subir por la espina dorsal con lentos y sinuosos movimientos, diseñados para aliviar el exceso de estrés.

Había visto una docena de aceites de masaje en la tienda, pero había decidido escoger aquel precisamente porque olía a melocotones maduros, un aroma que le recordaba el olor de Nicole. El aceite estaba aromatizado y se podía saborear también. La prioridad era untarla bien. Después, la saborearía, con el permiso de Nicole.

Continuó la firme presión, los penetrantes movimientos sobre aquella piel desnuda, sedosa... Estaba disfrutando cada gesto del proceso, y el cuerpo de Nicole se estaba relajando visiblemente. Además, sus gemidos de apreciación le indicaban que ella también estaba disfrutando.

—Esto... es... maravilloso...

—Me alegro, porque así es como debe ser.

Mientras Mitch frotaba y amasaba, el silencio cayó entre ellos. Los tendones se iban relajando gracias a los fluidos movimientos de las manos.

—¿Sabes una cosa? Después de la conversación que tuvimos esta tarde, he estado pensando —dijo Nicole, después de unos minutos—. Dado que has admitido que tienes necesidad de diversión, deberías considerar hacer una reserva en Aventuras al Aire Libre en Todas las Estaciones.

—Solo si tú eres mi guía.

—¿No tienes miedo de que te ahogara en algún descenso de rápidos? —bromeó ella.

Mitch rio también y bajó un poco más, de modo que su masculinidad entró en un contacto muy íntimo con el trasero de ella. Con cierto esfuerzo, no prestó atención a la vibrante sensación que se despertó dentro de él.

—A pesar de las muchas veces que me has remojado hoy, te confiaría mi vida en uno de esos descensos —susurró, mientras lenta y suavemente apretaba la base de la espina dorsal

de Nicole con los pulgares y se centraba en los músculos de esa zona.

—Eres un hombre muy valiente. Y mucho más confiado que la mayoría de los de tu sexo. A veces, me miran y temen que, como guía, no podré hacer nada porque no sabré nada sobre el descenso de rápidos o cualquier otra actividad a la que se hayan apuntado —comentó ella, con un cierto tono de frustración en la voz.

—¿Y qué haces tú cuando se cuestionan tus habilidades?

—Por suerte, tengo el completo apoyo de Guy cuando nos encontramos con ese problema. Si un cliente expresa dudas sobre mi capacidad o competencia, tienen dos elecciones, o depositar su confianza en mí como profesional bien preparada o pedir que les devolvamos el dinero.

—¿Y qué es lo que suele pasar?

—En los tres años que hace que empezamos, he tenido tres hombres que cancelaron sus vacaciones porque yo era la guía. Además de eso, están los que, de vez en cuando, han expresado dudas acerca de mis habilidades, pero que han llegado a respetar mi profesionalidad y preparación durante el curso de sus vacaciones —explicó ella con orgullo.

—No me sorprende en absoluto que hayas conseguido apaciguar a los escépticos —comentó Mitch, sin dejar de masajear la espalda de Nicole.

—Gracias. Me he pasado la mayor parte de mi vida tratando de demostrar que soy una mujer competente e inteligente que no necesita que la ayuden. Resulta muy frustrante cuando un cliente no lo cree así.

Mitch se vertió más aceite en las manos y fue bajando un poco más, perfilando el borde de las braguitas con los dedos para luego continuar sobre sus firmes caderas. A pesar de lo tonificado que estaba su cuerpo por las actividades deportivas, era también suave y femenino. Mitch reconoció plenamente aquel hecho y aquella vez ya no pudo contener el deseo que se apoderó de él.

Apretó la mandíbula, tratando de no pensar en la erección

que se extendía por los confines de sus vaqueros ni en lo que no iba a hacer para aliviar aquella particular incomodidad. Aquella noche se trataba solo de Nicole y de su placer, no el de él. Decidió buscar otro tema de conversación que distrajera el profundo deseo que lo acuciaba.

—Entonces, si yo fuera en uno de los viajes que ofrece tu agencia, ¿qué clase de excursión me recomendarías?

—Hmm... ¿Qué te parece el puenting o la caída libre?

—¿Y no sería mejor esquiar, ir de pesca o incluso navegar?

—replicó él, que no era muy amigo de nada que incluyera una excesiva altura o una velocidad muy rápida.

—Ya veo que no tienes sentido de la aventura, Mitchell.

Oh, no. Había vuelto a utilizar su nombre completo y, a pesar del tono jocosos de voz, Mitch sabía muy bien lo que significaba... Pensaba que era demasiado serio, demasiado responsable... Y tal vez, en cierto modo, así fuera. Aunque reconocía que tenía que aprender a ajustar su estilo de vida para tener más diversión y así poder recortar las semanas laborables de sesenta y cuatro horas, Mitch no estaba seguro de que quisiera empezar a practicar deportes de riesgo.

—Tengo un gran sentido de la aventura en lo que se refiere a ciertas cosas —replicó. Como ella, como la atracción que sentía... Para confirmar sus palabras, acarició con los dedos la parte trasera de la rodilla, en aquel lugar que la excitaba tan fácilmente y oyó cómo contenía el aliento—, pero no estoy dispuesto a arriesgar mi vida por una emoción momentánea.

—Pensé que habías dicho que confiabas en mí.

Mitch frunció el ceño. Nicole lo estaba poniendo a prueba. Quería saber si, a pesar de sus palabras, tendría la misma poca fe en ella que solo tres hombres le habían demostrado. Por eso, en vez de comprometerse con una respuesta que podría comprometerle, decidió expresar su propia filosofía personal en el asunto.

—No creo que la confianza sea algo que una persona tenga que demostrar, sino más bien ganarse.

Aquello era exactamente lo que estaba tratando de hacer aquella noche. Quería establecer un vínculo íntimo que fuera más allá de cualquier duda que ella pudiera tener sobre ellos o sobre él.

Cuando terminó de masajearle la espalda, se levantó y se puso de pie al lado de la cama.

—Ahora, si me he ganado tu confianza en la última media hora, quiero que te des la vuelta para que pueda seguir con mi masaje.

6

¿Por qué estaba dudando? No se trataba tanto de que ella confiara en él tanto como que de que confiara en sí misma y que tuviera el valor de desnudarse delante de él por primera vez. Por supuesto, llevaba puestas unas braguitas, que eran igual que la parte inferior de un biquini. Sin embargo, sus pechos estarían expuestos a su mirada. Aunque ya no era una tímida adolescente, el pensar que Mitch pudiera verla desnuda la hacía sentirse más vulnerable y expuesta de lo que quería admitir. Lo que Mitch pudiera pensar le importaba, al tiempo que destapaba las inseguridades que había pasado demasiados años tratando de superar.

A pesar de sus esfuerzos para enterrar aquellos dolorosos sentimientos, parecía que aquellas inseguridades seguían presentes, demasiado cerca de la superficie, esperando a salir para turbarle el corazón y su naturaleza independiente si empezaba a sentir algo muy fuerte y muy profundo por Mitch. Aquello no debía ocurrir.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Entonces, encontró con facilidad el origen de su problema con Mitch: le hacía sentir demasiadas cosas, mucho más que deseo, que anhelo, que inquietud... Había conseguido despertar sus necesidades emocionales con su cariño y comprensión. Por eso, no debería sucumbir a sus anhelos.

De repente, se dio cuenta de que estaba siendo demasiado sensible. Mitch y ella habían acordado tener una aventura sexual mientras estuvieran en Fantasía Salvaje, un pacto muy claro en el que sus dudas no tenían derecho a entrometerse.

—¿Qué vas a hacer, Nicole? —murmuró él, a sus espaldas—. ¿Te vas a dar la vuelta o lo dejamos por esta noche?

Mitch había hecho que lo que ocurriera dependiera de ella. Echarse atrás no le parecía que fuera una opción. Había sido ella la que había pedido aquella fantasía y deseaba experimentar lo

que aquella noche y aquella semana pudieran reservarle con Mitch. En aquellos momentos, ansiaba sentir sus cálidas manos sobre su cuerpo, tocándola, acariciándola...

Tras dejar sus dudas atrás, se aferró a la promesa de la pasión y se dio la vuelta, dejando que Mitch la contemplara a placer. Y así lo hizo. Su mirada viajó desde las esbeltas piernas hasta sus braguitas, subió por el vientre y finalmente admiró sus rotundos y excitados pechos. La acarició con su cálida y masculina mirada y Nicole sintió que los pezones se le erguían, ansiando un contacto más íntimo.

Entonces, ella levantó la mano y se soltó el pasador que le sujetaba el cabello. Este le cayó suavemente sobre los hombros. Entonces, dejó el pasado a un lado y relajó los brazos a ambos lados de la cabeza simulando una deliberada postura de seducción. Mitch devoraba cada movimiento que ella hacía. La impresionante erección que se apretaba contra la bragueta de sus pantalones le decía a Nicole que el deseo era mutuo.

Ella entornó los ojos y sonrió.

—Acaba lo que has terminado, esclavo —ronroneó, adquiriendo un papel que le hacía sentirse increíblemente sexy y muy poderosa en su feminidad.

—Sí, ama —replicó él, obedientemente, con una sonrisa en los labios.

Se vertió un poco más de aceite en las manos y empezó por los pies. Apretó los pulgares con fuerza para soltarle los tendones y luego, poco a poco, fue subiendo hasta las pantorrillas. Cuando le tocó la parte posterior de la rodilla, Nicole gimió de placer. Sin embargo, para su desilusión, él no se detuvo mucho tiempo en aquel punto de placer. Continuó subiendo y le frotó los muslos, el borde de las braguitas y llegó a la cintura hasta que, finalmente, se volvió a colocar encima de ella. Le puso las rodillas a cada lado, de modo que volvió a estar sentado a horcajadas encima de ella, presionándole su firme masculinidad contra el vientre.

Con una intensa y sensual mirada, le acarició suavemente el vientre y rodeó sus pechos, deteniéndose justamente debajo de

los henchidos pezones, que se contrajeron aún más. Mitch la atormentó. Nicole se mordió el labio inferior cuando él siguió sin apaciguar su deseo, pero no pudo contener un gemido de frustración que se le escapó de la garganta.

Mitch empezó a frotarle los brazos e incluso las manos y los dedos, cubriéndole toda la piel con aquel fragante aceite. Con lentos y lánguidos movimientos, se ocupó de cada centímetro de su piel excepto donde ella lo ansiaba más. Sus extremidades adquirieron una suave letargo con aquel masaje tan meticuloso, haciendo que se sintiera presa de una sensación cálida y febril. Una excitante presión cobró vida en su vientre y empezó a irradiar hacia el exterior, incrementándose con cada caricia.

Muy pronto, la desesperación y la necesidad se hicieron imposibles de soportar.

—Mitch, por favor...

Él se sentó y apartó las manos del cuerpo de Nicole. Por mucho que le hubiera gustado tomarle los pechos en las manos, decidió no tomarse aquella libertad... aún. Le daría a aquella mujer tan increíble lo que ella quisiera. Nicole solo tenía que decir las palabras necesarias para llevar aquella sesión a un nivel más íntimo y satisfactorio.

—Dime lo que quieres.

Nicole hizo un adorable gesto con los labios. Evidentemente, no había pensado en verbalizar sus deseos. Aunque a Mitch le parecía encantadora aquella actitud, sabía que aquel también podía ser el momento en que ella podría echarse atrás en vez de admitir sus necesidades.

—Soy tu esclavo de amor, pero no leo el pensamiento —susurró mientras apretaba los muslos de Nicole con los suyos. Entonces, deslizó los dedos hasta el ombligo e introdujo el dedo meñique en el dulce resquicio—. ¿Cómo voy a saber lo que quieres si tú no me lo dices?

Nicole se humedeció los labios y lo miró fijamente.

—Quiero que me toques.

Mitch deslizó los pulgares justo por debajo de sus senos,

haciendo que se moviera con impaciencia.

—Te estoy tocando, nena.

—Ya sabes a lo que me refiero...

—Me temo que no. Te podría tocar en cien lugares diferentes, al menos de doce maneras diferentes, así que vas a tener que ser más específica sobre lo que quieres. Dime dónde y cómo quieres que te toque, o tal vez puedas mostrarme lo que te gusta —murmuró, moviendo los dedos de un modo circular sobre el vientre de la joven, lo que la hizo temblar—. Estoy a tu servicio y haré todo lo que me pidas.

Nicole tragó saliva y susurró:

—Tócame los pechos.

Mitch sonrió. Entonces, agarró de nuevo la botella de aceite y trazó con el aceite una fina línea desde el valle que había entre sus pechos hasta el torso. Rápidamente, retuvo el líquido con las manos antes de que este cayera sobre la cama. Sus miradas se cruzaron y conectaron en la penumbra mientras él extendía el fragante líquido sobre su piel. Nicole gimió, agradecida cuando finalmente le cubrió plenamente los pechos y acarició los pezones erectos con los pulgares.

De repente, ella lo sorprendió cubriéndole las manos con las suyas para guiarlo en un viaje muy sensual que le indicó exactamente cómo le gustaba que la tocaran y la acariciaran. Nicole cerró los ojos con un suspiro de gozo infinito y le guió las manos arriba y abajo, desde los pechos hasta el cuello, para ocuparse del nuevo del vientre y de las caderas.

Nicole estaba suave y resbaladiza. El dulce aroma de los albaricoques y del deseo femenino provocó en él una primitiva reacción en el vientre. La piel brillaba a causa del aceite y de las velas. Mitch ansiaba tanto saborearla...

Cuando sus manos, todavía unidas, se encontraron con la barrera de los vaqueros que él llevaba puestos, ella abrió los ojos. Entonces, se mordió el labio inferior y lo miró, llena de sensualidad.

—Estoy pensando que tú tienes demasiada ropa puesta —

susurró ella.

—¿Y?

—Quiero que te quites la camiseta para que yo también pueda tocarte.

Con impaciencia, Nicole le sacó la camiseta de debajo de la cinturilla de los vaqueros. Dado que la postura en la que se encontraba limitaba mucho sus movimientos, Mitch se hizo cargo a partir de ahí. Se quitó la camiseta y la tiró al suelo. Ella dibujó la anchura de su torso con dedos impacientes y luego siguió la línea de vello negro que dividía en dos su potente tórax y que desaparecía por debajo de la cinturilla del vaquero. Mitch gimió y contrajo los músculos. Sentía que la piel le ardía. Cuando ella bajó la mano y la extendió sobre la tela del vaquero, acogiendo en ella la potente erección de Mitch, él volvió a gemir de placer.

Instintivamente, se frotó contra la mano que lo agarraba con fuerza, aunque se dio cuenta de su error cuando la fricción provocó un indomable deseo que reclamaba un alivio inmediato. Su cuerpo tembló, advirtiéndole que otra caricia sería el final de su autocontrol.

Rápidamente, le agarró la muñeca y le apartó suavemente la mano. Ella lo miró, sin comprender.

—Por mucho que me guste lo que me estabas haciendo, no quiero que esta velada acabe tan pronto. ¿Y tú?

—No, yo todavía quiero más.

Mitch esperó, sin decir nada, sin hacer nada, dándole el tiempo necesario para que se diera cuenta de que necesitaba ser más precisa con su petición. No quería modestia ni timidez aquella noche.

Nicole deslizó los dedos por el cinturón y trató de atraerlo un poco más hacia ella. Al ver que él no se movía lanzó un suspiro de exasperación.

—Tumbate sobre mí y bésame, por favor.

Inmediatamente, él se tumbó a su lado y deslizó un muslo entre los de ella. Enterró los dedos de una mano en su hermoso cabello y apoyó la otra mano sobre el vientre. Entonces, bajó la

cabeza y tomó su boca con lentos y tiernos besos, para luego mordisquearle suavemente el labio inferior. Con un profundo suspiro, Nicole se abrió para él, acogiendo las osadas caricias de la lengua de Mitch y luego siguiéndole a las profundidades de un intenso y embriagador deseo.

El placer era demasiado intenso, aunque no resultaba suficiente. Tras apartar su boca de la de ella, Mitch le acarició la mandíbula con sus húmedos labios, para luego hacer lo mismo con la esbelta columna de su garganta. Entre jadeos de placer, Nicole le enredó los dedos entre el cabello, tratando de hacer que bajara un poco más, pero sin conseguirlo.

—Mitch —gimió, llena de inquietud—. Quiero... quiero... quiero me beses los pechos.

Rápidamente, Mitch hizo lo que le había pedido, satisfaciendo su necesidad y dándole el calor de su boca mientras lamía sus pezones. Entonces, descubrió que el aceite, efectivamente, sabía a albaricoques, lo que le hizo sentir aún más deseo por ella y más ganas de chuparla por todas partes.

Aquellas solícitas atenciones hicieron que lanzara un grito de placer y que se arqueara descaradamente hacia él. Tras capturar la mano que él todavía tenía apoyada sobre su vientre, se la guió hacia abajo y la deslizó bajo la cinturilla de las braguitas hasta que los dedos de Mitch alcanzaron el centro de su feminidad. Estaba húmeda de necesidad, caliente y sedosa bajo las yemas de sus dedos, pero, aunque el instinto lo animaba a que estimulara aquel sensible punto con un ritmo dulce y sensual, Mitch se refrenó. Ganarse su confianza era mucho más importante que dejarse llevar por sus impulsos.

Tras darle una última lametada al pezón, levantó la cabeza y la miró a los ojos. No dijo nada. Las palabras ya no eran necesarias. Nicole sabía lo que él quería.

Ella movió las caderas impacientemente contra la mano que tenía entre sus temblorosos muslos, pero Mitch no le concedió lo que ella buscaba.

—Mitch...

Su nombre resonó más como una maldición que como una súplica. Sin embargo, él no estaba dispuesto a cambiar las reglas a aquellas alturas.

—Dilo, Nicole.

—Hazme alcanzar un orgasmo —susurró ella después de unos segundos.

Presto como siempre a concederle sus deseos, Mitch deslizó un dedo dentro de ella, explorando sus ocultas profundidades y secretos con cálidas y suaves caricias. Acarició con el pulgar la delicada y hinchida carne mientras ella gemía de placer. Nicole movía las caderas sin ninguna inhibición, haciendo que el propio cuerpo de Mitch vibrara de deseo. A pesar de su propia incomodidad, él encontró un increíble placer en ver cómo ella respondía a sus estímulos. Gozó al ver la miríada de expresiones que le cruzaban el rostro mientras iba empujándola más y más hacia el grado máximo de sensaciones.

Un poderoso clímax se adueñó de ella. Nicole se agarró a los antebrazos de Mitch y tembló una y otra vez. A él le pareció la visión más hermosa que había contemplado nunca. Los pechos le temblaban mientras gritaba su nombre en un ahogado grito de gozo. Mitch solo retiró el dedo cuando hubo arrancado la última posibilidad de placer del tembloroso cuerpo de Nicole. Sin embargo, no dejó de abrazarla.

Ella lo miró, asombrada y atónita. Mitch comprendió, porque estaba sintiendo lo mismo. Tras apartarle unos mechones del rostro, sonrió.

—¿Querría algo más, mi señora? —le preguntó, con una sonrisa.

—Sí —susurró ella—. Quiero que me hagas el amor.

—Creo que acabo de darte placer con los dedos —replicó. Para demostrárselo, le tocó la boca con los dedos, todavía húmedos, y le extendió sobre el labio inferior la mezcla del líquido que había salido del interior de su cuerpo y del aceite aromático—. Pero siempre me queda la boca, la lengua, el cuerpo...

—¿Y qué te parece si utilizamos todo lo anterior? —sugirió

Nicole, con descaro—. Ahora, dime que has traído preservativos.

—Soy un esclavo responsable y digno de confianza — bromeó Mitch—. Compré una caja en la tienda del hotel. Están en la bolsa que traje.

—Gracias a Dios —suspiró ella—. Hazme un favor. Lleva siempre un par de ellos en el bolsillo en todo momento. En una isla tan grande como esta, nunca se puede saber cuándo van a necesitarse.

—Tus deseos son órdenes —replicó él con una sonrisa mientras se levantaba de la cama. Entonces, sacó la caja de profilácticos de la bolsa.

A continuación, se desnudó. Nicole permaneció sentada en la cama, completamente saciada, mientras admiraba el hermoso cuerpo de Mitch, observando cómo él se quitaba rápidamente los pantalones y la ropa interior y se colocaba el preservativo para no tener que preocuparse en el momento más crucial.

Nicole le hizo una señal con el dedo para que se acercara y poder tocarlo y explorarlo como Mitch había hecho con ella, pero él negó con la cabeza.

—Esa es una petición que, me temo, voy a tener que rechazar. No duraría ni un minuto si me pones las manos encima —dijo él. Entonces, se inclinó sobre ella y le agarró las braguitas para bajárselas por sus interminables piernas—. Al menos no esta primera vez.

—Entonces, la próxima —accedió ella.

—Por supuesto...

Mitch le agarró una pierna, se la llevó hasta los labios y le dio un tórrido beso en el interior del tobillo. Poco a poco, fue subiendo por la pierna, saboreando el aceite de albaricoque y chupándole la piel de detrás de la rodilla hasta que ella le suplicó que parara.

Mitch obedeció solo porque le quedaba mucho más territorio por descubrir. Cuando alcanzó de nuevo el centro de su feminidad, procedió a darle placer con la boca y la lengua. Lamía lenta, íntimamente, para luego profundizar un poco más y

saborear el exótico sabor de su cuerpo mientras ella se volvía loca de placer.

Casi inmediatamente la dejó a punto de alcanzar otro orgasmo. Sin embargo, aquella vez quería estar dentro de ella cuando gozara, quería sentir cómo su cuerpo se tensaba alrededor del suyo. Por ello, se colocó entre sus piernas y le dio un beso apasionado, aderezado con una mezcla de sabor de esencia femenina y de néctar de albaricoque.

Nicole gruñó de placer y lo envolvió con las piernas, aprisionándolo contra ella y animándolo. Mitch encontró irresistible aquel método de persuasión, por lo que se hundió en ella con un rápido y ágil movimiento. Enseguida, se vio consumido por un tenso y húmedo calor y un deseo que transcendía más allá del acto sexual.

Momentáneamente aturdido por la intensidad de su unión, levantó la cabeza y la miró. Parecía tan asombrada como él. Entonces, como si temiera que Mitch viera demasiado, cerró los ojos.

La frustración se apoderó de él, al igual que otra serie de inexplicables emociones. Ninguna mujer le había causado un deseo tan fuerte como aquel. Nunca hubiera esperado que la testaruda e independiente Nicole fuera así, aunque no estaba dispuesto a ignorar lo que estaba sintiendo, como tampoco permitiría que su compañera lo apartara de sí porque fuera más seguro para ella.

Le acarició suavemente las mejillas con los pulgares y la besó dulcemente.

—Abre los ojos y déjame mirar... Déjame ser parte de tu placer...

—Nadie se ha preocupado nunca tanto por mi placer —susurró ella, después de abrir los ojos.

Instintivamente, Mitch supo que Nicole se estaba refiriendo a mucho más que el placer físico y aquello lo hizo sentirse muy protector hacia ella.

—Claro que me preocupo, Nicole. Esto no tiene que ver

contigo y conmigo por separado, sino con los dos juntos.

—Me gusta cómo suena eso —musitó ella, mientras le acariciaba suavemente la espalda y las caderas—. Hazme el amor, Mitch.

Y así lo hizo. La sujetó más firmemente con su cuerpo para que fueran una misma carne y cumplió la última petición que ella había efectuado. Se deslizó dentro de ella lo más profundamente que pudo, para luego retirarse y empujar con más fuerza, con más velocidad. Debajo de él, Nicole se agitaba y se arqueaba hasta que finalmente no pudo controlarse más.

Emitió un suave gemido de placer y se aferró a Mitch con fuerza, dejando que las voluptuosas contracciones lo animaran a dejarse llevar. Él se sumergió en ella con una serie de rápidos movimientos. De repente, se sentía desesperado por satisfacer la insaciable necesidad de poseer completamente a la mujer que lo había vuelto loco durante tanto tiempo. Un profundo gruñido se le escapó de la garganta al tiempo que una poderosa oleada de placer se abría paso a través de su cuerpo. La sensación fue vertiginosa, la fuerza devastadora y lo afectó de muchas más maneras que tan solo físicamente.

Entonces supo que, a pesar de lo que habían acordado, a partir de entonces nada volvería a ser igual entre ellos.

—Señor Miller, espere un momento. Tengo algo para usted.

Al oír la voz de la joven Danielle, CJ se detuvo justo cuando estaba a punto de volver a meterse en el hidroavión. Tenía que volar a Miami para recoger a unos clientes y llevarlos a Fantasía Secreta. Observó cómo la ayudante de Merrilee avanzaba corriendo por el muelle en el que estaba el avión con un papel en la mano.

Se detuvo a su lado, completamente sin aliento y con el rostro arrebolado por haber ido corriendo a buscarle antes de que CJ se marchara de Fantasía Salvaje.

—¡Madre mía! ¡Qué difícil es encontrarlo!

CJ se encogió de hombros, aunque sabía perfectamente a lo que Danielle se refería. Se había pasado las últimas semanas mostrándose esquivo para así poder asegurarse de que estaba haciendo lo correcto al volver a irrumpir en la vida de Merrilee tantos años después.

—Vuelo entre cuatro islas cuando se me necesita y mi horario cambia constantemente —dijo, a modo de excusa.

—Lo sé. La organización de este concurso benéfico me está llevando más tiempo de lo que había anticipado, así que yo tampoco tengo mucho tiempo para tratar de localizarlo.

—¿Hay algún problema?

—La señora Weston me ha dado un memorándum para usted —comentó la joven mientras le entregaba la nota.

CJ aceptó el papel y leyó rápidamente el contenido. Luego, miró a Danielle, muy sorprendido.

—¿Quiere que yo esté presente en la final de la competición y en la ceremonia de clausura del concurso benéfico?

—Sí. Sé que esto podría parecer una tontería, pero creo que la señora Weston está empezando a sentir que usted la está evitando deliberadamente. Yo creo que usted debería ir a la fiesta, por el bien de los clientes y el de Merrilee.

—No parece que me quede mucha elección, ¿verdad? —comentó CJ con una sonrisa en los labios.

—Como Merrilee siempre se esfuerza en recordarle a la gente, todos tenemos una elección. Solo es cuestión de tomar la que sea más adecuada.

CJ respiró profundamente y luego soltó lentamente el aire. Sabía perfectamente cuál sería su elección. Sabía también que había llegado el momento de la verdad para Merrilee y él. Ya no habría más regalos como su admirador secreto, ni más guardar las distancias, ni tendría que esconderse más tras las gafas de aviador y una gorra de las Fuerzas Aéreas. Incluso se quitaría el bigote que se había dejado crecer para alterar su apariencia desaparecería para la reunión definitiva cara a cara.

Regresaría a ella del mismo modo en que se había

marchado aquel fatídico día, cuando se había marchado a la guerra de Vietnam como Charlie Miller, y con el corazón lleno de amor y de esperanza para un futuro mejor.

Lo asaltaron unos recuerdos tan recientes como si fueran del día de ayer. Recordó lo enamorados que los dos habían estado. Habían creído que no los separaría ni la distancia ni el tiempo. La muerte era otro asunto completamente diferente y, cuando su caza fue derribado y él cambió sus chapas de identificación por las de un oficial para poder sobrevivir así como prisionero de guerra, Charlie supo que los que lo amaban recibirían la noticia de que había muerto.

Su decisión le había arrebatado a Merrilee, quien, por supuesto, había creído que él había muerto y se había casado con uno de los colegas de su padre durante el tiempo en el que él estuvo en cautividad. En vez de causar a Merrilee más pena al volver a aparecer en su vida, había tomado la dolorosa decisión de dejar que las cosas se quedaran como estaban y permitir que ella siguiera creyendo que él había muerto durante la guerra.

Sus vidas habían tomado caminos muy diferentes. Él se había casado con Evelyn, con la que había tenido dos hijas. Aunque había amado a su esposa y habían tenido un matrimonio muy feliz, nunca había olvidado a su primer amor. Un año después de que Evelyn falleciera, el pensamiento de volver a encontrar a Merrilee le había empezado a pasar por la cabeza. Con un poco de investigación en Internet, había descubierto que el marido de ella había muerto también y que le había dejado una inmensa fortuna.

Siempre había sabido que Merrilee tenía un corazón generoso, por lo que no le sorprendió saber que ella se había gastado su herencia multimillonaria en un complejo turístico situado en cuatro islas, que se especializaba en conceder a otras personas sus deseos más íntimos. Como quería estar cerca de Merrilee para ver si tenía alguna posibilidad de volver a encender los rescoldos de su vieja pasión, se había presentado para el puesto de piloto de Fantasías, Inc.. Se había pasado dos

semanas siendo el admirador secreto de Merrilee, pero ya había llegado el momento de revelar la verdad.

Aquella vez iba a arreglar las cosas entre la mujer que debería haber sido suya y él. Aquella vez, quería ser él quien cumpliera las fantasías más profundas de Merrilee y les proporcionara a ambos el final feliz que habían buscado años atrás.

CJ sonrió a Danielle.

—Dile a la señora Weston que allí estaré.

7

Nicole no podía evitar a Mitch durante mucho más tiempo. Aunque no llevaba el reloj puesto, el hecho de que el brillante sol se estuviera hundiendo en el horizonte indicaba que el crepúsculo se estaba acercando. Entonces, se había pedido a todos los participantes que se reunieran para cenar. En ese momento, Merrilee anunciaría los nombres de las siete parejas de concursantes que habían llegado a la fase final del concurso.

Con un suspiro, le dio un empujón al balancín en el que estaba sentada, esperando encontrar un poco de tranquilidad antes de verse obligada a volver a enfrentarse con Mitch en la fiesta de aquella noche. También esperaba poder controlar sus emociones y su compostura para poder llevar mejor su, supuestamente, relación sin complicaciones.

Al pensar en aquel concepto, no pudo evitar soltar una carcajada. El esclavo de amor que había pedido y el hombre cariñoso y generoso que la había visitado la noche anterior se estaban convirtiendo en dos temas muy complicados para su cabeza, por no mencionar para su corazón. Si lo ocurrido la noche anterior parecía un sueño distante y provocativo, aquella mañana se había disipado aquella ilusión cuando se había despertado con un guapísimo Mitch en la cama, que ya no era parte de sus sueños sino que era un amante en fantasía hecho realidad.

¡Y qué amante! Nicole era incapaz de detener las vibrantes sensaciones que sentía en todo su cuerpo al recordar la noche anterior. Mitch había sido atento y completamente dedicado a sus deseos y necesidades. Se habían pasado la noche cumpliendo sus fantasías eróticas y, aquella mañana, habían compartido una satisfactoria ducha... Aquella tarde habían perdido tres de las cinco competiciones en las que habían participado.

Después de las pruebas, en las que habían perdido la primera posición, se había deshecho de Mitch antes de que él pudiera sugerir que pasaran el resto de la tarde juntos. Tras darse

una ducha y ponerse un vestido de algodón, Nicole había encontrado un lugar tranquilo en el que relajarse en la playa que había al lado de su bungalow. Sin embargo, su mente no encontraba la tranquilidad.

El estómago se le contraía al recordar cómo le había sido imposible concentrarse en lo que debería de haber sido la más sencilla de las tareas porque había estado distraída por Mitch y por los recuerdos de la noche que habían pasado juntos. Si había creído que hacer el amor con él le iba a quitar la tensión sexual que había experimentado hacia él en los últimos años, se había equivocado completamente. La noche anterior solo había servido para incrementar su atracción, para hacerla más consciente de su presencia y del placer que habían compartido.

Se colocó el brazo encima de los ojos y se reprendió por haber tenido tan poco autocontrol en lo que se refería a Mitch. Era débil e incapaz de resistírsele a ningún nivel. Aquello le producía cierta sensación de miedo porque lo último que quería era que aquella aventura fuera más allá de la diversión y de las fantasías.

La noche anterior, él no le había pedido nada más que expresara sus deseos en voz alta para que él pudiera cumplirlos. Aparentemente, había sido un gesto muy noble y ella se lo había concedido libremente. Sin embargo, no había contado con rendirse a sus caricias cuando se había jurado que mantendría siempre el control de la situación. Lo más enloquecedor era que le había dejado el poder en las manos y ella había soltado las riendas. Su pérdida de control se había demostrado aquel mismo día cuando había dejado que la atracción que sentía por él se interpusiera en sus fines.

Sin querer, su mente repasó los acontecimientos de la tarde. En la primera prueba, había tenido una buena actuación. Se había tratado de adivinar con una venda en los ojos cuáles eran las partes del cuerpo del compañero, es decir, el pecho, el vientre y los muslos. Tras haberse pasado la noche con él, no había tenido ningún problema para identificarlos.

A pesar de que en esa prueba habían conseguido el mayor

número de puntos, a partir de entonces todo empezó a ir cuesta abajo. En el segundo juego había tenido que colocar una hoja de parra encima de Mitch. Aunque Nicole siempre se había vanagloriado de tener un excelente sentido de la orientación, cuando le taparon los ojos había empezado a imaginárselo desnudo, esperando sus caricias, lo que le había hecho fallar en casi medio metro.

Perder una prueba tan sencilla le había provocado una profunda frustración. Sin embargo, la determinación y su fiero espíritu competitivo le habían hecho ser la ganadora en las carreras de sacos, para volver a perder en el “Intercambio de ropa”, que debería haber sido una prueba muy divertida y que acabó siendo un puro desastre. Desnudarse hasta quedarse en ropa interior en un cubículo cerrado no le había supuesto ningún problema, como tampoco lo había sido lanzar la ropa que se había quitado al cubículo en el que estaba Mitch a cambio de su camiseta, sus pantalones cortos, sus deportivas y sus calcetines.

El fracaso había llegado en el momento en que se metió la camiseta por la cabeza y aspiró el aroma de su colonia y el de su olor tan masculino, una combinación que ella asociaba directamente con el sexo apasionado y carnal. Su cuerpo había respondido a un nivel muy primitivo. Los segundos que se había pasado reviviendo los numerosos placeres de la noche anterior les habían quitado la posibilidad de salvar el daño que ella ya había hecho al perder el anterior juego.

Sin embargo, su mayor fracaso había sido el juego de la naranja, en el que las parejas, con las manos atadas a la espalda, tenían que transportar una docena de naranjas a un cubo vacío que estaba a unos tres metros. ¿Cómo iba ella a poder realizar aquella tarea cuando las barbillas no hacían más que rozarse y sus senos acariciaban continuamente el pecho de él? Habían perdido tres de las doce naranjas, lo que había supuesto que su puntuación bajara aún más. Al final del día, Nicole había estado a punto de llorar, tan desilusionada se sentía consigo misma por no haber podido separar sus sentimientos de sus fines.

Respiró profundamente. Tal y como ella veía las cosas, después de la mala actuación de aquel día, tendrían mucha suerte si conseguían llegar a la ronda final. Aunque sabía que ella era la única responsable por su descenso en la clasificación, sabía que le resultaría mucho más difícil admitirlo ante sus padres cuando sabía que los dos esperaban que llevara a casa el primer premio. Recordó que su fantasía era que se la apreciara por quién era y no por lo que consiguiera, aunque temía las críticas que vendrían en vez de la aprobación.

Tras mirar a la puesta de sol una vez más, decidió que ya no podía seguir escondiéndose. Había llegado el momento de confrontarse frente a frente con su problema, como siempre lo hacía. Lo primero que haría sería volver a llevar la voz cantante en su relación.

Regresó al hotel para reunirse con Mitch. Llegó quince minutos antes de la hora que se había especificado y, aunque ya había otras parejas escogiendo el lugar para sentarse, no vio a Mitch. Encontró una mesa para diez en la que quedaban algunos sitios vacíos y allí sonrió a una mujer muy guapa con cabello oscuro y muy corto y unos cálidos ojos castaños.

—¿Están libres estos dos asientos? —le preguntó Nicole, señalando dos sillas.

—Sí, por favor, siéntate con nosotros. Yo me llamo Penny —dijo la mujer, mientras Nicole se sentaba— Y este es mi compañero Graham —añadió, algo tímidamente, mirando al hombre rubio que estaba sentado a su lado.

—Yo me llamo Nicole —dijo ella, notando que la pareja tenía las manos entrelazadas, lo que parecía indicar que habían congeniado muy bien—. Me alegro mucho de conoceros.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó Graham.

—Debería llegar en cualquier momento. Después de las actividades de esta tarde, los dos nos marchamos a nuestros bungalows para descansar y decidimos que nos encontraríamos aquí a la hora de cenar.

—Graham y yo nos estamos divirtiendo mucho. Las

actividades han sido muy divertidas hasta ahora, aunque tengo que admitir que no soy la persona con más coordinación del mundo. Algunas de las pruebas me han resultado bastante difíciles —admitió Penny.

—No creo que tú seas la única —le aseguró Nicole, recordando su propia actuación.

—¿Ves? Eso es lo mismo que te dije yo —comentó Graham—. Creo que todo el mundo está sometido a tal presión para hacerlo bien y poder llegar a la ronda final que la tensión y el estrés provocan errores.

Aunque Nicole estaba de acuerdo con la afirmación de Graham, desgraciadamente no podía utilizar aquella excusa para sí misma. En su empresa, estaba acostumbrada a tener buenas actuaciones a pesar de la presión. No había margen de error cuando se era responsable de la vida de otra persona. A pesar de que en su trabajo nunca había tenido problemas para realizar las actividades sin errores, aún en las situaciones más difíciles, parecía que la tensión sexual no se controlaba tan fácilmente.

—Bueno, yo solo espero que podamos llegar a la ronda final para que tengamos una posibilidad de colocarnos en las tres primeras posiciones —dijo Penny—. No me gustaría defraudar a mi hermano.

—¿A tu hermano? —preguntó Nicole.

—Tim nació con un defecto en el corazón y mis padres siempre supieron que existía la posibilidad de que tuvieran que hacerle un trasplante —susurró Penny, con la voz llena de emoción—. Hace un mes y medio aproximadamente, su médico les dijo a mis padres y a él que, si no recibía un trasplante de corazón en los próximos seis meses, no sobreviviría —añadió, tragándose las lágrimas—. Solo tiene dieciocho años y la vida entera por delante. Quiero hacer lo que pueda para ayudar a mis padres con los gastos médicos, que ascenderán aproximadamente a doscientos mil dólares. Por eso estoy aquí en Fantasía Salvaje, haciendo todo lo que puedo para conseguir uno de los premios.

—Siento mucho lo que le ocurre a tu hermano. Espero que todo salga bien.

—Gracias —musitó Penny, dedicando una adorable sonrisa a su compañero—. Si ganamos algo, Graham ha decidido donar su parte a Tim.

Había una unión entre ellos, una intimidad y un afecto que Nicole envidiaba y temía para sí misma por todas las ataduras emocionales que conllevaba dicha relación.

—Es maravilloso.

Graham rodeó con los brazos los hombros de Penny y la estrechó afectuosamente contra su cuerpo.

—Sí, bueno, yo creo que Penny es maravillosa.

La joven se ruborizó aún más y miró de nuevo a Nicole.

—¿Y tú? ¿Por qué organización benéfica estás aquí?

Nicole explicó brevemente la razón por la que estaba en Fantasía Salvaje.

—Es una gran causa —le dijo Penny, estrechándole afectuosamente la mano—. Espero que tengas buena suerte y que llegues a las finales esta noche.

—Suerte también para ti —replicó Nicole con una sonrisa en los labios.

Los tres pasaron los siguientes minutos intercambiando una conversación casual mientras la mesa se iba llenando con otras parejas. Mitch llegó justo cuando el camarero empezaba a servir el primer plato, una ensalada de gambas. Sonrió a Nicole y, tras susurrar una disculpa, se presentó a todos los demás. Mientras todos comían su ensalada, intercambiaron una animada conversación. Sin embargo, el nivel de risas y de intercambios verbales disminuyó cuando les sirvieron la langosta.

Fue entonces cuando Mitch centró su atención en ella.

—Bueno, ¿dónde has estado escondiéndote durante las últimas horas?

—¿Es que me has echado de menos? —replicó ella con una pícaro sonrisa en los labios.

—Sí, supongo que sí —contestó Mitch, mientras cortaba

una porción de su langosta y la untaba en mantequilla—. Te llamé varias veces a tu bungalow, pero no contestaste. Tengo que admitir que tengo mucha curiosidad por saber dónde pasaste la tarde.

Sorprendentemente, Nicole no se sintió acosada como lo hubiera hecho en otras ocasiones, como cuando Jonathan la llamaba para preguntarle por qué no estaba en su trabajo o en casa. La diferencia era que, en el caso de Mitch, la pregunta se debía a que estaba preocupado por ella, no para dominarla o controlar su naturaleza independiente. En cierto modo, aquella ternura resultaba igualmente peligrosa para su bienestar porque le gustaba demasiado.

—Fui a dar un paseo por la playa. Vi uno de esos cómodos balancines y me senté un rato.

—Me habría gustado compartir eso contigo —susurró él, con una voz íntima y profunda, que le recordó todo lo que habían compartido la noche anterior.

—Necesitaba estar a solas.

—De acuerdo —dijo, aceptando inmediatamente su explicación.

Nicole tomó un poco de langosta y la saboreó mientras trataba de luchar contra la parte de su ser que estaba rindiéndose ante Mitch de un modo que no concordaba con la decisión que había tomado de mantener su relación sin complicaciones. Además, los recuerdos de la noche anterior la asaltaron... Sabía que, como parte de su fantasía, había accedido a darle su cuerpo, pero nunca había esperado hundirse en aguas emocionales durante el proceso. Si no tenía cuidado, iba a encontrarse en peligro de ahogarse, a pesar de lo buena nadadora que era.

—No creas que estoy amenazando tu independencia —dijo Mitch, interrumpiendo sus pensamientos—, pero he estado muy preocupado por ti, especialmente después de los acontecimientos de hoy y lo disgustada que estabas cuando nos separamos. ¿Te encuentras mejor ahora, Nicole?

—Lo estaré cuando nos hayamos asegurado un lugar en la

final —replicó ella casi sin pensar.

—¿Has oído alguna vez la frase que dice que ganar no lo es todo?

—He oído la frase —dijo ella, tras tomar un poco de agua para aclararse la garganta antes de contestar—, pero nunca he vivido con ese lema en particular.

—Pues tal vez deberías. Ganar no lo es todo, Nicole. Algunas veces, perder puede acarrear también cosas extraordinarias.

Ella se quedó muy rígida, incapaz de detener el desafío que surgió en su interior y se mezcló con emociones mucho más confusas que no acertaba a comprender. Una parte de ella quería estar de acuerdo con aquella filosofía, pero no podía olvidarse tan fácilmente de los viejos hábitos y expectativas del pasado.

—Ganar esta competición es muy importante para mí.

—Pero no es solo por el dinero, ¿verdad?

—No. Tal vez quiera ganar esta competición por mucho más que por el dinero —admitió ella, deseando no sentirse tan vulnerable en aquellos momentos—, pero no espero que entiendas mis razones, Mitch.

—Tal vez las comprenda mucho más de lo que tú crees.

Una cierta intranquilidad se apoderó de ella. La noche anterior le había entregado su cuerpo, pero ¿sería posible que hubiera conseguido también ver una parte de su alma? Aquella posibilidad estuvo turbándola durante la siguiente media hora, a través de lo que quedaba de la cena y del postre, hasta que, por fin, Merrilee subió al podio para anunciar los nombres de los finalistas.

—Sé que estáis ansiosos por oír quiénes van a ser los siete finalistas, pero, antes de hacer ese anuncio, me gustaría felicitaros a todos por vuestro esfuerzo —dijo con una amable sonrisa en los labios—. Hemos tenido algunas bajas en las competiciones y, a partir de ahora, las pruebas serán mucho más duras. Los siete finalistas tendrán que competir en una prueba de supervivencia en la zona despoblada que hay al otro lado de la

isla durante dos días completos. Para superar esas cuarenta y ocho horas, los dos miembros del equipo tendrán que colaborar juntos y confiar en la fuerza del otro.

Se oyeron unos cuantos murmullos de sorpresa entre los invitados al oír la dureza de la prueba, en su mayor parte de las mujeres, que, sin duda, no tenían ningún deseo de pasarse sin los lujos del complejo.

—Se os suministrará un equipamiento básico de acampada y un mapa en el que se marcará vuestra zona —añadió Merrilee—. Si se os ve fuera de vuestra zona, seréis descalificados. También se os proporcionará una radio para emergencias. Podéis ser rescatados o se os puede sacar de la prueba si decidís que no queréis completar las cuarenta y ocho horas. Sin embargo, si utilizáis esa radio se os descalificará.

—¿Tenemos que preocuparnos por los osos? —preguntó alguien entre los invitados, acompañado de unas sonoras carcajadas.

—Os puedo garantizar que no hay osos en esta isla —afirmó Merrilee—, pero hay muchas otras criaturas a las que les encanta molestar a los campistas.

Una mujer muy sofisticada y elegante que había sentada a la mesa de Mitch y Nicole se rebulló muy incómoda en el asiento. Evidentemente, no le gustaba demasiado la perspectiva de tener que pasar dos días compartiendo el espacio con roedores y otros animales. Nicole ahogó una sonrisa. Le divertía mucho la actitud de la otra mujer.

—Quien sobreviva los dos días en esta aventura pasará a la última ronda de la competición, que determinará quiénes son los tres ganadores. Os sugiero que utilicéis el tiempo que paséis juntos para conoceros mejor a nivel personal, dado que la prueba final es una sesión de preguntas y respuestas. Por último, a modo de advertencia, he comprobado el parte meteorológico para los próximos dos días y he visto que hay una tormenta que se dirige hasta esta zona y que probablemente esté aquí primeras horas de la tarde de mañana.

Nicole pensó que los elementos eran muy adversos. Con aquellas condiciones, se pondrían a prueba las habilidades de todos los participantes, como ella sabía muy bien por las actividades de acampada que organizaba en su empresa.

—Y ahora, aquí están los nombres de los siete equipos con las puntuaciones más altas. Estos tendrán que dejar mañana a mediodía el complejo para empezar la prueba de supervivencia.

Entonces, Merrilee empezó a leer los nombres de los clasificados en séptima y en sexta posición. No se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que anunció que Mitch y ella estaban clasificados en quinto lugar, lo que la llenó de alivio. Afortunadamente, las altas puntuaciones que habían conseguido el primer día habían compensado las bajas del segundo.

Se sintió más decidida que nunca a no estropear aquella segunda oportunidad. Era experta en acampada y en técnicas de supervivencia, lo que seguramente la ayudaría a recobrar el control, física y mentalmente, durante los próximos dos días. Aquella vez, tendría que ser Mitch el que se rindiera ante sus deseos.

Penny y Graham consiguieron el cuarto lugar y, cuando se hubieron nombrado todos los equipos, Penny se levantó del asiento y abrazó a Nicole afectuosamente. Estaba tan emocionada que los ojos se le llenaron de lágrimas, lo que no dejó de afectar profundamente a Nicole y le hizo preguntarse lo importante que realmente era para ella ganar aquella competición cuando otra persona necesitaba el dinero mucho más urgentemente que la organización de su madre.

—Nunca he ido de acampada en toda mi vida —dijo Penny, entre risas—, ¡pero no pienso utilizar esa radio por nada del mundo!

—Estoy segura de que lo harás estupendamente —la animó Nicole. No quiso decirle a la otra mujer que aquella actividad formaba parte de su profesión para no desanimarla.

—No eres la única —comentó Mitch—. Yo soy un chico de ciudad de la cabeza a los pies.

—¿Nunca has ido de acampada? —le preguntó Nicole, asombrada.

—No —contestó, guiñándole un ojo, lo que provocó una serie de profundas sensaciones en el vientre de Nicole—. Supongo que podríamos decir que esta es nuestra primera aventura juntos.

Un sentimiento de satisfacción se abrió paso a través de ella. Con la inexperiencia de Mitch, él tendría que confiar en sus habilidades, por lo que siempre llevaría la voz cantante.

—¿Qué te parece si tú y yo vamos a algún lugar más privado para celebrarlo? —añadió, acariciándole suavemente la espalda.

Un temblor recorrió la espina dorsal de Nicole y sus pechos, que se hinchieron automáticamente como si él los hubiera acariciado. El atractivo brillo que vio en sus ojos le dijo exactamente cómo terminaría aquella celebración, es decir, en la cama y con él poseyéndola. Por mucho que su cuerpo anhelara aquella conexión, en aquellos momentos se sentía demasiado confusa, demasiado vulnerable después de lo ocurrido la noche anterior. Además, se sentía algo temerosa de no poder mantener el control que tan desesperadamente necesitaba.

—Creo lo dejaremos para otro momento —dijo ella—. Anoche no dormimos mucho y necesito empezar el día de mañana tras haber dormido ocho horas completas.

Mitch asintió, como si comprendiera que ella necesitaba pasar más tiempo a solas.

—Considera ese deseo concedido.

Cuando la excitación de la velada fue remitiendo, Mitch la acompañó hasta su bungalow. Los dos caminaron en silencio. Una vez que estuvieron junto a la puerta, él le besó suavemente en la sien, con un gesto casto y tierno, que hizo que el corazón de Nicole se llenara de un innegable deseo de abrazarse a aquel hombre para siempre y no dejarlo escapar.

Asombrada por aquella inesperada reacción, dio un paso atrás antes de que pudiera hacer nada de lo que le mandaba el

corazón.

—Buenas noches, Mitch.

—Buenas noches —replicó él con una sensual sonrisa en los labios—. Si no puedo pasar la noche contigo, asegúrate de que sueñas conmigo.

Y así fue... durante toda la noche.

8

—¿Qué te parece? —le preguntó Mitch mientras señalaba una zona boscosa con un pequeño claro con hierba—. ¿Te parece un buen lugar para levantar el campamento para esta noche?

Nicole sacudió la cabeza mientras consultaba el mapa que les habían dado aquella mañana antes de salir.

—Quiero encontrar algo en terreno más alto para que no nos lleve la lluvia. Subamos un poco más por este sendero —añadió, tras consultar en la brújula que iban hacia el este.

Tras reajustarse las correas de la mochila, Mitch miró con escepticismo las nubes plomizas que tenían encima de la cabeza y que se habían formado muy rápidamente en la última hora. La humedad que había en el aire era muy pesada.

—No parece que tengamos mucho tiempo antes de que empiece la tormenta.

—Tenemos mucho tiempo —replicó ella, a pesar de que los truenos ya empezaban a oírse en la distancia.

—De acuerdo —dijo él—. Tú eres la experta...

Siguieron andando y Mitch hizo todo lo posible por mantener el firme paso de Nicole. Ella se orientaba en el terreno con facilidad y, aunque Mitch consideraba que estaba en buena forma física, habría asegurado que estaban dando vueltas. Había comenzado a sospechar que la razón para tanta diligencia tenía mucho que ver con el hecho de que no quería enfrentarse a ellos como pareja.

Después de organizar las mochilas en el hotel aquella mañana y de llenarlas con los objetos básicos, como comida, ropa y botas apropiadas, artículos para dormir y una pequeña tienda para dos personas, habían salido para empezar su desafío de cuarenta y ocho horas. Habían pasado las primeras horas explorando el área que les habían designado y se habían estado familiarizando con las fronteras que no se les permitía cruzar.

Aunque Mitch comprendía la necesidad de conocer lo que los rodeaba, le estaba empezando a parecer que habían cubierto cada centímetro cuadrado de su zona.

Sin embargo, Nicole no paraba de andar y él la seguía, concentrándose en el movimiento rítmico de sus caderas y en cómo se flexionaban sus tonificados músculos al andar. Admitía que, al principio, se había sentido algo molesto por su actitud, pero rápidamente se dio cuenta de que su actitud era un mecanismo de defensa, un modo de demostrarle que ella estaba a cargo de la situación, algo que parecía estar necesitando desde el día anterior.

Para Mitch, su aventura había dejado de ser tal en el momento en que su cuerpo se unió con el de ella. Su acto sexual había sido más sincero y real de nada de lo que había experimentado con una mujer. No podía olvidar la intensidad de su unión, el indescriptible momento en que ella le había dejado entrever sus más profundos deseos y necesidades emocionales, cuando le había confesado que nadie se había preocupado antes de su placer. Lo que habían compartido había sido mucho más que sexo apasionado y gratificante y Mitch sospechaba que ella estaba enfrentándose a aquella verdad. Esperaba que las cuarenta y ocho horas siguientes valieran para forjar una intimidad mucho más profunda que les durara más allá de aquella semana.

Mientras tanto, Nicole no solo le estaba forzando físicamente, sino que también parecía decidida a ascender en la clasificación sobreviviendo los dos días siguientes.

Lo que no sabía era que ya lo había conquistado a él. Mitch esperaba que el tiempo que pasaran solos ayudaría a que ella se diera cuenta de que no tenía nada que temer de él, que no quería arrebatarse nada ni pedirle nada más de lo que ella estuviera dispuesta a darle. Creía que lo que había entre ellos iba más allá de cualquier atracción superficial que pudiera haber iniciado su fantasía. Tenía que convencer a Nicole para que opinara lo mismo.

Por fin, ella se detuvo y anunció que había encontrado el

lugar perfecto para acampar. Se trataba de una zona alta, llana y cubierta de hierba con un pequeño arroyo cercano. En aquel mismo momento, le cayó la primera gota de lluvia en la punta de la nariz. Poco a poco, las gotas fueron haciéndose cada vez más frecuentes.

Rápidamente, se quitaron las mochilas y Nicole se puso rápidamente a preparar los materiales necesarios para montar la tienda de campaña.

La cálida lluvia fue empapándolos gradualmente. Mitch se acercó para ayudarla, pero rápidamente se hizo evidente que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo y que estaba molestando más que ayudar. Además, Nicole no parecía darle instrucciones muy precisas sobre lo que había que hacer.

—Puedo hacerlo más rápida y fácilmente sola.

Mitch no se molestó en rebatirla y se limitó a apartarse de su camino. Sin embargo, como ella no estaba muy familiarizada con la colocación de aquella tienda en particular, le llevó más tiempo del normal instalarla. Entonces, el hecho de que él la estuviera mirando la azoró aún más. Cuando le podía haber venido bien que Mitch le echara una mano, él no se ofreció, lo que incrementó la tensión que había entre ellos.

A pesar de todo, la tienda fue tomando forma poco a poco y dio forma a un habitáculo bastante espacioso, con bastante sitio e incluso un pequeño recibidor para aislar aún más la lluvia. Cuando la tienda estuvo montada, Nicole tiró las mochilas al interior, se metió dentro y desenrolló un aislante y luego un colchón inflable. Mitch hizo lo mismo.

Los dos estaban empapados. Mitch notó que la camiseta de algodón de Nicole resultaba casi transparente por la humedad, y también hacía que se le pegara a los pechos. El encaje del sujetador se mostraba claramente, al igual que los erectos pezones. Aunque el aire era húmedo y cálido, la lluvia les había refrescado la piel, pero, a cada minuto que pasaba contemplándola, Mitch sentía que el deseo iba retirando todo el frescor que pudiera estar experimentando.

Sin ceremonia alguna y sin darse cuenta de lo que estaba mirando Mitch, Nicole se dejó caer en el colchón para poder quitarse las botas.

—Es mejor que te quites las botas y los calcetines y el resto de la ropa húmeda. Si no, vas a estar empapado toda la noche y vas a mojar también todo lo demás.

Resultaba tan seria, tan diligente, tan marcial, que resultaba imposible creer que albergara un lado mucho más tierno. Incapaz de contenerse, Mitch soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes, Mitchell? —le preguntó ella, mientras él empezaba también a quitarse las botas.

—De ti —contestó él, simplemente.

—¿Y qué ha sido lo que he hecho que te divierte tanto? —replicó Nicole mientras sacaba las botas y los calcetines al pequeño vestíbulo de entrada.

—Que algunas veces eres demasiado testaruda para tu propio bien —respondió él mientras terminaba de quitarse las botas.

Ella las colocó junto a las suyas, en el pequeño vestíbulo, y luego cerró la cremallera. La tienda adquirió un aire de intimidad y, a la vez, pareció hacerse mucho más pequeña.

—¿Y eso supone un problema para ti?

El problema que Mitch parecía tener era la proximidad que había entre ellos. La esencia de albaricoque llenaba el aire y él se preguntó cómo iba a poder pasar la noche sin tocarla. Hasta aquel momento, ella no le había dado indicación alguna de que quisiera repetir lo de la noche anterior. Mitch no quería empujarla a hacer algo para lo que no estuviera preparada.

—En realidad no, no es un problema para mí. Yo diría que ser testaruda es más bien un problema para ti.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Significa que, a veces, no te vendría nada mal dejar que otra persona llevara parte de la carga por una vez.

«Dejar que alguien se acerque lo suficiente como para poder compartir miedos, pesares y tus secretos más profundos»,

pensó. Sin preguntarse por qué, supo que quería ser la persona que ella eligiera para hacerlo.

—Si te estás refiriendo a que no te dejé que me ayudaras a montar la tienda de campaña, era mucho más fácil que lo hiciera yo sola —dijo, mientras extendía el saco de dormir.

—Sé que no soy un experto en acampadas ni en muchas otras cosas de tu estilo de vida, pero estoy dispuesto a aprender si tú te muestras paciente y te tomas el tiempo necesario para enseñarme lo que necesito saber.

Nicole se arrodilló sobre el suelo. Poco a poco, la tensión pareció desaparecer. Entonces, se apartó el cabello húmedo de la cara y dijo:

—Lo siento.

—No estoy buscando que te disculpes, Nicole, solo que tengas un poco de fe en mí. Todo esto me resulta completamente nuevo —susurró él. Entonces, extendió la mano y le acarició suavemente la mandíbula con la yema del pulgar—. Me gustaría mucho que las cosas funcionaran entre nosotros, pero va a hacer falta que tú me ayudes. ¿Cree que lo podrás hacer, al menos durante los próximos días?

Mitch esperaba que, antes de que terminara el tiempo que los dos iban a pasar en Fantasía Salvaje, pudiera encontrar un modo de pedirle que accediera a algo más permanente que una aventura casual.

Ella lo miró. Había un cierto miedo en las profundidades de sus ojos verdes, que iba acompañado por una repentina fuerza y un anhelo que lo conmovió. Entonces, asintió.

—Sí, puedo hacerlo.

—Bien. Ahora, supongo que nos deberíamos quitar esta ropa húmeda como tú sugeriste.

Rápidamente, se quitó la camiseta y la tiró hacia uno de los rincones de la tienda. Nicole no se movió. Miraba fijamente su torso desnudo, por lo que Mitch sintió que el deseo le recorría todas las terminaciones nerviosas. Ella lo miraba con tanto deseo, con tanta necesidad y tanta hambre que lo sentía hasta la misma

médula de los huesos. En el exterior, relucieron los relámpagos y enseguida se vieron seguidos por una violeta andanada de truenos. La naturaleza consiguió abrirse paso también en el interior de la tienda y les transmitió una energía que ninguno de ellos pudo negar.

—Si no dejas de mirarme así, como si quisieras comerme entero, vas a terminar tumbada dentro de cinco segundos — murmuró él.

—No si eres tú el que acaba tumbado primero.

De repente, Nicole se lanzó sobre él. Como le pilló desprevenido, logró tirarlo de espaldas encima del colchón. Rápidamente, se subió encima de él, a horcajadas con una expresión de victoria en el rostro. El momento estaba lleno de sensualidad y de seducción, algo que los dos necesitaban desesperadamente después del día de tensión que ambos habían compartido.

Ella agitó el trasero sobre la entrepierna de Mitch. La fricción de la ropa húmeda provocó un profundo gruñido de placer. Sabía que hacer que Nicole cayera de espaldas no le costaría ningún esfuerzo, pero ella había ganado aquella ronda con justicia y quería ver lo que tenía exactamente reservado para él.

Nicole le agarró la cabeza y se inclinó tanto sobre él, que le acarició la mandíbula y el pecho con su cabello húmedo. Tenía el rostro arrebolado y le sonreía con tentador gesto.

—Creo que esta vez voy a hacer que tú supliques para conseguir lo que quieres.

Expresar sus deseos no era un problema para Mitch, como tampoco lo era suplicar, si era aquello lo que necesitaba hacer para verse envuelto de nuevo en su sedoso calor. Tras sacarle la camiseta de debajo de los pantalones, deslizó las manos por debajo de la tela.

—Quiero que te quites la ropa. Y que me la quites a mí también.

—Sí, señor —susurró ella, representando su papel de esclava de amor, como él había hecho por ella hacía dos noches.

Nicole le apartó las manos, que él dejó caer a los costados. Mitch decidió que le iba a gustar ver cómo Nicole se desnudaba para él e iba apartando las inhibiciones que tenía en el proceso. Lenta, provocativamente, ella se quitó la camiseta y la arrojó al lugar al que Mitch había tirado anteriormente la suya. Entonces, con una sugerente sonrisa en los labios, se desabrochó el sujetador dejando sus rotundos y redondos pechos a la vista para que él pudiera contemplarlos. Se deslizó los dedos por las puntas erguidas de sus senos y emitió un gemido que reverberó también por todo el cuerpo de Mitch.

Quería tocarla, saborearla y formar parte de su placer. Con una fuerza hercúlea, evitó hacerlo, sabiendo que se arriesgaba a perder el control y romper en pedazos aquella seducción tan erótica. Por lo tanto, permaneció completamente inmóvil, admirando sus movimientos. Vio cómo se ponía de pie, se deslizaba los pantalones cortos y las braguitas por las caderas y los dejaba caer por sus interminables piernas. Sin embargo, no le dio demasiado tiempo para admirar su hermoso cuerpo desnudo. Rápidamente, se puso a trabajar en los pantalones cortos de él, quitándoselos junto con los calzoncillos de un brusco movimiento.

—Tengo un preservativo en el bolsillo —le dijo antes de que ella pudiera tirar los pantalones con las camisetas.

Había hecho lo que ella le había pedido de tener uno siempre a mano. Sin embargo, aquello solo era para empezar, dado que tenía una caja entera en la mochila.

La sensual sonrisa de Nicole le dijo que, efectivamente, le estaba muy agradecida por haber hecho lo que ella le había pedido. Encontró el pequeño paquetito y lo dejó en el suelo, muy cerca de ellos. Entonces, se inclinó de nuevo sobre Mitch. Él gruñó cuando los cálidos labios de ella le tocaron el tenso vientre y la lengua le empezó a trazar dibujos caprichosos alrededor del ombligo. Los dientes mordían suavemente la tierna carne a medida que iba bajando inexorablemente hacia su sexo erecto. Una vez llegó a aquel lugar, se lo agarró con los dedos y se lo frotó contra la mejilla, para luego saborearlo en toda su longitud

con un lento movimiento de la lengua. Como ya era típico en Nicole, lo excitaba y lo atormentaba, llevándolo casi al borde de la locura en un abrir y cerrar de ojos.

Incapaz de ser pasivo ni un minuto más, Mitch deslizó los dedos entre el hermoso cabello de ella. Entonces, la agarró por su abundante melena y tiró de ella suavemente, forzándola a detener sus caricias para mirarlo.

—Nicole...

Ella lo miró con intensidad y deseo mientras se lamía el sabor de Mitch del labio inferior.

—Yo no sé leer el pensamiento, Mitch —dijo, utilizando las mismas palabras que él le había dicho—. Vas a tener que decirme exactamente lo que quieres.

Él apretó los dientes al sentir cómo le acariciaba la punta del sexo con un dedo, un gesto que le produjo una profunda reacción por todo el cuerpo. Nicole era una bruja, una hechicera y a Mitch le resultaba imposible resistirse a sus encantos.

—Quiero que te lo metas en la boca —susurró, ansiando experimentar las sensaciones tan poderosas del placer con Nicole.

Sin dudarlo, ella hizo lo que le había pedido, estimulándolo con profundos y rítmicos movimientos. Su húmeda y cálida lengua se enroscaba sobre la sensible e hinchada punta, enviándole corrientes de placer por todo el cuerpo. Sin embargo, fueron sus sensuales y profundos gemidos de placer lo que casi le hicieron perder el control.

Contuvo el aliento al sentir que se aproximaba su clímax. No estaba dispuesto a que la velada acabara tan rápidamente de ese modo, sin darle a ella nada a cambio.

—Para, Nicole —susurró, en un hilo de voz.

La urgencia de su tono captó la atención de Nicole. Levantó la vista y lo miró expectante, como si estuviera esperando a oír su próxima petición.

—Ven aquí —murmuró. Al ver que ella fruncía el ceño y no se movía, añadió unas palabras más—. Yo también quiero

saborearte a ti. Toda entera.

—Toda entera, ¿eh? —repitió ella, con una sonrisa en los labios—. Entonces, creo que esa petición nos va a llevar toda la noche.

—Eso es lo que esperaba —comentó él.

Nicole abrió el paquete del preservativo y se lo puso.

A continuación, trazó un camino de besos por su abdomen y su torso y se sentó sobre él. A medida que iba subiendo más, el femenino calor rozaba a Mitch en el vientre. Nicole le lamía los pezones, le mordisqueaba el cuello y le susurraba palabras llenas de picardía al oído. Finalmente, se inclinó para cubrirle la boca con la suya, implicándolo en un beso largo, profundo, en el que el baile que entablaron sus lenguas pareció durar eternamente.

Entonces, fue el turno de Mitch de explorar y saborear. Lo hizo en la dirección opuesta, dándole suaves besos en la garganta y luego en los pechos. Aspiró uno de sus pezones erectos y se lo metió en la boca para después hacer lo mismo con el otro, lamiendo y chupándola lascivamente hasta que ella gritó de placer y se arqueó contra él. Como sabía lo que quería, y, además, él necesitaba exactamente lo mismo, la agarró por la esbelta cintura y la hizo subir un poco más. Con los labios, le acarició el vientre, las caderas y le obligó a abrir más las piernas para acomodarse a la anchura de sus hombros. Cuando le rozó el interior del muslo, ella lanzó un gemido de placer. Su cuerpo entero se tensó cuando se dio cuenta de lo que pensaba hacer. Evidentemente, no estaba esperando una postura tan erótica, tan seductora, pero no se negó a lo que él le iba a hacer.

Tras pasar la sorpresa inicial, cerró los ojos y dejó que Mitch hiciera lo que quisiera con ella. La boca de él era avariciosa y tierna a la vez, la lengua cálida e incansable, y la devoraba y acariciaba con insaciable apetito. La respiración de Nicole se hizo más profunda. Ella dejó caer la cabeza y emitió una serie de gemidos lujuriosos al tiempo que la fuerza del clímax la inundaba de placer.

Antes de que remitieran las exquisitas contracciones de su

cuerpo, la agarró por las caderas y la hizo bajar, para penetrarla con un firme movimiento. Su entrada fue dura, rápida y tan profunda, que ella contuvo el aliento al sentir la presión de su invasión.

Mitch se detuvo inmediatamente y se maldijo por haberla poseído con tan poca dulzura y haber dejado que su propio deseo hiciera desaparecer el sentido común. Nicole estaba muy tensa y seguramente muy sensible después de su reciente orgasmo y él se había hundido en ella sin pensar en su placer.

—Nicole... —susurró—, ¿te encuentras bien?

En el exterior de la tienda relució un relámpago, que los iluminó durante un segundo. Mitch pudo ver que una sonrisa le curvaba la boca.

—Estoy mejor que bien. Solo... un poco abrumada.

Mitch conocía aquel sentimiento perfectamente. Su mirada se centró en la de ella y vio algo en sus ojos que no pudo descifrar. De repente, ya nada importó porque ella empezó a moverse, haciendo que él se hundiera más sobre ella. Entonces, le colocó las manos en el vientre y empezó a balancear las caderas con lentas y sensuales ondulaciones, arqueándose encima de él y dejando que su lado más impetuoso y salvaje se apoderara de ella.

Mitch tomó sus pechos entre sus dedos y estimuló los pezones con los pulgares, abrumado por su belleza, pasión e irresistible encanto. Se sintió aún más abrumado al darse cuenta de que estaba enamorándose perdidamente de aquella mujer, de su fiera independencia, que le impulsaba a creer que no necesitaba un hombre en su vida para nada que no fuera una aventura temporal.

La tormenta exterior e interior fue aumentando. Mitch extendió los dedos y hundió los pulgares entre sus cálidos y húmedos rizos, acariciando la carne henchida de placer con lentos y seductores movimientos, que igualaban el modo en que ella movía las caderas. Nicole cerró los ojos y dejó escapar un profundo gemido que se fue convirtiendo poco a poco en un grito

de placer. Los músculos del interior de su cuerpo lo agarraron con fuertes contracciones mientras tenía su orgasmo, caliente y apasionado como la tormenta que bramaba en el exterior.

El clímax de Nicole fue tan potente, que provocó el de Mitch, una explosión de calor y de sensaciones que arrancaron un profundo y gutural gemido de su pecho. Después de que el placer se hubiera adueñado de ellos, Nicole se dejó caer encima de él y dejó que Mitch la rodeara con sus brazos y la estrechara con fuerza.

Tenía su cuerpo, pero quería su alma y su corazón. Y solo le quedaban unos días para encontrar el modo de quedarse con las tres cosas.

Un masculino suspiro llenó el interior de la tienda, un sonido de complacencia que se hizo eco en el interior de Nicole. En el exterior, lo peor de la tormenta ya había pasado y una ligera llovizna golpeaba la tela impermeable, reflejando así la tranquila serenidad que se había producido tras la tormenta tropical.

Nicole, tras mirar el espacio que la separaba de Mitch, admiró el modo en el que la luz de la linterna dibujaba intrigantes sombras sobre su hermoso rostro y le daba un aspecto de bronce a su viril torso. Los dos estaban tumbados de costado, mirándose, todavía desnudos pero plenos después de haber hecho el amor. Se sentían completamente cómodos en su desnudez. La mitad inferior de sus cuerpos estaba cubierta con uno de los sacos de dormir, que habían abierto para compartir, y estaban comiendo una bolsa de frutos secos y chocolate. A él le gustaban las nueces y los albaricoques secos, y a Nicole, los M&M, un perfecto intercambio que reflejaba la armonía que se había instaurado entre ellos después de un día lleno de tensión.

Sí. Se podría decir que la complacencia era una palabra muy apropiada para describir lo que sentía Nicole. Se sentía maravillosa. Hacía menos de una hora, se había permitido entregarse a Mitch con abandono y él la había llevado a las

alturas de una pasión que no creía que existiera.

Una vez más, ningún hombre se había centrado tanto en su placer, en sus necesidades. Era una extraña sensación ser el objeto de tantas atenciones.

Sin embargo, más que el estupendo sexo y los orgasmos múltiples, había algo que era responsable de la tranquila calidez que se le extendía por las venas. Por mucho que la sorprendiera, se dio cuenta de que era el propio Mitch el que había contribuido a su bienestar. Su actitud relajada le daba cierto sentido de estabilidad. Además, tenía que admitir que tenía bastante habilidad para capear sus cambios de humor e incluso para encontrar diversión en su temperamento. Además, estaba la petición que él le había hecho de que se encontraran a medio camino, lo que había terminado con su resolución de mantener las distancias.

Aunque sabía que aquella fantasía salvaje con Mitch era tan temporal como sus vacaciones, había llegado a la conclusión, cuando estaba entre sus brazos, poco menos de una hora antes, que era mucho más placentero hacer el amor que la guerra con Mitch. Tenía que relajarse un poco y dejar de pelear con él y consigo misma, especialmente dado que los dos iban a pasar los próximos dos días y noches en un espacio tan reducido.

Además, si era sincera consigo misma, debía admitir que le gustaba estar con Mitch y que disfrutaba de su compañía. Decidió que se limitaría a gozar el placer que sentía con él y que no cuestionaría el resto de las emociones, dudas e inseguridades que se apoderaban de ella.

Encontró unos trozos de albaricoque secos en la bolsa y se los dio para que se los comiera. Con una pícaro sonrisa en los labios, él la agarró por la muñeca y le mordisqueó las yemas de los dedos antes de lamérselos y dejárselos limpios.

—Mmm, podría hacerme adicto a esto...

—¿A qué? ¿A que te alimenten con albaricoques secos?

—Por supuesto. Y a hacerte el amor —murmuró. Entonces, le dio un beso en la palma de la mano y la soltó—. Y a no hacer

nada, a no tener una preocupación en el mundo... Y a divertirme sin sentirme culpable por ello.

—¿Y por qué deberías sentirte culpable?

—En realidad, es una culpa que me infrinjo a mí mismo. Y nadie tiene la culpa más que yo mismo.

—Cuéntamelo.

—Bueno, ya sabes que me hice cargo del negocio de mi padre cuando él murió, aunque nunca tuve intención alguna de ser un vendedor de coches. Sentí la obligación de asegurarme de que mi familia estaba bien atendida y no me lo pensé dos veces a la hora de hacerme cargo de todo —dijo, sin una pizca de resentimiento en la voz—. Sin embargo, todo lo que ocurrió a la muerte de mi padre resultó un poco abrumador. Yo tenía tantas responsabilidades sobre mí... El negocio, mi familia... Siempre me sentí como si ocuparme de mí mismo fuera como quitar dinero de las facturas que tenían que pagarse, de los gastos familiares, de las tasas universitarias... Siempre había algo y el puñado de veces en las que recuerdo haberme tomado un día libre, solía preocuparme por cuándo dinero podría estar dejando de ganar al perder la oportunidad de realizar una posible venta.

—Y ahí es donde entra la culpa que te infliges a ti mismo.

—Sí —admitió él mientras seguía masticando algunas nueces—. Estaba realmente preocupado por dejar el negocio durante una semana y permitir que mi hermano se ocupara de todo mientras yo me tomaba unas vacaciones. Sin embargo, Drew se hizo cargo de todo tan fácilmente que me hizo ver por fin que es más que capaz de dirigir el negocio sin que yo ande detrás de él. También me hizo darme cuenta de que tengo más libertad ahora de la que me había permitido desde la universidad.

—Parece que te pasaste tanto tiempo cuidando de los demás que no tuviste demasiado tiempo de cuidarte a ti mismo.

—Se podría decir que ese es el caso. ¿Quieres saber cuál es mi fantasía, la que anoté en mi solicitud?

Nicole dudó un momento. Nunca había esperado que aquella conversación casual se desviara en algo tan privado y

personal. Tampoco quería que él pensara que ella le iba a contar su fantasía a cambio, ya que no estaba dispuesta a revelarle una de sus mayores inseguridades.

—Solo si quieres compartirla.

—En realidad, es algo bastante simple y aburrido. Yo quería relajarme, divertirme y disfrutar de estas vacaciones sin preocupaciones.

—¿Y se ha cumplido lo que esperabas? —preguntó ella, aliviada de que él no le hubiera pedido que le contara la suya.

—Mucho más de lo que hubiera esperado nunca —respondió él, mirándola con pasión y deseo.

«Y tú eres, en parte, la razón de que así haya sido», añadió, en silencio.

—¿Lamentas las decisiones que tomaste o haber tenido que hacer algo que, en realidad, no habías elegido por ti mismo?

—No —replicó, sin dudarlo. Entonces, se tumbó de espaldas y se colocó las manos debajo de la cabeza para mirar las sombras que flotaban sobre el techo de la tienda—. En aquel momento, hice lo que tenía que hacer. Ahora, disfruto con lo que hago, se me da bien y no puedo imaginarme haciendo otra cosa. En cuanto a esas elecciones —añadió, mirando de nuevo a Nicole—, tal vez no lamente la dirección que tomó mi existencia, pero estoy empezando a darme cuenta de que quiero algo más que trabajo en mi vida.

—¿Como qué?

—Estoy empezando a pensar que mi madre podría tener razón cuando, de un modo no muy sutil, me dice que quiere que me case y siente la cabeza —dijo, con voz pensativa—. Cuando saco el trabajo de la ecuación, no me queda nada más que una casa muy bonita a la que ir... una casa grande, silenciosa y vacía. Últimamente me he estado preguntando cómo sería tener a alguien que me saludara después de un largo día en el trabajo y que me hiciera un poco de compañía por las tardes.

El pecho de Nicole se tensó tanto que casi le costaba respirar, una combinación de su propio miedo a sentar la cabeza y

que Mitch lo hiciera con alguien que no fuera ella. Frenéticamente, buscó algo divertido que decir para deshacerse de su extraña reacción ante aquellas palabras.

—¿Has pensado alguna vez en comprarte un perro?

Mitch se echó a reír suavemente.

—Bueno, yo estaba pensando más bien en encontrar una esposa, tener una familia propia y, sí, tal vez también un perro.

Más dolor, aunque aquel se centraba alrededor del corazón, en el lugar en el que el anhelo de toda una vida se había convertido en algo conectado directamente con Mitch. Se sacudió las emociones que estaban empezando a embargarla y las aplacó lo mejor que pudo. Él no estaba pidiéndole que fuera la persona que lo esperara en su casa, por amor de Dios... Además, no era que ella quisiera ser esa mujer...

No solo no tenía deseo alguno de verse atada por otra cosa que no fuera su empresa, sino que sabía, por sus propias experiencias del pasado con los hombres, y uno en particular, que nunca podría ser la clase de mujer que Mitch necesitaba en su vida. Ciertamente, él necesitaba una mujer más tranquila que ella misma, alguien que no fuera tan descarada ni tan testaruda y que cumpliera las expectativas que un hombre podría tener sobre una mujer. Alguien que no se pasara los días y las noches en aventuras que restarían tiempo a una relación, tal y como le había dicho Jonathan, con palabras que le habían dejado unas profundas cicatrices.

Mitch y ella estaban bien juntos para una aventura. Nada más. Eso era todo lo que podrían tener juntos o lo que querían el uno del otro. Nicole se dijo que haría bien en no olvidarlo nunca.

9

Mitch respiró profundamente mientras seguía a Nicole en el paseo de media tarde que ella había insistido en dar para hacer un poco de ejercicio y disfrutar de lo que la naturaleza tenía que ofrecer.

Después de la tormenta de la noche anterior, había amanecido un día brillante y hermoso, sin rastro de lluvia. Para su sorpresa, había dormido casi hasta las nueve y se había despertado descansado. Encontró a Nicole en el exterior de la tienda, ya vestida, calentando agua en el camping gas portátil. Ella lo saludó con una dulce sonrisa a la que podría acostumbrarse fácilmente a ver cada mañana, especialmente después de una noche de satisfactorio sexo y de conversación agradable.

Como si supiera exactamente lo que él necesitaba para comenzar su mañana, le había entregado una taza de café caliente y fragante y luego había preparado el desayuno para los dos. Mientras comían sus cereales, habían dado de comer a un par de ardillas. Después de recoger el campamento, habían salido de excursión.

Hasta aquel momento, Jonathan había disfrutado del paseo y de la amigable conversación, de la risa despreocupada de Nicole, de sus bromas e incluso del modo en que se tomaba tiempo para admirar las plantas y sus flores o para mostrarle alguna criatura exótica. Le encantaba la vida al aire libre y, a través de sus ojos, Mitch descubrió un mundo completamente diferente del que había sido su hogar durante toda su vida. Le gustaba lo que estaba descubriendo dentro de sí o a su alrededor y sabía que Nicole era la razón de aquel descubrimiento.

Se sentaron cerca de un arroyo para tomarse un descanso y comerse una de las barritas energéticas que ella se había metido en el bolsillo. Se pasaron casi una hora allí, hablando sobre cosas sin importancia, de sus preferencias y de asuntos más íntimos con

los que podrían enfrentarse a la prueba final. Descubrieron que tenían en común mucho más de lo que habrían pensado.

En una pausa de la conversación, Nicole se acercó al arroyo y se mojó las manos en el agua cristalina que bajaba por la corriente.

—¡Vaya! Está empezando a hacer mucho calor —dijo, mientras se mojaba el cabello, la garganta y el cuello con las manos mojadas. Mitch se acercó a ella.

—Tal vez tendrías que refrescarte un poco más —replicó él. Entonces, metió la mano en el agua y la salpicó.

Nicole lanzó un grito por la sorpresa mientras la camiseta iba absorbiendo el agua y se le pegaba a los pechos y a las curvas como si se tratara de una segunda piel. Tras echarle una mirada de reprobación, se apartó la tela de la carne. Sin embargo, no parecía demasiado enojada por su comportamiento. De hecho, de repente se le dibujó una expresión muy pícara en el rostro.

—Pero, bueno, Mitchell, eso no ha estado muy bien...

—Pero seguro que te ha refrescado mucho —replicó él, seguro de que Nicole estaba planeando algo.

—Admito que ha sido así —susurró ella con una tentadora sonrisa—, pero se me ocurren otras cosas que me harían sentir mucho mejor.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Como que tú y yo jugáramos en la laguna que vimos ayer y que está en nuestra zona, la que tiene la catarata...

Aquellas palabras provocaron una serie de fantasías eróticas en la imaginación de Mitch. Entonces, miró a su alrededor y trató de determinar exactamente dónde estaban con relación a la laguna, pero no lo consiguió.

—No me acuerdo de dónde está.

—Yo sí.

—Entonces, guíame y yo te seguiré.

Mitch hizo por levantarse, pero Nicole lo agarró por el brazo y se lo impidió. Entonces, se acercó a él un poco más.

—¿Qué te parece si hacemos que esto sea un poco más

divertido e interesante?

—¿En qué sentido? —replicó Mitch, reconociendo el desafío que había en sus ojos.

—Si puedes encontrarme y atraparme, soy tuya para que hagas conmigo lo que quieras —sugirió ella.

—¿Vamos a jugar al escondite? Ya te he dicho que no sé dónde está la laguna. ¿Estás tratando de que me pierda?

—No. Yo nunca dejaría que eso ocurriera y arriesgarme a que nos descalifiquen. Baja por ese sendero y te dejaré un rastro para que lo sigas —le prometió, mientras le guiñaba un ojo—. Ahora, para asegurarme de que no me sigues inmediatamente y que no te acaloras mucho mientras tratas de encontrarme, vamos a refrescarte un poco.

Antes de que Mitch se diera cuenta de lo que iba a hacer, Nicole le dio un ligero empujón, lo suficiente para enviarlo al arroyo. El trasero le cayó en el agua con un sonoro chapoteo, mientras los pies quedaban en tierra firme. Aquella audacia lo pilló tan desprevenido, que no supo cómo reaccionar. Nicole aprovechó aquella indecisión para agarrarle los cordones de las botas y desabrochárselos.

Entonces, con una sonrisa, se levantó y se dirigió hacia el sendero que le había indicado.

—Hasta ahora...

—¡Prepárate para compensarme por lo que acabas de hacer! —exclamó Mitch, más divertido que enojado.

—Tendrás que atraparme primero —replicó ella, entre risas.

Entonces, echó a correr por el sendero y desapareció. Mitch se levantó del arroyo, completamente empapado, pero lleno de una gran excitación. El deseo se apoderó de él como una fiebre y le provocó un estado de anticipación sexual al pensar en lo que haría con Nicole cuando la atrapara.

Rápidamente, se ató los cordones y se dirigió por el mismo camino que ella había tomado. Cuando llegó a un punto en el que el camino se dividía en dos, encontró una pista que indicaba el que ella había tomado: la camiseta húmeda estaba colgada de la

rama de un árbol que había a la izquierda.

Con una sonrisa en los labios, descolgó la prenda y siguió andando. Fue encontrando más pistas que le indicaban el camino: el sujetador de encaje, los pantalones cortos, un zapato, luego el otro... Entonces, oyó el murmullo de la catarata, que era casi tan fuerte como el pulso que le latía en las venas al imaginársela caminando por los bosques desnuda como una ninfa.

Encontró los calcetines en lo alto de un arbusto y los añadió a la colección de ropa que ya llevaba. A continuación, vio un par de braguitas de seda, que le marcaban la orilla de la laguna, que era una asombrosa hondonada en el terreno, rodeada de rocas, abundante vegetación, flores tropicales y una cascada de aguas cristalinas que daba al lugar un aire mágico.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la mujer que nadaba en el centro de la laguna, completamente desnuda. Aquella visión lo llenó de un deseo tan fiero que casi lo hizo caer de rodillas. Era hermosa, grácil... Sus altos y erguidos pechos, coronados con oscuros y erectos pezones, su liso vientre, los rizos color miel que tenía entre las piernas y sus largas extremidades...

Un temblor de necesidad se apoderó de él. La deseaba tanto, que temía que el deseo no acabara nunca. Temía que todo lo que había entre ellos terminara antes de que él tuviera la oportunidad de construir algo sólido y duradero.

Nicole sonrió al verlo mientras nadaba de espaldas.

—Me estaba empezando a preguntar si te habrías perdido.

—Eso hubiera sido algo difícil, cuando me has dejado un rastro tan difícil de obviar —replicó él. Dejó caer las ropas de Nicole al suelo y empezó a quitarse los zapatos—. Te puedo asegurar que has hecho que mi imaginación se desbordara...

—De eso se trataba precisamente. Ahora, me has encontrado, pero todavía tienes que atraparme.

Con aquellas palabras, se dio la vuelta sobre el vientre y se zambulló en las profundidades del agua, dejándole la seductora imagen de su trasero en el aire y luego de unas larguísimas

piernas que fueron desapareciendo gradualmente bajo la superficie.

Aquella mujer lo volvía loco. Hacía que la sangre le hirviera de tal modo que le pareció que no podía quitarse la ropa lo suficientemente rápido la ropa como para ir tras ella. Cuando estuvo desnudo, se zambulló también en el agua, que encontró muy refrescante.

Estuvo persiguiendo a Nicole durante quince minutos, al principio juguetonamente y sin amenazas para luego dejar que su acoso fuera cada vez más serio. Como correspondía a una mujer que había recibido entrenamiento olímpico, era una nadadora fuerte y rápida, que lo esquivaba con facilidad.

Finalmente, la acorraló entre unas piedras, cerca de la catarata. Con su fuerza y agilidad, podría haberse zafado de él, pero tenía un cierto brillo en los ojos que le decía a Mitch que quería que la atrapara.

Cuando avanzaba hacia ella, Nicole se dio rápidamente la vuelta y utilizó las rocas para escalar la breve distancia que le llevaba a la catarata. Una vez allí, se colocó debajo del chorro de agua y echó la cabeza hacia atrás para que esta le cayera por el cabello, antes de hacer lo mismo por su voluptuoso cuerpo....

Mitch tragó saliva. El deseo y la pasión se apoderaron de él al ver cómo se acariciaba la húmeda piel con las manos. Rápidamente, sintió el deseo de poseerla, de marcarla como suya...

Para cuando hubo escalado las rocas, ella ya había desaparecido tras la catarata. Mitch atravesó la cortina de agua y la encontró de pie, a unos pocos metros, esperándolo. Lo miró de arriba abajo, deteniéndose especialmente en su firme erección. Los ojos le brillaban de la excitación y la respiración era pesada y excitada, y eso que ni siquiera la había tocado aún.

Respiró profundamente. La deseaba, de un modo primitivo, carnal...

—En menos de treinta segundos, voy a atraparte y serás mía —murmuró—, y haré contigo lo que yo quiera.

Nicole no hizo intento alguno de escapar cuando vio que Mitch avanzaba hacia él. Tampoco se resistió cuando le dio la vuelta y le rodeó la cintura con el brazo para poder apretar su potente erección contra el trasero de ella.

Entonces, Nicole levantó la mano y le tocó la ligera barba que le cubría la mejilla. Mitch le mordió suavemente el cuello y se lo lamió rápidamente para aliviar el dolor. Un suspiro se escapó de la garganta de Nicole y luego se transformó en un gemido de placer cuando él le agarró uno de los senos y estimuló el pezón. La otra mano fue bajando hasta terminar entre las piernas de la joven, hundiéndose en los húmedos pliegues de feminidad. Cuando la encontró húmeda y lista para recibirlo, sintió un estúpido orgullo masculino.

Mientras la acariciaba tan íntimamente, la fresca neblina de la cascada les cubría la piel. De repente, Nicole gimió, echó la cabeza atrás y las piernas le temblaron. Mitch aprovechó la ocasión y la hizo colocarse sobre el suelo apoyada en las rodillas y en las manos.

A continuación, con la sangre palpitándole en las venas, él hizo lo mismo. Alineó muslos y caderas con los de ella y apretó el tórax contra la espalda...

—Te deseo, Nicole —susurró, mientras le separaba las piernas para poder colocarse entre ellas. Su palpitante masculinidad descansaba en el mismo centro de ella. Entonces, apartó los tiernos labios con los dedos para consumir su posesión—. Así...

Sintió que Nicole temblaba debajo de él. No había posibilidad de no entender a lo que él se refería, lo que tenía la intención de hacer. Y no lo rechazó.

—Sí...

El cuerpo Mitch tembló al saber lo que él le estaba concediendo... no solo permiso para poseerla de aquella manera tan provocativa y elemental, sino también confianza, en cuerpo y alma. Estaban corriendo un riesgo al hacerlo sin protección y conocía lo suficiente a Nicole como para saber que no permitiría

aquello si él no significara tanto para ella como ella para él.

Las emociones que se apoderaron de él eran demasiado poderosas. Con un gruñido, flexionó ligeramente las caderas contra las de Nicole y se hundió en ella con un único movimiento que provocó que su compañera lanzara un ronroneo de placer. Mitch se retiró para volver a hundirse en ella más profundamente. Poco a poco, el ritmo fue aumentando y él emitió un profundo rugido animal que casi no reconoció, primitivo y profundamente masculino.

Los dientes de Mitch se frotaban contra la piel, el cuello, la mejilla de Nicole, mientras que los dedos apretaban aquella zona tan sensible por la que estaban unidos, haciendo que ella se retorciera y gimiera, suplicándole, hasta que él le dio lo que buscaba.

Sintió que un potente orgasmo se formaba dentro de ella con cada movimiento de los dedos. Sintió que se tensaba con cada movimiento de sus caderas, hasta que gritó su nombre y alcanzó el orgasmo en un éxtasis sin restricciones.

Su húmedo calor, la excitante esencia del placer y la tensión de su cuerpo fueron todo lo que Mitch necesitó para seguir su camino. Con un largo y profundo gruñido, se dejó llevar y experimentó el clímax inmediatamente para enseguida pronunciar su nombre entre gritos de pasión.

Mientras regresaban al campamento, Nicole recogió una flor salvaje y miró a Mitch de reojo.

—Nunca hubiera creído que alguien tan respetable como tú disfrutaría haciendo el amor en medio de la naturaleza.

—Si se saca al chico de la ciudad, es sorprendente lo bien que se puede adaptar a las circunstancias —replicó él, con una sonrisa. Entonces, extendió la mano, la agarró por la cinturilla del pantalón y la estrechó contra su cuerpo—. Tú pareciste disfrutar de la novedad de nuestro encuentro tanto como yo, a menos que estés acostumbrada a hacerlo al aire libre.

—Supongo que somos la primera vez del otro en lo que se refiere a las experiencias al aire libre —admitió ella, soltándose de su abrazo y prosiguiendo el camino antes de que él pudiera preguntarle más, antes de que pudiera ver los más profundos recovecos de su corazón y descubriera los sentimientos que albergaba hacia él.

Siempre había creído que Mitch era completamente opuesto a ella, y, en muchos sentidos, así era. Sin embargo, en los últimos cinco días, su compañero parecía haber terminado con aquella disparidad y le había mostrado lo mucho que tenían en común y cómo sus diferencias se complementaban. Más allá del sexo y de la atracción física, había una ternura y un respeto mutuo que Nicole nunca había experimentado con otro hombre. Aquellas eran las emociones que le hacían cuestionar la soledad en la que vivía al final de cada día. Como en otras ocasiones en las que se había visto afectada por un brote de melancolía, se recordó que la soledad y el estar soltera eran un intercambio justo por la libertad y la independencia que eran tan importantes para ella.

Tratando de no prestar atención al dolor que le iba naciendo en el pecho, encontró una distracción y se aferró a ella.

—Mira ahí, Mitch —dijo, señalando a un árbol cercano—. En aquella segunda rama, entre las hojas.

—Es una lagartija.

—No —replicó ella, riendo—. Se trata de un camaleón. Ahora tiene un color azul verdoso, pero puede cambiar de color en menos de un minuto si siente peligro...

De repente, interrumpió su explicación al notar que el tacón de la botase le enganchaba en una rama que sobresalía del suelo, lo que hizo que perdiera el equilibrio. Trató de recuperar el equilibrio agitando los brazos, pero no lo consiguió.

Mitch abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que estaba pasando. Automáticamente dio un salto hacia delante para tratar de agarrarla, pero no consiguió hacerlo. Instintivamente, Nicole extendió un brazo para tratar de evitar la caída. Eso ocasionó que su mano izquierda tocara el suelo antes que el resto de su cuerpo

y que, así, absorbiera el peso de la caída.

Lanzó un grito desgarrador al sentir que un fuerte dolor le iba desde la muñeca hasta el hombro. Se derrumbó sobre el suelo, atenazada por una dolorosa agonía e incapaz de hacer otra cosa que no fuera tumbarse de lado y llevarse la mano al pecho mientras contenía las lágrimas.

En menos de un segundo, Mitch estaba ya de rodillas a su lado. No la tocó, pero su mera presencia irradiaba urgencia y preocupación.

—¿Qué te pasa, Nicole? Dime dónde te duele.

La joven estaba paralizada y muda por el dolor. Lo único que pudo pronunciar fue un profundo gemido de agonía. Rápidamente, Mitch empezó a tocarle las extremidades para ver si tenía algún hueso roto, pero no pudo encontrar lo que le ocasionaba tanto sufrimiento a Nicole.

—La... muñeca —susurró ella, mientras se sentaba sobre el suelo.

—¿Es la misma que te rompiste en el accidente de coche?

Nicole asintió con la cabeza al mismo tiempo que una lágrima se le escapaba. Rápidamente, se la secó con el hombro, odiando lo vulnerable que aquel gesto la había hecho sentir.

—Sí... es la misma muñeca.

Mitch lanzó una maldición. Entonces, se mesó el cabello con la mano. Resultaba evidente que estaba muy contrariado.

—¿Puedes ponerte de pie para regresar al campamento?

—Sí.

Quince minutos más tarde, llegaron al lugar en el que tenían colocada la tienda de campaña. Después de dejarla sentada al lado del arroyo, Mitch se metió en la tienda y volvió a salir en menos de treinta segundos con la radio que les habían dado para las emergencias.

Rápidamente, Nicole se puso de pie a pesar de que un fuerte dolor le recorrió el brazo por el esfuerzo. Entonces, se quedó quieta, temerosa de que otro paso le causara más dolor. Sin embargo, aquello no impidió que se enfrentara a Mitch.

—¿Qué vas a hacer con la radio?

—Voy a llamar para pedir ayuda.

El pánico se apoderó de ella. Contactar con el complejo suponía la eliminación de la competición, algo que Nicole no deseaba que les ocurriera a ellos, sobre todo cuando tenían la posibilidad de ganar.

—No.

—Estás muy pálida y, evidentemente, te duele mucho el brazo —replicó, a punto de apretar el botón.

—¡No te atrevas a encender esa radio! —exclamó, a pesar de sentirse algo mareada y con náuseas.

Mitch se quedó mirándola fijamente. Estuvieron así durante unos segundos. Sus voluntades volvían a enfrentarse, aunque aquella vez Nicole se temía que haría lo que creía más adecuado. Tendría que regresar a casa y enfrentarse a otra desilusión.

—¡Maldita sea, Mitchell! Soy yo quien tiene que tomar la decisión, no tú. ¡Y no estoy dispuesta a tirar la toalla!

—Te podrías haber roto la muñeca... Otra vez...

—Estoy bien —mintió, esperando y rezando para que fuera cierto.

—De eso no puedes estar segura. Además, no creo que sea el momento para ser tan testaruda.

—Es una posibilidad que estoy dispuesta a afrontar. Y sea lo que sea, puedo aguantar hasta mañana por la mañana.

Mitch frunció el ceño. Nicole se dio cuenta de que jamás lo había visto tan enojado, ni tan protector. Fue esto último lo que provocó cierta ternura en su interior y le arrebató el mal genio que todavía albergaba.

—No voy a rendirme ahora, Mitch, no cuando estamos tan cerca de ganar esta competición —dijo, con un tono más racional que en minutos anteriores—. Si enciendes esa radio, haré que el resto de tu vida sea un infierno —añadió, en tono de broma.

—¡Vaya! Eso sí que me da miedo —respondió él, con una triste sonrisa.

—Debería hacerlo. Por favor, Mitch... Déjame que intente

superar esta noche.

—Te juro que eres la mujer más testaruda que conozco. Quiero que sepas que no estoy de acuerdo en absoluto con lo que estás haciendo...

—No tienes por qué estar de acuerdo, ni siquiera comprenderme, pero apreciaría profundamente si pudieras ayudarme a entablillarme la muñeca con algo.

—Sé que no voy a ganar esta discusión, por mucho que me esfuerce. De acuerdo. Siéntate al lado del arroyo y veré lo que puedo encontrar para entablillarte la mano. Creo que te vendría bastante bien meter la mano en el agua para evitar que se te inflame.

—Gracias —susurró ella, tocándole suavemente el brazo para mostrarle su agradecimiento.

—De nada —replicó Mitch, lleno de resignación.

Entonces, se alejó, gruñendo entre dientes. Tiró la radio en el interior de la tienda y luego fue a buscar algo largo, plano y fuerte que sirviera para inmovilizarle la muñeca.

Diez minutos más tarde, regresó. Estaba ya de mejor humor, ya que había conseguido encontrar un trozo de corteza de árbol. Se arrodilló al lado de Nicole y le sacó la mano del agua para examinarle, con mucho cuidado, el brazo y la muñeca. Ella apretó los dientes cuando Mitch le tocó una zona especialmente dolorosa.

—No noto nada roto —dijo él mientras le tocaba los numerosos huesecillos que componían la mano y la muñeca,

—En realidad, noto la mano mucho mejor —afirmó ella, tratando de infundir un cierto tono de alegría a su voz.

Mitch la miró con escepticismo, gesto que evidenciaba claramente que no creía ni una palabra de lo que le estaba diciendo.

—Sé que tengo la zona muy hinchada y me duele bastante, pero puedo flexionar un poco los dedos —añadió. Se lo demostró, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para no demostrar su dolor—. Te apuesto algo a que se trata de un esguince.

Sea lo que sea, tenemos que inmovilizarlo hasta que podamos conseguir un médico que confirme que no se ha fracturado nada, especialmente dado que te rompiste esta mano en otra ocasión.

Tras dejar la mano un momento encima de la rodilla de Nicole, se quitó la camisa y empezó a rasgarla en largas tiras, que fue enrollando con fuerza alrededor del brazo de su compañera antes de colocarle el trozo de corteza. A continuación, volvió a vendárselo para sujetarle la tablilla y evitar que se moviera.

Nicole observó cómo la atendía y le sorprendió su eficiencia mientras que el corazón se le llenaba de gratitud por el cuidado que Mitch ponía para no hacerle daño. Tenía la cabeza inclinada y estaba muy concentrado en su trabajo. Nicole sintió un anhelo indescriptible, que le hizo desear cosas que no tenía ningún derecho a desear con un hombre que necesitaba muchas más cosas de las que ella podría nunca darle.

—Bueno, creo que con esto servirá por esta noche —dijo él cuando terminó su tarea.

—Eres muy mañoso y eso es algo que me gusta en un hombre —comentó ella, muy impresionada con su trabajo.

—Dime una cosa, Nicole. ¿Por qué es tan importante para ti ganar esta competición? Es decir, mira hasta dónde estás dispuesta a llegar —añadió, señalándole la muñeca.

—Ya te he dicho que estoy bien —insistió ella.

—Tal vez sea así, pero me gustaría que respondieras a mi pregunta.

—Confía en mí, es una historia muy larga y muy aburrida —dijo Nicole, con el propósito de disuadirlo.

—Claro que confío en ti, pero no olvides que nos quedan muchas horas por delante, lo que supone mucho tiempo para hablar de muchas cosas. Además, he llegado a la conclusión de que es imposible que me aburras —añadió. Entonces, se puso de pie y fue a sentarse al lado de la tienda—. Ven aquí y siéntate conmigo. Mientras yo preparo algo de comer, podrás contármelo todo.

—Te ayudaré a preparar la cena.

—Ni hablar. Tú te vas a sentar, a observar y a hablar —le ordenó Mitch, mientras sacaba uno de los sacos de dormir de la tienda y lo extendía en el suelo para que ella se sentara.

—Me queda una mano buena, ¿sabes?

—Guárdala para luego y dale un buen uso —replicó él. Entonces, le agarró la muñeca que tenía ilesa y le dio un fuerte beso en la palma de la mano. Entonces, se la colocó encima de su propio corazón, que latía con fuerza—. ¿Te das cuenta de que no importa depender de alguien cuando se necesita ayuda? Eso no hará que seas menos independiente.

—No estoy acostumbrada a que nadie cuide de mí.

—Claro que no. Estás demasiado ocupada siendo testaruda y mandona y tratando de tener el control de todo lo que te rodea —afirmó Mitch, antes de darle un beso en la frente—. Esta noche, yo estoy al mando. Si no te gusta, puedes regresar al hotel.

Aquello era algo que los dos sabían que Nicole no haría jamás. Además, había algo sobre Mitch que la hacía querer compartirlo todo con él. Tal vez fuera el hecho de que había sido tan abierto y sincero con ella sobre su propio pasado. Tal vez se debiera a que quería que él comprendiera de dónde nacían su empuje y sus ambiciones. Tal vez fuera solo el hecho de que Mitch hacía que se sintiera muy cómoda, lo suficiente como para que quisiera compartir con él sus inseguridades personales sin miedo a verse juzgada o ridiculizada.

Fuera cual fuera la razón, sabía que no podía negárselo.

—Supongo que no me dejas elección —dijo, apartándose de él para sentarse sobre el saco de dormir—. De acuerdo, me sentaré, te observaré mientras preparas la cena y... te lo contaré todo.

10

«¿Por qué es tan importante para ti ganar esta competición?» Aquella pregunta era muy sencilla, aunque su respuesta era muy complicada. Por lo tanto, Nicole empezó por el principio.

—Cuando nací, yo no era exactamente lo que mi padre estaba esperando —dijo, mientras observaba cómo Mitch encendía el infiernillo—. Mi padre quería un chico, y consiguió uno dos años más tarde, cuando nació Robert.

—Yo creía que todas las hijas eran las niñas de los ojos de sus padres.

—En mi casa no —replicó, mientras se colocaba el brazo herido en el regazo. En cierto modo, se alegraba de que la conversación le apartara la atención del dolor que sentía en la muñeca—. Incluso cuando solo tenía dos o tres años, recuerdo que mi padre le daba mucha más atención a mi hermano que a mí. Robert era el primero al que quería ver cuando regresaba del trabajo. A mí me saludaba con una ligera palmadita en la cabeza. A él se lo llevaba a jugar al golf los fines de semana y al parque para jugar al fútbol mientras yo me quedaba en casa con mi madre. Nunca me preguntó si quería ir con ellos y, cuando yo le suplicaba que me dejara acompañarlos, me decía que iban a hacer cosas de hombres y que las niñas no jugaban al fútbol para ensuciarse las manos y los vestidos.

—Entonces, me imagino que eso fue precisamente lo que tú hiciste —dijo, él mientras abría la bolsa de comida preparada con una navaja.

—Conseguí llamar la atención de mi padre, aunque solo fue para conseguir su desaprobación, pero fue más atención de la que me ha dedicado nunca. Cuando cumplí los ocho años, me rebelé. Decidí que odiaba los vestidos de encaje que mi madre me compraba y me solía meter en la habitación de mi hermano para ponerme sus camisas y sus vaqueros. Me negaba a ser una

niña dulce y tranquila.

—¡Dios santo! Parece que hubo un motín.

—Sí, supongo que fue la manera que tuve de protestar. A partir de entonces, todo lo que hacía mi hermano, lo hacía yo también, aunque mi objetivo principal era ser mejor que él en todos los sentidos.

—De ahí viene tu naturaleza competitiva, ¿no? —comentó él, mientras echaba la comida en una cacerola y la ponía sobre el infiernillo. Nicole se encogió de hombros, sin avergonzarse de admitir la verdad.

—Resultó que no solo me gustaban los deportes, sino que se me daban bien. Mucho mejor que a mi hermano. Jugaba al voleibol y al fútbol, pero lo que más me gustaba era nadar, y eso era algo que mi hermano odiaba. Durante los veranos, solía pasarme horas en la piscina y allí fue donde me vio un entrenador de natación y decidió que tenía potencial. Empezó a trabajar conmigo y, antes de que pasara mucho tiempo, me llevó con otro entrenador y empecé a entrenar para las Olimpiadas. Bueno, ya sabes cómo terminó esa historia. Creo que una parte de mí sabía que lo hacía más por mi padre que por mi misma. Él empezó a sentir interés por mí y por lo que estaba haciendo. Solía acudir a las competiciones, me animaba para que me esforzara más, para que ganara una medalla... Fue maravilloso tenerlo para mí sola para variar. Por supuesto, después del accidente, me sustituyeron en el equipo y él volvió a perder interés. Entonces, conocí a Jonathan. Tanto mi padre como mi madre se sintieron encantados de que hubiera encontrado tan buen partido. Él procedía de una familia muy importante, era un concejal con mucho futuro... Estuvimos juntos durante un año más o menos. Sorprendentemente, mi relación con Jonathan ha sido la más larga que he tenido nunca...

—¿Qué quieres decir con eso?

—La mayoría de las relaciones que he tenido con los hombres han sido muy cortas —confesó ella, sorprendida de la facilidad con la que podía hablar de una de sus mayores

inseguridades en voz alta—. Empezó en el instituto. Me pedían una cita, pero, en cuanto el chico se daba cuenta de lo mucho que me gustaban los deportes y de lo competitiva que yo era, se sentían intimidados y terminábamos rompiendo. Tuve muchos amigos. Parecía mucho más fácil y menos doloroso emocionalmente.

—Solo eran unos chiquillos, Nicole. Claro que se sentían amenazados por una chica a la que se le daban mejor los deportes que a ellos —comentó Mitch, mientras se acercaba a ella con un plato de guisado de carne, que le colocó con mucho cuidado en el regazo.

—La mayoría de los hombres son iguales —replicó, mientras Mitch se sentaba a su lado con su plato—, especialmente si no les gusta lo que hago para ganarme la vida o se sienten incómodos por no poder mantener mi ritmo en las actividades al aire libre.

—¿Se sentía Jonathan amenazado por tus cualidades?

—Se negaba a acompañarme en ningún viaje y me decía que dormir al raso no era su idea de diversión —contestó, mientras se tomaba una cucharada del guisado de carne, que, sorprendentemente, estaba bastante bueno—. Yo diría que se lamentaba del tiempo que le dedicaba a mi empresa más que nada. Como mi padre y los demás, Jonathan no aprobaba mi negocio con Guy y tenía ciertas expectativas sobre mí que sabía que yo nunca podría cumplir. Romper nuestra relación fue una decisión mutua, pero sé que mi padre me considera responsable de la ruptura.

—Evidentemente, tú no lo amabas.

—No. Teníamos ideas muy diferentes. Si nos hubiéramos casado, nos habríamos hecho muy infelices el uno al otro. Por suerte para mis padres, mi hermano sí les ha dado satisfacciones. Está a punto de convertirse en un especialista en ortopedia de mucho éxito, está casado con una mujer muy dulce y tradicional y van a tener un hijo —añadió, entre cucharada y cucharada de guisado—. Eso me quita a mí la presión, al menos por ahora.

—Mmm...

Para cuando terminaron de cenar y Mitch hubo recogido todo, ya había anochecido. Al desaparecer el sol, refrescó bastante y empezaron a oírse los sonidos de los animales nocturnos en la distancia. Entonces, Mitch sacó el otro saco de dormir de la tienda y lo abrió, para utilizarlo como manta.

—¿Para qué es eso?

—Hace una noche tan clara que se me había ocurrido que podíamos quedarnos aquí fuera un rato —contestó él, mientras se quitaba las botas y se tumbaba al lado de Nicole—. Las estrellas brillan esta noche.

—Sí, es cierto —afirmó ella, tras mirar hacia el cielo.

—Nunca he pasado una noche al raso, por lo que me imagino que no tendré otra ocasión mejor para hacerlo por primera vez que esta noche. Venga, tumbate conmigo, Nicole.

Incapaz de negarse, se quitó también las botas y se tumbó a su lado, mientras él los cubría con el otro saco de dormir. Mitch le pasó el brazo por debajo de los hombros para permitir que ella descansara la cabeza sobre su hombro y reposara la mano herida sobre su tórax. El dolor sordo que tenía en la muñeca no impidió que el gozo se adueñara de ella.

A los pocos minutos, se dio cuenta de que Mitch no estaba mirando a las estrellas, sino que la estaba mirando a ella.

—No estás mirando al cielo.

—¿Qué puedo decir? Me he visto distraído por algo mucho más hermoso.

Con Mitch, Nicole se sentía, efectivamente, hermosa y deseable, como una mujer que fuera el centro de la devoción de un hombre. Era un sentimiento nuevo para ella y pensaba saborearlo mientras durara.

—Los halagos te llevarán muy lejos, Mitchell.

—Eso es lo que espero, cielo —replicó él, con una sonrisa—, pero ¿te das cuenta de que no has respondido a mi pregunta?

—¿De qué pregunta hablas?

—La de por qué es tan importante para ti ganar esta

competición.

—¿Volvemos a eso? —protestó Nicole.

—Sí —susurró él, mientras le acariciaba suavemente la nariz—. Por mucho que quiera saber sobre tu pasado, sobre tu padre e incluso Jonathan, todo lo cual me ha dado una nueva visión sobre ti, me gustaría que me respondieras. En cuanto aclaremos este tema, estaré encantado de volver a ser su esclavo de amor y de cumplir tus más profundas y secretas fantasías.

Mitch no sabía que ya le había dado mucho más de lo que nunca hubiera creído posible. Más allá de cumplir ninguna fantasía que hubiera imaginado nunca, Mitch le había llenado el alma con risas y pasión, sentimientos que la asustaban en muchos niveles. Al cabo de dos días volverían a separarse, tal y como habían acordado. Y Nicole sabía que era lo mejor para ambos. Sin embargo, a pesar de eso, sería una estúpida si rechazaba una noche más de éxtasis entre sus brazos.

—Eres muy persistente, Mitchell.

—Hago todo lo que creo necesario.

—No quiero defraudar a mi madre —confesó ella, mirando al cielo—. Ella espera que ganemos para su asociación benéfica. Y, por una vez, solo por una vez, me gustaría tener de verdad la aprobación de mi padre, en vez de su desilusión o sus críticas.

—Tal vez ganar esta competición sea algo que necesitas hacer por ti misma, y por nadie más —susurró él, obligándola a que lo mirara a los ojos.

De repente, Nicole recordó la fantasía que había escrito en su solicitud: Ganara o perdiera, quería ser apreciada por quién era y no por lo que había conseguido. No obstante, ganar había sido su objetivo, hasta el punto de que había perdido de vista su propia fantasía. A pesar de todo, seguía buscando la aprobación de su padre, su aceptación incondicional.

La confusión la asaltó. Ya no estaba segura de lo que era importante para ella. Tantas cosas habían cambiado para ella en aquella semana, como su propósito para estar en Fantasía Salvaje, lo que deseaba para sí misma... Y, precisamente, sus

nuevos deseos representaban exactamente lo que se había jurado que no necesitaba en su vida.

Una repentina desesperación le produjo una presión en el pecho, haciéndola sentir como si fuera a perder algo muy importante cuando terminara aquella competición, algo más precioso que su independencia o la aprobación de su padre. No quería perder al hombre sensible y cariñoso del que se había enamorado.

Sintió que el aliento se le helaba en el pecho cuando puso por fin nombre al sentimiento que había estado tratando de salir a la superficie en los últimos días. Se sentía atónita y completamente asombrada por la revelación. Estaba enamorada de Mitch.

Temerosa de aquel sentimiento, trató de encontrar un modo de distraer la mente. Con la mano buena, le agarró la nuca e hizo que la besara, diciéndole de ese modo, con aquel beso tan íntimo lo que quería y necesitaba de él, que la adorara y le diera su afecto por última vez. En aquella ocasión, Mitch no le pidió que verbalizara sus deseos. Se comunicaron con sus cuerpos, con caricias ansiosas y desinhibidas, y besos profundos y llenos de sentimientos.

Mitch la ayudó a quitarse la camiseta, los pantalones cortos y la ropa interior y luego se desvistió él mismo rápidamente. Aquella breve separación la hizo desearlo aún más. Cuando volvió a su lado, le colocó la espalda sobre la suave franela del saco y, tras tener mucho cuidado de no dañarle la muñeca, los tapó a ambos con el otro saco.

Nicole separó las piernas y lo acogió entre ellas. Intercambiaron miradas febriles antes de que él se colocara encima y la penetrara de un solo movimiento, que hizo que los dos gimieran de placer. No fueron necesarios los preliminares. Los dos estaban listos. Nicole levantó las rodillas y lo envolvió con las piernas. Muy fácilmente, encontraron su ritmo personal.

Mitch la tocaba de maneras en las que Nicole no sabía que se pudiera tocar a una mujer. Dentro, fuera, y por todas partes.

Ella estaba embriagada por las sensaciones. Durante muchos años, había negado que tuviera necesidades, había rechazado la necesidad que podría tener de pertenecer a una persona muy especial. En aquellos momentos, ya no se negó nada.

Con los dedos de su mano buena, acarició el cuello de Mitch y lo miró a los ojos. «Ámame, justo como soy, con mis defectos, mis imperfecciones y mis inseguridades. Ámame... solo por esta noche», pensó.

Como si Mitch hubiera podido leerle el pensamiento, aquello fue justamente lo que hizo. Le hizo el amor en cuerpo y alma, dándole placer y pasión sin pedir nada a cambio. Gradualmente, sintió que la emoción surgía entre ellos, vio la esperanza de amor en sus ojos... y se asustó de lo que había sido testigo... se asustó de no poder cumplir las expectativas y las necesidades de Mitch, que no incluían una mujer independiente y testaruda, más decidida a estar sola que a confiar para nada en otra persona...

Aquella noche, no se dejaría llevar por miedos y dudas. Ya habría tiempo para eso al día siguiente...

Mitch aparentemente la conocía mejor que ella misma, porque bajó la cabeza y la distrajo con un profundo beso que le provocó un placer aún mayor. El deseo le bullía bajo la piel. Se movía muy inquieta debajo del cuerpo de Mitch, gimiendo al sentir que se acercaba cada vez más al clímax. Él se arqueó sobre ella una vez más, y la envió al paraíso.

Nicole atesoró aquel momento, su recuerdo, y al hombre que lo había hecho posible en su corazón... Mitch la estrechó con fuerza contra el suyo a lo largo de toda la noche.

—¿Por qué demonios tarda tanto? —gruñó Mitch.

Frustrado y agitado, se pasó los dedos por el cabello recién lavado y paseó una vez más por el pequeño espacio de la sala de espera. Nicole lo había dejado allí mismo hacía casi una hora para ir al médico del complejo turístico, tras insistir en que pasaría ella sola. Después de todo lo que habían compartido en los

últimos días, haberlo excluido de aquella manera le había molestado bastante.

Respiró profundamente, aunque no consiguió calmarse. Se habían clasificado para la ronda final de preguntas y respuestas junto con otros tres equipos. Dos de las parejas habían abandonado la prueba porque les había resultado imposible aguantar dos días en esas condiciones. Otro equipo había quedado descalificado cuando a uno de ellos le había picado una araña y había tenido una fuerte reacción alérgica.

Los cuatro equipos tenían dos horas para cambiarse y descansar antes de participar en la última prueba, que determinaría los ganadores de los tres premios en metálico. Aunque Mitch le había sugerido a Nicole que fuera a ver un médico inmediatamente, ella había insistido en darse una ducha y en cambiarse de ropa. Como sabía que era inútil discutir con ella cuando se empeñaba en algo, dejó, de mala gana, que se saliera con la suya y se reunió con ella en la consulta, pero allí lo había dejado en la sala de espera.

Mitch debería haber advertido en el instante en que Nicole se despertó aquella mañana que había vuelto a ser la señorita Independencia, a pesar de lo hinchada que tenía la muñeca y lo mucho que le dolía. Se había mostrado muy silenciosa mientras regresaban al hotel. Mitch no creía que el silencio tuviera nada que ver con el dolor de su lesión. No. La causa había sido lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Había sentido una increíble cercanía a ella cuando hicieron el amor.

También había visto pánico y había sentido su deseo de huir cuando el momento se hizo muy emotivo. Había tratado por todos los medios de hacer que se diera cuenta de que no tenía absolutamente nada que temer de él, aunque había tenido que contener las palabras que casi se le habían escapado de los labios en el momento en que estaba dentro, muy dentro de ella.

«Te amo». Nunca había dicho aquellas palabras a otra mujer, al igual que nunca había hecho el compromiso de cuerpo y alma que estaba deseando hacer con ella. Desgraciadamente, no

creía que ella estuviera dispuesta a apreciar o aceptar su regalo. Notaba que había vuelto a levantar las barreras, más fuertes y más impenetrables que nunca. Estaba muy asustada por lo que estaba ocurriendo entre ellos y temía lo rápidamente que su relación había evolucionado a algo con más significado que una fantasía sexual. Mitch tenía miedo de perder a Nicole antes de haberla tenido. Empujarla a tomar una decisión o pedirle más de aquella semana juntos solo haría que se rebelara y se alejara más de él.

Sin saber qué hacer, Mitch dejó de caminar y se sentó en una silla cercana. Se agarró la cabeza entre las manos, sintiéndose como si se hubiera visto envuelto en un torbellino emocional desde el momento en que aquel asunto de la fantasía había comenzado. Había ido a aquella isla para descansar, para relajarse y divertirse y, en vez de todo eso, había descubierto lo que le faltaba en su vida solitaria y egoísta: una persona con quien compartirla. Nicole, una mujer muy sensual que le hacía disfrutar de la vida, lista, impulsiva, osada, que hacía que cada momento de su día fuera interesante. Debajo de todas las capas que componían la armadura que llevaba puesta, había descubierto una mujer vulnerable y sensible, que necesitaba su amor tanto como él el de ella.

—Como si fuera a admitir que necesita algo de mí —murmuró.

Al cabo de diez minutos, se abrió la puerta y entró Nicole. Mitch se levantó de un salto del asiento y miró la escayola que ella llevaba puesta en el brazo.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Todo lo bien que puede ir con una muñeca fracturada —replicó ella mientras levantaba el brazo para mostrarle la escayola.

—Vaya, Nicole, lo siento. ¿Durante cuánto tiempo tendrás que llevar la escayola?

—El médico dice que de cuatro a seis semanas para que quede como nueva, pero consultaré a mi médico de todas

maneras cuando regrese a casa. Mientras tanto, parece que voy a tener que conformarme con trabajar delante de un escritorio. Bueno, vayámonos de aquí. Si no nos damos prisa, nos vamos a perder la última ronda de la competición.

Mitch se metió las manos en los bolsillos y la miró, lleno de frustración. La competición. Por supuesto, aquella era su mayor preocupación, cuando, en aquel momento, a él le importaba un comino.

—Tienes razón —replicó, lleno de irritación y de muy mal humor—. Tenemos que ganar este concurso.

Si Nicole no quería aceptar nada más de él, al menos haría todo lo posible por asegurarse el primer puesto que le daría la aprobación y el respeto que esperaba con desesperación que le diera su padre.

—¿Cuál es el color favorito de tu pareja? —les preguntó Danielle a los participantes de los cuatro equipos, que incluían a Penny y Graham.

Nicole anotó la que sabía que era la respuesta de Mitch en una tarjeta que les habían dado para la última prueba. Los recuerdos se apoderaron de ella al recordar los momentos que habían compartido en la cascada, después de hacer el amor. Él la había tomado entre sus brazos y, tras mirarla profundamente a los ojos, le había dicho que le encantaba el verde de sus ojos y que aquel sería siempre su color favorito. Ella también le había dicho el suyo, que era el rojo.

Respiró profundamente y dejó el bolígrafo encima de la mesa, para indicar que estaba lista para contestar. Entonces miró a través de los tres metros que separaban a los concursantes femeninos de los masculinos y se encontró con la penetrante mirada de Mitch. Él también había sabido responder a la pregunta, pero mientras esperaban, le hizo una pregunta silenciosa con los ojos: ¿por qué estaba poniendo distancia entre ellos después de la maravillosa semana que habían pasado

juntos?

La respuesta era muy complicada, incluso para ella misma. Se había pasado muchos años luchando para ser autosuficiente y ponerse a cargo de sus sentimientos y lo había perdido todo a los pocos días de estar con Mitch. Nunca se habría imaginado que aquella aventura le haría desear mucho más, incluso cosas que no había necesitado nunca.

Siempre había temido dejar que nadie se le acercara tanto como lo había hecho Mitch y en aquellos momentos sabía por qué. Temía no ser la clase de mujer que él necesitaba en su estable y responsable vida. Si se quitaba el increíble aspecto físico de su relación, los dos eran completamente diferentes.

En un acto desesperado por proteger lo que quedaba de su corazón, y para no hacer daño a Mitch a la larga, había vuelto a levantar las barreras que la ayudarían a mantenerlo a distancia. Resultaba evidente que él se sentía muy dolido por aquella actitud, pero, después de un día más, volverían a Colorado y retomarían el curso de sus vidas. Entonces, Mitch comprendería que ella les había hecho a ambos un gran favor.

Sin embargo, antes tenían que ganar aquel concurso.

La pregunta sobre los colores favoritos eliminó a una de las parejas. Solo quedaban tres, lo que significaba que todos tenían asegurado un premio en metálico, cuya cantidad dependería de la posición que ocuparan.

Penny, que estaba sentada al lado de Nicole, se rebulló inquieta en su asiento mientras esperaban la siguiente pregunta. Nicole sonrió a la otra mujer.

Danielle les hizo la siguiente pregunta.

—¿Cuántos hermanos o hermanas tiene tu pareja?

Para Mitch y ella, aquella pregunta era muy fácil. Todo el mundo completó la tarjeta rápidamente, lo que evidenciaba que habían hablado de sus familias.

—¿Cuál es la comida favorita de tu pareja? —preguntó Danielle cuando se apagaron los aplausos de los demás asistentes.

Nicole recordó que, la noche de la tormenta, mientras estaba entre sus brazos, Mitch le había dicho que tenía hambre. Ella le había preguntado qué elegiría si pudiera comer cualquier cosa en vez de los víveres que les habían dado para la prueba de supervivencia. Mitch se había quedado con el guisado de pollo de su madre. Por el contrario, ella había elegido lasaña.

Penny y Graham también consiguieron acertar correctamente, aunque no la otra pareja. Evidentemente, los primeros se habían preparado a conciencia para conseguir el dinero que el hermano de Penny necesitaba para su operación.

—¿Cuál es la música favorita de tu pareja? —preguntó Danielle.

Nicole tomó la tarjeta y escribió «country», ya que recordó una conversación que había tenido con Mitch durante su paseo, en la que habían hablado de lo diferentes que eran los gustos musicales de Mitch y de su hermano. Nicole le había dicho que *rock and roll*.

Penny emitió un sonido ahogado. Nicole la miró de reojo y vio la expresión de pánico de la otra mujer y cómo miraba a Graham. Él estaba tranquilo y compuesto y parecía animar a su compañera para que se tranquilizara y tratara de encontrar la respuesta. Penny cerró los ojos, respiró profundamente y escribió una respuesta. A Nicole no le quedó duda alguna de que había elegido una respuesta al azar.

De repente, se vio asaltada por el pensamiento de que Penny iba perder. La culpa se apoderó de ella y, en aquel momento, deseó tener el poder de cambiar el resultado de aquel concurso... a favor de Penny. Ella necesitaba el dinero para una causa admirable, para ayudar a salvar la vida de su hermano. Aunque la organización de su madre era igual de merecedora, Nicole se dio cuenta de que estaba compitiendo por la razón equivocada. Su razón era egoísta, en comparación con la de Penny.

Danielle pidió que Mitch y ella le dieran sus respuestas y se comprobó que habían acertado. Presa de una profunda agonía,

Nicole observó cómo Penny anunciaba sin mucha convicción su respuesta, que era también *rock and roll*. Entonces, Graham reveló con entusiasmo que tenía las mismas palabras escritas en su tarjeta. Cuando le tocó a Graham contestar, también coincidió con la respuesta que dio Penny. Esta lanzó un grito de alivio.

Los equipos seguían luchando codo con codo.

Nicole sintió de repente una sensación de gratitud. Por suerte o por intervención divina, se le había concedido el deseo que había hecho minutos antes. Las intenciones de Penny estaban basadas en el amor y en vínculo familiar. Por eso, Nicole decidió aprovechar la oportunidad de darle la oportunidad de ayudar a su hermano y conseguir que su futuro fuera más esperanzador, pero primero, Mitch y ella tenían que perder.

—¿Qué prefiere tu pareja como mascota, un gato o un perro?

Nicole gruñó, muy contrariada. Había estado esperando una pregunta de la que no supiera la respuesta para poder perder legítimamente. Mitch le había mencionado, de modo casual, que le había pedido a su madre que cuidara de su gato mientras estaba en la isla. Ella le había confesado que el único animal que consideraría tener sería un perro.

Miró al otro lado de la sala y vio que Mitch escribía la respuesta. Cuando hubo terminado, la miró y le guiñó un ojo, indicándole que habían ganado aquella ronda. Al mirar a sus competidores, vio que ambos mostraban una enorme sonrisa, lo que indicaba que también sabían las respuestas. Sin saber muy bien lo que debía hacer, escribió rápidamente una palabra en la tarjeta y le dio la vuelta.

Las respuestas de Penny y Graham fueron correctas. Mitch dijo «gato», lo que coincidió plenamente con la respuesta de Nicole. Cuando le llegó el turno de revelar sus preferencias, empezó a tener dudas. Miró a su alrededor y vio que todo el mundo esperaba su respuesta. Sabía que no podía confiar en que Penny y Graham acertaran también la siguiente pregunta, por lo que llegó a la conclusión de que tenía que terminar con el

concurso en aquel mismo instante.

—Gato —dijo, sin dudarlo.

Mitch se quedó boquiabierto y, lleno de incredulidad, dio la vuelta a la tarjeta en la que, por supuesto, se leía «perro». Aquello convirtió a Penny y a Graham en ganadores del primer premio, por lo que lo festejaron por todo lo alto. Nicole bajó los ojos y se puso de pie para acercarse a Penny y darle la enhorabuena por el premio de cien mil dólares que acababa de conseguir.

—Enhorabuena, Penny. Tu familia va a sentirse muy orgullosa de ti.

—Gracias, Nicole. Mi hermano significa mucho para mí, y este dinero le va a ayudar mucho.

—Lo sé. Tiene mucha suerte de que seas su hermana.

La alegría de Penny resultaba contagiosa, lo que llenó a Nicole de una sensación de orgullo por haber hecho lo que debía. Perder aquel concurso había sido la decisión más difícil de su vida, aunque resultaba muy liberadora. Sin embargo, sabía que aquella decisión tendría consecuencias muy dolorosas, empezando con Mitch. Solo le quedaban unos segundos antes de que él atravesara la sala y le preguntara qué era lo que había hecho.

—Penny... —añadió, tomando en aquel momento otra decisión que sería también muy polémica—... me gustaría donar mi mitad del segundo premio a tu hermano.

—Oh, Nicole... —susurró Penny, con los ojos llenos de lágrimas—. Eso es muy generoso por tu parte... No sé qué decir.

—No tienes por qué decir nada. Quiero hacerlo y lo organizaré todo con Merrilee para asegurarme de que se respeta mi voluntad.

En aquel momento, Graham llegó al lado de las dos mujeres. Tomó a Penny en brazos y empezó a dar vueltas con ella.

—¡Lo hemos conseguido!

La cabeza de Nicole empezó a darle vueltas, por la gente que empezó a rodearlas de repente, por lo mucho que le dolía la

muñeca y por pensar en lo que la esperaba. Aprovechó un momento de distracción para marcharse, pero, al girarse, se chocó literalmente con Mitch.

—¿Me puedes explicar lo que ha pasado?

—No sé a lo que te refieres —mintió.

—Claro que lo sabes —le espetó—. Has saboteado la última pregunta, Nicole. Teníamos todas las posibilidades de ganar y tú has fallado deliberadamente. No lo entiendo.

De repente, sintió que las lágrimas se le acumulaban en los ojos. Había defraudado a Mitch. Se dio cuenta de que su opinión le importaba mucho más de lo que habría imaginado, aunque nunca habría entendido sus razones para perder la competición.

—Lo siento, Mitch —susurró. Aquella era la única respuesta que le podía dar por el momento. La tensión emocional le estaba pasando factura—. No me siento muy bien. ¿Me harías un enorme favor y te quedarías aquí para recoger el segundo premio en nombre de los dos?

Entonces, sin darle opción a contestar, salió corriendo y se mezcló con el resto de los invitados.

—¡Nicole!

Le oyó gritar su nombre, pero no se detuvo. Tenía demasiado miedo de que, si miraba atrás, vería lo único que no podría soportar... Lo mucho que ella lo había desilusionado.

11

Mitch se terminó su segunda cerveza y pidió una tercera al camarero que servía las bebidas para la fiesta que se iba a celebrar como fiesta de despedida. Había pasado una hora desde que Nicole lo había abandonado y todavía no había podido imaginarse por qué había fallado aquella pregunta después de haberse pasado una semana entera esforzándose para ganar el gran premio. Además, aquella actitud iba en contra de su espíritu competitivo.

Había ido a recoger el premio, tal y como Nicole le había pedido, pero no pudo encontrar el entusiasmo para unirse a las celebraciones sin Nicole. Después del modo en que lo había dejado, sabía que no serviría de nada ir a buscarla.

—¿Problemas con las mujeres?

Al principio, Mitch no reconoció al hombre que estaba a unos pocos metros. Al final, reconoció a CJ Miller, el piloto del complejo. No tenía la gorra ni las gafas que solía llevar puestas y, además, se había afeitado e bigote. Su cabello estaba más corto, lo que le daba un aspecto muy distinguido.

—¿Son mis problemas tan evidentes? —replicó, tras dar un buen sorbo a la cerveza fría que le había servido el camarero.

—Tengo que admitir que vi a tu compañera salir corriendo antes y verte a ti apoyado en la barra del bar tampoco es buena señal.

—Considerando que tú también estás tomando una copa, ¿he de deducir que tú también tienes problemas con las mujeres? —le espetó Mitch, frunciendo el ceño.

—Todavía no lo sé, pero lo sabré muy pronto. Yo considero esto —dijo, levantando el vaso—, como si fuera valor líquido.

—¿Y para qué necesitas el valor? —le preguntó Mitch lleno de curiosidad.

—Para tratar de conseguir lo que llevo deseando mucho tiempo, una mujer que lleva siendo parte de mi corazón desde

que aprendí lo que es el amor. La dejé marcharse cuando debería haber luchado contra viento y marea por ella y, ahora se me ha dado una segunda oportunidad de enmendar las cosas, de rectificar lo tonto que fui entonces. Sin embargo, han pasado ya tantos años, que no sé cómo reaccionaré.

Mitch siguió la línea de visión de CJ y vio, muy sorprendido, quién había captado la atención del piloto.

—¿Te gusta Merrilee?

—Sí. Llevo evitándola durante las últimas semanas, desde que me contrató como piloto del complejo, pero ha llegado el momento de no seguir haciéndolo.

—Supongo que eso significa que tú también tienes una fantasía salvaje que esperas cumplir, ¿no?

—Sí, supongo que podríamos decir eso, pero ya basta de mí y de mis problemas con las mujeres. Me parece que te vendrían bien unos consejos de un viejo que sabe algunas cosas sobre las mujeres.

—Soy todo oídos.

—No tengas miedo de dejar al descubierto tus sentimientos y de ir detrás de lo que más deseas. Más importante aún es que no dejes pasar más tiempo del necesario, porque, cuanto más tiempo, más difícil será cubrir la distancia que os separe.

—Lo que ocurre es que es ella quien ha puesto tierra por medio.

—Pues no parece que tú estés haciendo mucho por encontrarla.

—Es muy testaruda, independiente y no le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

—Y tú la amas.

—Sí.

—¿Y lo sabe ella?

—No.

—Entonces, tienes que ir a hablar con ella inmediatamente, hijo. No dejes que se vaya sin presentar batalla o lo lamentarás el resto de tu vida —concluyó CJ, tras terminar su copa de un

trago—. Ahora, voy a poner en práctica mis propios consejos.

—Buena suerte —le deseó Mitch mientras levantaba la botella a modo de brindis.

—Igualmente. Espero que los dos consigamos a nuestras mujeres.

Mitch observó al piloto y vio cómo desaparecía por el sendero que llevaba al edificio principal del hotel. Como necesitaba un lugar tranquilo en el que pensar lo que iba a hacer con Nicole, se terminó la cerveza y se decidió marcharse a la playa.

Justo cuando se puso de pie para marcharse, Graham lo vio y le hizo una señal para que lo esperara.

—Hola, Mitch, ¿Dónde está Nicole? Llevo un rato buscándola, pero no parece estar por ninguna parte.

—No se sentía muy bien y se retiró temprano —replicó, utilizando la excusa de Nicole—. Creo que la muñeca le dolía un poco.

—Es una pena que se vaya a perder la fiesta de despedida —comentó Graham—. Estaba esperando poder darle las gracias personalmente por lo que está haciendo por el hermano de Penny.

Mitch sacó la cartera y dejó unos billetes encima de la barra para pagar la cuenta mientras trataba de procesar la información que Graham le había comentado.

—¿Cómo dices?

—¿Es que no te lo dijo? —replicó Graham, asombrado.

—¿Decirme qué? —preguntó de nuevo Mitch, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Que donó la mitad del dinero del segundo premio al hermano de Penny, lo necesita para un trasplante de corazón.

—No, no lo sabía... —susurró Mitch. Se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿Por qué no se lo había dicho?

—Es una mujer increíble —dijo Graham, tras agarrar la copa del cóctel tropical que le había preparado el camarero—. No

conozco a muchas personas que hicieran algo similar por un perfecto desconocido. Menuda mujer tienes.

Con aquellas palabras, Graham volvió a la fiesta. Mitch se quedó allí, solo, repasando una y otra vez el comentario de Graham. Poco a poco, todo fue encajando... Había fallado la última pregunta para asegurarse de que Penny ganaba el primer premio. Y para eso, había dejado en el camino lo que más quería en su vida, la aprobación de su padre.

Se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la playa, asombrado aunque no sorprendido del todo de la generosidad de Nicole. Su generoso corazón era solo una más de las razones por las que se había enamorado de ella. Bajo aquella actitud brava, era muy vulnerable y por eso se ponía aquella coraza, para protegerse. Sin embargo, aquella noche acababa de demostrar lo generosa que era.

Tras encontrar una tumbona, se sentó y escuchó cómo las olas se rompían contra la playa, iluminadas por la luz de la luna. No tenía ni idea de cómo enfrentarse a aquella situación con Nicole, aunque CJ le había ofrecido buenos consejos. Sin embargo, ¿cómo podía enfrentarse a aquella actitud independiente? No tenía ni idea. Lo único que sabía era que no quería cambiarla, aunque, evidentemente, ella pensaba todo lo contrario.

Aquello lo llevaba a una segunda pregunta. ¿Podría vivir con una mujer tan decidida a no depender de nadie más que de sí misma? Estaba acostumbrado a cuidar de todos los que lo rodeaban y ella era tan independiente... Nicole tendría que aprender a confiar en él y a saber que estaría a su lado en los buenos y en los malos tiempos.

Respiró profundamente y se reclinó en la tumbona. Entonces, se colocó las manos detrás de la cabeza. Decidió que le daría hasta la mañana siguiente para darse cuenta por sí misma de que él era un hombre que le daría toda la aceptación y la aprobación del mundo.

Si para entonces no había cambiado de opinión ella sola,

tendría que tratar de convencerla para que razonara.

Nicole se masticaba la uña del dedo pulgar. El estómago le rugía mientras miraba fijamente el teléfono, sabiendo que no podía posponer lo inevitable. Tenía que llamar a sus padres y decirles que, no solo había perdido el gran premio del concurso, sino que también había donado su mitad del segundo para otra causa.

La reacción de su padre era la que temía más.

Respiró profundamente y, por fin, agarró el auricular y marcó el número de la casa de sus padres. Fue su madre la que respondió el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, mamá. Soy Nicole.

—Nicole, cielo —exclamó su madre. Antes de volver a hablar con ella, llamó a su padre—. He estado pensando en ti y preguntándome cómo irían las cosas en Fantasía Salvaje. ¿Ha terminado ya la competición?

—Sí, mamá. Ya ha terminado.

—¿Ha ganado? —se oyó que decía su padre al llegar donde estaba la madre.

—Espera un momento, Larry —le dijo la madre—. Bueno, hija. ¿Qué tal os ha ido a Mitch y a ti?

—Quedamos segundos.

—¡Eso es estupendo, Nicole! —exclamó la madre, encantada—. ¡Ya es una hazaña ser uno de los tres primeros!

—Hay algo más que tengo que decirte. Doné mi parte del segundo premio a otra causa.

—Oh...

—El dinero va para una muy buena causa, mamá —explicó Nicole—. Se trata de un chico de dieciocho años que necesita un trasplante de corazón. El dinero va a ser utilizado para cubrir sus gastos médicos. Su hermana está aquí en la isla y estaba tratando de ganar el concurso para él. Consiguió la primera

posición, pero sé que todo eso no será dinero suficiente para cubrir los gastos que les esperan...

—Hija, admito que me dejaste atónita hace un minuto, pero lo que has hecho ha sido loable. Esa parte del premio era tuya y podías hacer lo que prefirieras con ella. Yo apoyo completamente tu decisión. Habrá otros concursos para mi organización, pero solo una oportunidad para ese muchacho. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias por comprenderme, mamá —susurró Nicole, con lágrimas en los ojos. Aquello era suficiente para ella.

—¿Qué es lo que ha hecho Nicole esta vez? —preguntó Larry, desde algún lugar de la sala.

Nicole no prestó atención a la voz de su padre. Ya no necesitaba su aprobación porque su opinión había dejado de importarle en aquel mismo instante. Al fin se sentía orgullosa de sí misma. Ya no era una niña que necesitara la bendición de su padre, sino una mujer adulta que ya tenía el apoyo de un hombre bueno. El mejor. Mitch.

Nicole se sentó en el sofá, recogió las piernas debajo de ella y se secó las lágrimas de los ojos. Se pasó la siguiente media hora hablando con su madre sobre lo que había ocurrido aquella semana, lo mucho que se había divertido, lo buen compañero que había sido Mitch y cómo se había fracturado la muñeca. Fue una de las conversaciones más agradables que había tenido nunca con su madre.

Para cuando colgó el teléfono, se sentía muy animada y tenía una nueva perspectiva en la vida. El tiempo que había pasado en la isla le había obligado a darse cuenta de lo importante que era ser sincera consigo misma. Tenía que darle las gracias a Mitch por ser la persona que le había dado el valor necesario para enfrentarse a aquella verdad.

«Tal vez ganar este concurso sea algo que tengas que hacer por ti misma», le había dicho. Aquello era precisamente lo que había hecho y las sensaciones de orgullo y de respeto por sí misma habían sido increíbles. Su padre ya no era su juez. Solo

ella misma tenía el derecho de juzgarse y estaba muy satisfecha con la decisión que había tomado aquel día.

Lo único de lo que se lamentaba era de haber dudado de Mitch. Él conocía todas sus inseguridades e incluso sus peores hábitos, pero la había aceptado sin reservas y sin pedir nada a cambio. Había sido ella la que había creído que tenía que dar vida a ciertas expectativas y la que había temido no estar a la altura. Sin embargo, él nunca le había pedido nada más que lo ella quisiera darle. A cambio, era protector, cariñoso, pero nunca la abrumaba ni la controlaba.

Se levantó del sofá y salió de su bungalow para regresar a la fiesta de despedida. Necesitaba hablar con Mitch, decirle que lo amaba y convencerlo de que ella estaba deseando correr el mayor riesgo de su vida... y que quería que él estuviera a su lado.

Sin embargo, Mitch ya no estaba en la fiesta y nadie parecía saber dónde se había marchado. Regresó a su bungalow y llamó al suyo, pero no hubo respuesta. Lo único que pudo hacer fue dejar un mensaje y pedirle que la llamara cuando regresara.

El teléfono no sonó. Después de medianoche, se metió en la cama con el corazón lleno de dudas. Había avanzado mucho en aquel viaje, pero se preguntó si terminaría aquellas vacaciones justo como las había empezado, sola...

Había sido un día muy largo, pero Merrilee finalmente le dio las buenas noches a Danielle después de que se terminara la fiesta de despedida. Entonces, se dirigió hacia los ascensores que la llevarían a su suite.

La competición final había sido muy emocionante, aunque la semana entera había sido un tremendo éxito. Se habían producido una serie de relaciones románticas entre las parejas de concursantes y se habían realizado muchas fantasías, lo que era un buen resumen para aquel concurso.

Al principio, Merrilee habían pensado que el hecho de que Nicole hubiera desaparecido se debía a su lesión, pero entonces

había visto a Mitch y había reconocido los síntomas de un hombre destrozado por una mujer. Algo los había separado.

Merrilee había sentido la inclinación de hacer de mediadora, pero sabía que aquello era algo que solo los dos podían solucionar. No obstante, creía firmemente en el destino y sin algo estaba destinado a ocurrir entre Mitch y Nicole, encontrarían un modo de limar sus diferencias.

Por fin, se abrieron las puertas del ascensor. Merrilee entró en su interior y por fin dejó lugar para que su propia desilusión se apoderara de ella. El destino no había estado de su lado. Se había pasado el día pensando en que, por fin, conseguiría hablar con CJ en la fiesta, pero él no había aparecido.

Aquello era algo que no debía de haberle sorprendido. Llevaba semanas evitándola.

Aunque era demasiado tarde aquella noche para hacer algo con respecto al hecho de que su piloto hubiera ignorado una convocatoria tan directa, decidió que, al día siguiente a primera hora, pediría que se presentara en su despacho. Tal vez incluso lo despidiera por insubordinación. Sin embargo, si era lo suficientemente sincera consigo misma, tenía que admitir que las razones principales para su desilusión no eran profesionales, sino personales.

Todavía tenía que devolverle su libro de poemas, a pesar de que había vuelto a comenzar el ritual de leerlos en la cama. Aquellos maravillosos sonetos le devolvían recuerdos de su amado Charlie y llenaban la soledad en la que había vivido tantos años. Por eso, había querido conocerlo aquella noche, al hombre, no al piloto, porque le había hecho recordar a Charlie y le había dado esperanzas en el futuro... una esperanza que se había hecho pedazos cuando no se había presentado en la fiesta.

El ascensor llegó al piso superior. Merrilee salió y recorrió el largo pasillo en silencio. De repente, notó un sorprendente aroma a rosas y frunció el ceño... Su mente volvía a gastarle una mala pasada. De modo ausente, tocó el colgante de rubí que no se había quitado desde que su admirador secreto se lo envió.

Entonces, sacudió la cabeza. Entre el hecho de que CJ la evitara, su esquivo admirador y los recuerdos de Charlie estaba empezando a pensar que tal vez fuera ella la que necesitaba unas vacaciones.

Se echó a reír y entonces sacó la llave de la puerta y abrió su habitación. El interior estaba a oscuras, pero, una vez más, el aroma de las rosas le llegó a la nariz, aunque mucho más fuerte aquella vez.

Confundida, encendió la luz y se quedó atónita al ver lo que le rodeaba. El recibidor entero de su habitación y todo lo que podía ver del salón estaban llenos de docenas y docenas de rosas rojas como el rubí. Literalmente cientos de ellas cubrían todos los espacios vacíos. Incluso la alfombra estaba cubierta de pétalos...

Sin saber qué pensar, entró con mucho cuidado en la habitación y se detuvo en seco al ver a un hombre sentado en el salón. Se parecía a CJ, pero sin las gafas, la gorra y el bigote, pero también poseía cierto parecido con Charlie...

Él sonrió y señaló las flores que había por todas partes.

—Porque son tus favoritas...

Merrilee sacudió la cabeza. Tenía que ser un sueño. Un fantasma. Una aparición. No era posible que aquel momento fuera real.

—¿CJ... Charlie? —preguntó. Cuando vio que él hacía por levantarse, extendió una mano para detenerlo—. Quédese quieto donde está —añadió. Por suerte, el hombre obedeció—. ¿Quién es usted?

—CJ Miller... y Charlie Miller.

¿Cómo sabía aquel hombre lo de Charlie? Furiosa ante la idea de que alguien estuviera jugando con ella, se irguió, llena de indignación.

—Si esto es algún truco cruel...

—No hay ningún truco, Merrie. Soy yo, Charlie.

—¡Eso es imposible! ¡Charlie murió en la guerra hace más de treinta años!

—Sí, efectivamente, una parte de él murió en la guerra, pero la mejor parte sobrevivió... y esa es la parte que nunca ha dejado de amarte.

Merrilee sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Quería creer a aquel hombre y no podía negar los rasgos familiares que tres décadas no habían conseguido cambiar. Sin embargo, nada de aquello parecía tener sentido cuando había vivido toda su vida creyendo que había perdido al hombre que más amaba.

—¿Cómo? ¿Por qué?

CJ decidió empezar desde el principio. Merrilee escuchó cómo Charlie le decía cómo la desesperación le había llevado a cambiar las placas con un oficial para poder salvar la vida como prisionero de guerra. Cómo había regresado a casa y la había encontrado casada con Oliver y había creído que era mejor no interferir en su nueva vida ni en la relación con su marido. Le contó que se había casado con Evelyn y que había tenido dos hijas a las que adoraba, aunque nunca había dejado de pensar en ella, de amarla... Cuando su mujer murió, descubrió que ella también había enviudado y que había creado un complejo turístico en el que las personas podían cumplir sus fantasías.

Entonces, había decidido aceptar el puesto de piloto para poder estar ceca de ella y enviarle todos aquellos regalos, que incluían el libro de poemas. Era el libro original que ella le había dado tantos años atrás, el que le había dado vida a través de tantas horas de oscuridad. Le explicó que un guardia vengativo le había arrancado la página con la dedicatoria. Todos los regalos, y todo lo que había hecho, tenían como objetivo ver si quedaba algo entre ellos.

A Merrilee le resultaba evidente que ni el tiempo ni la distancia habían diluido el amor que había entre ellos. Más bien, la devoción que sentían el uno por el otro se había incrementado por los recuerdos. Charlie había sido, era y sería siempre su único amor.

Enterró el rostro entre las manos y dio rienda suelta a sus

emociones. El cuerpo entero se agitó mientras lloraba por todo lo que había perdido. Sin embargo, poco a poco, las lágrimas de tristeza fueron reemplazadas por las de alegría por la segunda oportunidad que el destino les había dado.

Sintió que él la tomaba entre sus brazos, fuertes y familiares, y se hundió en ellos, aferrándose a él para no dejarlo marchar nunca, por miedo a que todo fuera un sueño. No obstante, sus caricias le daban fuerzas y el calor de su cuerpo era real.

—Lo siento tanto, Merrie —murmuró, mientras le acariciaba la espalda—. Nunca, nunca quise hacerte daño. Si pudiera regresar en el tiempo y hacer que todo fuera diferente, lo haría. Sin embargo, hay algo que ha permanecido inalterable y que nunca cambiará y es el amor que siento por ti.

—Yo también te amo, Charlie —musitó ella al levantar el rostro y ver la sinceridad que había en sus ojos.

Él bajó la cabeza y la besó. Todo fue como si nunca se hubieran separado. Su abrazo estaba lleno de ternura, de pasión, de deseo...

—¿Sabes una cosa? —le preguntó él, cuando terminaron de besarse, aunque sin soltarla de entre sus brazos—. Me gusta mucho este negocio tuyo. De hecho, espero que me permitas seguir trabajando aquí.

—No sé, no sé... —bromeó ella—. De hecho, no hace mucho estaba dispuesta a despedirte.

—Te habías olvidado de lo irresistible que puedo ser.

—Lo estoy recordando muy rápidamente y te aseguro que todavía me puedes convencer para que no te eche.

—Sé que esto podría ser una presunción por mi parte —dijo Charlie, poniéndose serio—, pero quiero un futuro contigo, Merrie. Quiero formar parte de tu vida, permanentemente. Quiero lo que se nos ha negado durante tantos años...

—¿Qué me estás diciendo?

—Te juro que esta vez voy a hacerlo bien —susurró él, soltándola. Entonces, se sacó una pequeña caja del bolsillo del

pantalón—. Compré este anillo el día en que regresé a casa después de la guerra, antes de saber que te habías casado con Oliver, y nunca lo devolví. He soñado en muchas ocasiones con este momento, con ponerte este anillo en el dedo y hacerte mía. Para siempre...

Abrió la caja y le mostró un anillo de pedida con una docena de diamantes engastados en oro blanco. El anillo era de estilo clásico y debió de costarle a Charlie una pequeña fortuna.

Se arrodilló delante de ella, le tomó la mano izquierda y la miró profundamente a los ojos.

—Merrilee Schaefer, ¿quieres hacerme el honor de casarte conmigo y de ser mi esposa? ¿De envejecer conmigo y de dejarme concederte tus más queridos y profundos deseos?

Merrilee sonrió. Se había dado cuenta de que, en aquel momento, estaba rodeada de todas sus cosas favoritas. Rosas, rubíes, poemas y Charlie, especialmente Charlie. Él hacía que todo fuera perfecto.

—Oh, sí, claro que sí —susurró ella, casi estallando de felicidad.

Entonces, en un momento único, cuando su verdadero amor le deslizó un anillo de compromiso en el dedo, Merrilee sintió que su mayor fantasía se había hecho realidad.

Ya no podía esperar más. Después de pasarse la noche en la playa, pensando en su relación con Nicole, al romper el alba Mitch se dirigió hacia el bungalow de ella para poner en práctica los consejos de CJ. Iba a ir a por lo que más quería. Sabiendo lo testaruda que era Nicole, estaba seguro de que tendría que pasar una eternidad para que ella viniera a él. Y no tenían una eternidad. Se marchaban de la isla aquella misma tarde.

Tenía la intención de sincerarse y de decirle que la amaba. No pensaba andarse por las ramas. Después de eso, si ella decidía volver sola a Colorado, la decisión sería solo suya.

Satisfecho con su plan, llamó a la puerta repetidamente

hasta que oyó su voz.

—Ya voy, ya voy —musitó, somnolienta. Cuando abrió la puerta, estaba todavía atándose el cordón de la bata. Al ver quién era el que esperaba al otro lado de la puerta, se quedó inmóvil—. Mitch... ¿Dónde has estado? Tienes un aspecto terrible —añadió, cuando vio que él irrumpía en la casa.

—Me he pasado la noche en una tumbona, en la playa. Mira, tenemos que hablar y no solo quiero que sepas que no tomaré un no por respuesta, sino que no voy a marcharme hasta que acordemos algunas cosas.

—De acuerdo.

Nicole accedió tan rápidamente, sin oposición alguna, que Mitch, por un momento, no supo qué hacer. Ella estaba más tranquila de lo que nunca la había visto.

—En primer lugar, sé por qué fallaste en el último juego de la competición.

—¿De verdad?

—Sí. Graham vino a hablar conmigo después de que tú te marcharas de la fiesta y me dijo que quería darte las gracias por haber donado la mitad del segundo premio al hermano de Penny.

—Sí, es cierto.

—Entonces, empecé a pensar por qué habrías respondido mal a la última pregunta cuando sabías perfectamente la respuesta. Lo hiciste por Penny, ¿verdad? —añadió, acercándose un poco más a ella.

—Sí. Ella necesitaba el dinero mucho más que nosotros.

—En eso estoy completamente de acuerdo, pero con lo que hiciste perdiste la posibilidad de conseguir la aprobación de tu padre.

—En esos momentos, no pensaba en eso.

—¿Por qué no me dijiste por qué habías decidido fallar la respuesta en vez de salir corriendo como lo hiciste?

—Tenía miedo.

—¿De qué? —preguntó Mitch, acariciándole dulcemente la mandíbula.

—No podía soportar ver que estabas desilusionado conmigo.

—Si has aprendido algo sobre mí esta semana, cielo, es que tú nunca me puedes desilusionar. Frustrarme, irritarme, hacer que quiera zarandearte para que entres en razón, sí, pero desilusionarme...

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes ahora cuando anoche eras incapaz de creerlo?

—Anoche hablé con mi madre —respondió ella mientras abría el enorme ventanal que iba a dar a la playa—. Oí cómo mi padre preguntaba que si había ganado y se me hizo un nudo muy grande en el estómago porque sabía que iba a tener que decirle que no solo no había ganado, sino que había donado también el dinero del segundo premio que me correspondía. Todas las inseguridades volvieron a apoderarse de mí... Entonces, le conté todo a mi madre. Ella, por supuesto, se quedó atónita de que hubiera donado el dinero para otra causa, pero entonces, ¿sabes lo que pasó?

—¿Qué?

—Me dijo que apoyaba mi decisión y, en el interior de mi corazón, supe que tú también lo harías. De repente, ya no me importó lo que mi padre pensara. Me sentí muy bien por lo que había hecho por Penny, tanto que no necesité los elogios de mi padre para validar una decisión que yo había tomado desde el fondo de mi corazón. Yo no soy la misma persona que cuando llegué a esta isla hace una semana y me alegro de ello. Ahora, me marcho a mi casa con algo que me da más satisfacción y es más importante que la aprobación de mi padre.

—¿De qué se trata?

—Por todas las cosas que he conseguido a lo largo de mi vida, finalmente me siento orgullosa de mí misma y tengo que darte las gracias por haberme dado el valor de aceptarme por quien soy, gane o pierda.

—¿De verdad?

Nicole asintió y se acercó a él. La parte delantera de la bata se le abrió y dejó ver unas braguitas de seda.

—Tú me dijiste que ganar no es todo. Que algunas veces, perder puede acarrear grandes cosas —dijo, mientras le acariciaba suavemente la mandíbula, cubierta ya por una ligera barba—. Perder me ha regalado grandes cosas. Paz mental, respeto y la fuerza para admitir que soy lo suficientemente buena para ti. Y lo más grande de todo es que te amo, Mitchell Lassiter.

—¡Maldita sea! ¡Yo quería decirlo primero! —bromeó.

—¿De verdad me amas?

—Después de todo lo que hemos compartido esta semana, ¿cómo no has podido darte cuenta? —le preguntó, mientras le colocaba las manos sobre la cintura y acariciaba la seda de la bata, deseando poder acariciarle la piel—. Por muy raro que pueda parecer, a pesar de lo que me espera, no puedo imaginarme la vida sin ti.

—¿Estás seguro de que vas a poder soportarme? Ya sabes que a veces hablo más de la cuenta.

—¿A veces?

—Y que puedo ser un poco mandona...

—¿Un poco?

—Y que soy un poquitín testaruda...

—¿Un poquitín?

—Bueno, tú ya conoces todas mis defectos.

—Sí, eso es cierto. Y te amo de todas maneras.

—Y yo conozco los tuyos.

—No sabía que tuviera alguno —bromeó él.

—Es ese aire responsable, respetable y algo aburrido que tienes...

—En ese caso, supongo que voy a tener que depender de ti para asegurarme de que tengo la suficiente aventura en mi vida...

—susurró él, acercándose a Nicole hasta que sus piernas estuvieron pegadas a las de ella.

—Hmm, creo que te voy a apuntar a algunas actividades de mi empresa —replicó, haciendo que él se preguntara qué sería lo

que le tenía preparado—. Sí, creo que nos complementaremos bastante bien.

Mitch no tenía ninguna duda de eso. Rápidamente, la tomó entre sus brazos y la llevó hasta el dormitorio.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que he estado deseando hacer desde que regresamos de nuestra prueba de supervivencia. Voy a hacerte el amor en una cómoda cama —contestó él, antes de depositarla suavemente encima de las sábanas. A continuación, le desató el cinturón de la bata y se la abrió. Llevaba una camisola de seda y unas braguitas a juego—. Nos quedan unas cuantas horas antes de que se nos acabe nuestra fantasía del esclavo de amor y tengo algunas ideas que me gustaría probar, si tú estás dispuesta.

—Por supuesto —ronroneó, al tiempo que él le bajaba un poco la camisola para dejar al descubierto sus pechos. Entonces, empezó a lamerle uno de los pezones hasta que ella gimió de puro placer—. Ojalá no tuviéramos que marcharnos de la isla, al menos no tan pronto.

—Entonces, quedémonos —susurró él, tras levantar la cabeza.

—Es una idea estupenda —afirmó Nicole mientras le quitaba la camiseta—, pero no podemos.

—¿Por qué no? —preguntó, mientras le quitaba la camisola y las braguitas antes de despojarse él del resto de sus prendas hasta que los dos estuvieron desnudos—. Dijiste que no puedes hacer mucho en tu trabajo con la muñeca fracturada y yo me siento lo suficientemente rebelde como para llamar a mi hermano y pedirle que se ocupe de todo durante otra semana más.

—¿Otra semana? ¿Estás seguro?

—Sí.

Entonces, Mitch la besó dulcemente en los labios. Cuando se apartó de ella, el corazón le latía con fuerza y, al mirarla, vio cómo sus rasgos estaban impregnados de una profunda sensualidad. El amor le brillaba en los ojos, por lo que Mitch no necesitó ver más para saber que estaba en lo cierto.

—¿Quieres hacer algo completamente osado e impulsivo y asombrar a todos nuestros familiares?

—Sabes que eso es algo que no me tienes que pedir dos veces —replicó ella—. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—Cásate conmigo, Nicole. Aquí, en Fantasía Salvaje.

—No puedes estar hablando en serio...

—Claro que sí. Lo siento aquí en mi corazón —susurró él, colocando la mano derecha de Nicole encima de su pecho—. Siempre he sentido algo por ti, pero me ha bastado con esta semana para darme cuenta de que llevaba medio enamorado de ti todos estos años. Ahora, estoy completamente enamorado y el tiempo no va a cambiar lo que siento. Además, nada de lo que tú hagas va a hacer que te ame menos.

—Estás loco... —susurró ella, con lágrimas en los ojos.

—Sí, lo estoy. Por ti, sería capaz de hacer puenting desde el puente más alto del mundo. Me tiraría en caída libre desde los cielos por ti. Sería...

Rápidamente, Nicole le tapó la boca y se echó a reír al ver cómo él estaba dispuesto a demostrarle su amor.

—¿Cómo me puedo negar? Sí, me casaré contigo. Aquí, en Fantasía Salvaje, y tan pronto como sea posible. Ahora, ven aquí y cumple con la promesa que me hiciste antes, esclavo.

—Sí, mi ama.

Con una pícara sonrisa en los labios, Mitch agarró el cinturón de la bata y se lo enredó entre los dedos de un modo muy sugerente.

Mientras hacían el amor, en corazón, cuerpo y alma, Mitch supo que pasar una vida con Nicole resultaría ser la fantasía más salvaje de todas.

Epílogo

Una semana más tarde...

—Por el poder que se me otorga, yo declaro a las dos parejas marido y mujer —anunció el pastor que había celebrado la ceremonia privada. Entonces, sonrió a los recién casados—. Charlie Miller y Mitch Lassiter, podéis besar a las novias.

Nicole se giro hacia su marido, abrumada por el amor que sentía por el hombre que había hecho que su vida resultara tan completa que no podía imaginarse ni otro día sin él. Levantó los labios al tiempo que él bajaba la cabeza y aceptó un beso lleno de ternura y devoción y que le prometía décadas de pasión, lealtad y amor.

Los aplausos estallaron a sus espaldas por parte del íntimo grupo de invitados que se habían reunido allí aquel día. Con una sonrisa de satisfacción, Mitch dejó descansar la frente sobre la de ella y sonrió.

—Supongo que ahora tendré que compartirte con tus padres, ¿no?

—Solo durante un rato, Mitch. Todavía no me puedo creer que hayas podido traerlos para nuestra boda. Además, Merrilee hizo un trabajo sorprendente a la hora de montar una recepción tan hermosa y elegante para todos nosotros.

Nicole todavía estaba emocionada por la historia que Merrilee había compartido con ellos sobre Charlie. Cuando Mitch le había pedido que querían casarse en Fantasía Salvaje, Nicole había sugerido una doble ceremonia para los cuatro. Considerando que Merrilee y Charlie tenían tantas ganas como ellos de convertirse en marido y mujer, todo fue sobre ruedas.

—Unos cuantos bailes, un poco de comida, un par de bocados de pastel y entonces nos escabullimos para nuestra noche de bodas —susurró Nicole, tras besar a su marido.

Con esa promesa, se dieron la vuelta y se acercaron a sus

padres, que habían volado de incógnito, después de que Mitch lo organizara, para ser testigos de la doble ceremonia. Las madres estaban encantadas con que su hijo e hija se hubieran enamorado. Entonces, Nicole se volvió a su padre, que tenía una cálida sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos. Parecía un hombre completamente diferente al que había conocido toda su vida.

—Estás preciosa, hija mía...

—Gracias, papá.

—Cuida de mi niña, Lassiter —dijo mientras estrechaba la mano de Mitch.

—Sí, señor. Bueno, Nicole, ¿qué te parece si vamos a felicitar a Charlie y a Merrilee?

Nicole asintió y cruzaron el césped para acercarse a la otra pareja de recién casados. Antes de llegar, Mitch se le acercó y le dijo al oído:

—Creo que tu padre está cambiando un poco.

—Hmm... Creo que se alegra de que yo haya sentado la cabeza por fin, como en su opinión debería hacerlo una mujer. Además, creo también que ayuda que le caigas bien. Si le damos un nieto será un hombre completamente diferente.

—¿Es un desafío lo que noto en tu voz, esposa mía?

—Más bien se trata de una invitación para empezar a practicar tan frecuentemente como sea posible y, ¿quién sabe? —preguntó, con una pícara sonrisa—. Tal vez ya haya un niño de camino.

—¿Te importaría si así fuera? —preguntó, con voz suave y llena de preocupación.

—Contigo a mi lado, por supuesto que no.

Desde el otro lado del jardín, Merrilee y Charlie vieron cómo se acercaban Mitch y Nicole. Merrilee sonrió y pensó que Nicole estaba tan radiante como ella misma se sentía, de lo que eran responsables los dos hombres que las acompañaban.

Charlie había insistido en que sus dos hijas asistieran a la boda, junto con sus familias. El afecto que Merrilee había notado

al conocerlas había hecho que todo fuera perfecto. La nietecita que tenía en brazos era en realidad de Charlie, pero ella la sentía como suya. También tenía un nieto precioso, que estaba encantado de saber que tenía una nueva abuela. Nunca había podido tener hijos propios y, por fin, tenía unos niños a los que mimar.

Merrilee le entregó la niña a su madre para poder felicitar a Nicole y a Mitch.

—Muchas gracias por permitir que Charlie y yo compartiéramos la felicidad de vuestro día.

—No hubiéramos querido que fuera de otro modo —dijo Nicole—. Vosotros nos habéis regalado una estupenda fantasía con esta boda y recepción y estamos encantados de que vosotros forméis también parte de ello.

Charlie levantó la mano de Merrilee y se la llevó a los labios para depositar sobre ella un beso.

—De ahora en adelante, yo me encargaré de cumplir las fantasías que ella pueda tener.

Merrilee se sonrojó, pero sonrió encantada.

—¿Por qué me da la sensación de que no voy a tener sosiego con este hombre? —comentó.

—Bueno, tenemos mucho tiempo perdido que recuperar, querida —respondió él mientras le guiñaba un ojo.

Merrilee se echó a reír, igual que Mitch y Nicole. No se podía negar que Charlie era absolutamente perfecto para ella y para su negocio. Con cuatro boyantes complejos turísticos, los dos tendrían que cumplir muchas fantasías para sus futuros clientes. Y, como Nicole y Mitch habían demostrado, y muchos otros antes de ellos, el amor podía encontrarse hasta en los lugares más improbables.